SAENZ

DE MADRID A FILIPINAS





DE MADRID
Á
FILIPINAS

(IMPRESIONES DE VIAJE)

SEGUIDAS DE UN APÉNDICE, CONTENIENDO LAS COMPRAS QUE SE CONCEPTÚAN NECESARIAS PARA LA NAVEGACIÓN, Y LAS MILLAS RECORRIDAS DE BARCELONA Á MANILA

POR

EL COMISARIO DE GUERRA

D. ARÍSTIDES SAENZ DE URRACA

Socio de número de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Filipinas, y Miembro de la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de Málaga, y de la

SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE



SEVILLA

IMP. Y LIT. DE JOSÉ M.ª ARIZA, SIERPES 19.

1889





CARTA DEDICATORIA

QUE PUEDE SERVIR DE PROLOGO

AL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN PERA Y ROY.

TE acuerdas de las animadas controversias que hemos sostenido respecto á mis proyectos de viaje al Archipiélago filipino....? Tu experiencia, á la par que tu cariño hacia mí, te hacían preveer grandes riesgos: no te equivocabas: los peligros han existido, pero los salvé, gracias á lo que el ateo llama *casualidad*, y á lo que los creyentes llamamos *Dios*.

Viéndome decidido á partir, trataste de proporcionarme una grata distracción, que sirviera de lenitivo al dolor de la partida, y me propusiste escribir mis *Impresiones de viaje*. Acepté, las escribí, y al ofrecértelas hoy, es tan sólo una mera restitución lo que efectúo, puesto que la idea tuya es.

Quizás encuentres mi relato algo difuso; pero esto tiene su lógica y natural explicación. Mis apuntes, to-

mados unas veces en los mismos muelles de los puntos de escala; otras en la toldilla del buque: las más, en las mismas calles de las poblaciones visitadas por mí, han de parecerte monótonos unos, sobradamente recargados los demás.

Apreciarás igualmente en mis *Impresiones* el resultado natural de tan súbita transición como la que se operaba en mi existencia. A la vida tranquila del hogar sucedía la del viajero, esmaltada, por decirlo así, de peripecias: empezando por verme á bordo de uno de los buques de nuestra marina mercante, que, zarpando de Europa, emporio de la civilización moderna, cruzan las costas del Africa, última porción del antiguo continente; salvan el Canal de Suez, gigantesco monumento editado por la ciencia; costean las playas asiáticas, de donde surgieron los primeros destellos de la civilización general, y terminan su expedición en la bahía de Manila, en la Perla de la Oceanía, en la capital de ese archipiélago sembrado de volcanes y cruzado por extensas y elevadas cordilleras, que parecen perderse en el anchuroso espacio donde se ciernen las nubes.

Yo no había pisado jamás el puente de un buque; ignoraba hasta los más rudimentarios detalles de la vida de á bordo; no había experimentado aún esa inexplicable sensación que se apodera del ánimo cuando, ya en alta mar, se contemplan desde la barandilla de popa las lejanas costas que, disminuyendo en volumen ante la vista del viajero á medida que aumenta la distancia recorrida, llega á ocultarse del todo á su mirada, hallando únicamente ante sí un limitado horizonte formado por la azulada gasa del firmamento, que parece unirse con la blanca espuma de las olas. Yo no

sabía lo que era una puesta del sol en el mar de la India, ni había visto jamás salir el astro rey del fondo de las aguas del Mar Rojo, iluminando con sus primeros destellos la cumbre del histórico Monte Sinaí. Yo no había admirado todavía la solución de dos grandes problemas, resueltos por los adelantos de la civilización: buques navegando sobre lo que antes era tierra firme, y la locomotora cruzando al par orgullosa los desiertos arenales del Egipto, mientras que las blancas espirales del humo que despedía se reflejaban en las apacibles aguas del Canal de Suez. Yo había asistido al Santo Sacrificio de la Misa en la antigua mezquita árabe, hoy suntuosa Catedral de artesonados techos y arqueadas bóvedas, con la que tanto se enorgullece Córdoba; la he visto celebrar en ese gigantesco edificio donde el arte logró fabricar delicados encajes sobre la dura piedra, donde el genio acumuló primor sobre primor, maravilla sobre maravilla: en esa grandiosa catedral cuyo ruinoso estado deplora hoy Sevilla, y con ella todas sus hermanas las restantes provincias españolas; la he oido también en campaña, haciendo alto las tropas en medio de los campos, para dirijir sus oraciones al Rey de los Reyes, elevándolas hasta el augusto trono envueltas en el perfume de variadas flores, que tan espontáneamente brotan en el suelo español; pero ignoraba cuán profunda emoción embarga el alma al oir la misa en alta mar, desprovista del suntuoso aparato con que el fervor religioso rodea en la tierra á tan augusta ceremonia, improvisándose únicamente un modesto altar á extrema popa, cubierto con la bandera de nuestra amada España, y sobre él la imagen del Redentor del mundo enclavado en la Cruz. Yo ha-

bía visto la salida de la luna en el preciado vergel de Andalucía, cual si quisiera envolver entre su manto de gasa á la blanca y perfumada flor de azahar; y la he visto reflejarse en el purísimo espejo que las aguas del Guadalquivir forman al pie de los jardines del Palacio de San Telmo; y la he contemplado también cuando sus pálidos reflejos resbalan sobre la nieve que suele tapizar los campos de nuestras provincias del Norte; pero no la había admirado en esa majestuosa fase de su vida, tan acertadamenta descrita por Núñez de Arce, cuando su potente lira le hace exclamar:

«La luna, cual hostia santa,
»Lentamente se levanta
»Entre las ondas del mar».

Mi admiración, pues, ha de reflejarse forzosamente en estas impresiones: pero el sentimiento no puede ser una falta para tí. Tú sientes también, y tus impresiones las estampas en el lienzo, con el brillante colorido que tu pincel sabe arrancar á la paleta: y si mi modesta pluma no puede describir con la debida exactitud lo que he visto y lo que he sentido, sírvame al menos de circunstancia atenuante mi admiración á la Naturaleza y el deseo de complacerte al escribir las *Impresiones de mi viaje* al Archipiélago filipino, arrancado por el immortal Magallanes del erial de lo desconocido para engarzarlo, cual valiosa joya, en la gloriosa corona de Castilla.

ARÍSTIDES.

Sevilla 5 de Febrero de 1889.



CAPÍTULO I

De Madrid á Zaragoza.—Rápida ojeada acerca de algunas poblaciones comprendidas en este itinerario.

*Dios!*

Si esta frase, pronunciada en el momento de emprenderse un viaje, produce dolorosa impresión, tanto en los que se van como en los que se quedan, la intensidad de ese dolor es indescriptible cuando el viajero se dirije á regiones lejanas, donde además de las peripecias que pueden ocurrir en el largo trayecto que debe recorrer, ha de luchar con un clima que le es desconocido, con el cambio radical de alimentación, usos y costumbres, y, lo que es peor aún, con ese vago temor que por regla general suele inspirarnos todo lo que hemos podido apreciar únicamente por referencias

más ó menos exajeradas, llegadas á nuestros oidos por conductos que no siempre son acreedores á obtener patentes de veraces é imparciales.

Tal era la síntesis de mis pensamientos en la noche del 26 de Febrero de 1882, cuando vibrando aún en mis oidos la palabra *¡Adiós!* pronunciada por los queridos seres que dejaba en Madrid, me hallaba ya en camino para Zaragoza y Barcelona, encajonado en un coche, que decían era de 1.ª clase, si bien yo no podía comprender esta clasificación sino recordando el importe del billete: pues por lo demás no reunía ninguna de las comodidades que suelen distinguir á los coches de 1.ª

Embebido en mis ideas, oí el nombre de la estación de Vicálvaro, y entonces mi pensamiento tomó distinto rumbo, fijándose en una de las páginas de la historia patria, escrita, si mal no recuerdo, en el mes de Junio de 1854. Empero también esta vez fué variado en breve el curso de mis ideas: impulsados por el vapor llegamos con rapidez suma á la estación de Alcalá de Henares, y entonces mi imaginación, sin apartarse de la historia de España, se fijó en otras páginas de fecha mucho más remota, sí, que aquella que evocara en mi memoria el nombre de Vicálvaro, pero también de más gratos recuerdos. Y no fué tan sólo en las páginas de la historia donde el retroceso se efectuó, nó; retrocedí también á causa del nuevo curso que mis ideas tomaron en la época de mi vida, recordando otra edad más feliz de la que en aquel momento me encontraba, en la cual empecé á aprender los principios más elementales de la Geografía de mi país. Y entonces, no obstante la rápida marcha del tren y las tinieblas de la no-

che, que envolvían en su manto el camino que recorríamos, pude ver en el mundo de mis recuerdos la situación topográfica de Alcalá de Henares, tan célebre por su Universidad complutense, creada por el insigne Cardenal Jiménez de Cisneros, y por haber sido la privilegiada cuna del fénix de los escritores españoles, del inmortal Cervantes, que no obstante su inmortalidad, y dicho sea de paso, no ha obtenido aún de la generación actual los honores de las fiestas de un centenario.

Alcalá ocupa profusamente las páginas de nuestra historia: al revisarlas, su recuerdo acude á la imaginación del lector, cual si fuera el forzoso corolario de los problemas históricos de España.

Su nombre de *Al-Kalá*, que en árabe significa *Castillo*, evoca el recuerdo de la dominación musulmana en la Península, cuyos usos y costumbres han dejado en nuestro país tan profundas huellas, especialmente en la pintoresca y fértil Andalucía, cuyas poblaciones conservan en sus recintos edificios del más puro y correcto estilo arquitectónico de los que por espacio de siete siglos fueron los poseedores de la región española.

Si, pasando adelante, llegamos al reinado de Don Juan I de Castilla, la vemos convertida en corte; si nos fijamos en el reinado del sombrío y tétrico Felipe II, no podemos menos de recordar á su médico de cámara D. Francisco Vallés de Covarrubias, llamado de sobrenombre el *Divino;* si continuamos nuestro trabajo de revisión histórica, admiraremos en los reinados de Felipe III y Felipe IV la chispeante figura de D. Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero de la Torre de Juan Abad, y también el nombre de Alcalá acudirá involuntariamente á nuestros labios, pues el satírico poe-

ta cursó en las aulas de aquella Universidad; y por último, si avanzando aún en nuestra lectura llegamos á la guerra de la Independencia, también brotará vivo, latente, el recuerdo de Alcalá, pues en su demarcación fueron derrotados los invasores por el célebre guerrillero español conocido en la historia bajo el nombre del *Empecinado*.

El sueño con toda su dominadora influencia se apoderó de mí, y cuando desperté, nos hallábamos en la estación de Zaragoza. Hé de confesar, que amante como el primero de los adelantos modernos, no pude menos, sin embargo, de lamentarme en esta ocasión de la aplicación del vapor, pues la rapidez del tren me impedía contemplar algún tiempo, siquiera fuese de lejos, á la inmortal Zaragoza, firmísimo baluarte de las libertades nacionales é invicta capital del antiguo reino de Aragón.

Un magnífico puente de hierro, tendido sobre el Ebro, sirve de espléndido pórtico á la patria de Lanuza; y los recuerdos históricos que evoca el nombre de Alcalá de Henares en la imaginación del viajero, se reverdecen nuevamente al oir el de Zaragoza.

Dos amores ejercen absoluto imperio en el corazón de los bravos aragoneses: el de su *religión* y el de su *libertad*. Del segundo, dan fe las páginas de su preclara historia: del primero, se encuentra ya la prueba en el mismo andén de la estación, donde varios vendedores ambulantes expenden, desde la modesta suma de dos pesetas, preciosas efigies de la Virgen del Pilar, Patrona de Aragón, á quien rinden fervoroso culto los heróicos hijos de ese preciado florón de la corona española.

El viajero que por sus circunstancias especiales pueda detenerse un día no más en Zaragoza, apreciará la demostración de ese mismo culto, visitando el santuario de la Virgen del Pilar, el primero del mundo católico, donde en la capilla de la misma advocación, sobre un fondo obscuro, salpicado de brillante pedrería, se encuentra la sagrada imagen de la Virgen, bajo un dosel de plata de primorosa hechura.

El templo primitivo fué restaurado en el siglo XII, restauración que duró hasta el siglo XVII, en el cual se procedió á su derribo, á fin de edificar el que hoy existe; y planteados los trabajos preparatorios, se colocó la primera piedra el año 1686, día de Santiago Apóstol, Patrón de España.

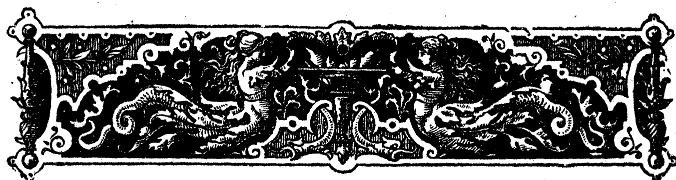
Otra Catedral contiene también tan importante población: la de la Seo, cuya fundación se pierde en la obscuridad de los tiempos y en la cual tenían lugar antiguamente la celebración de los Concilios y la coronación de los reyes.

Posee Zaragoza anchurosos paseos, preciosas plazoletas en cuyos centros se destacan fuentes abundantemente surtidas, Universidad literaria, varios cuarteles, casinos, teatros; en una palabra, cuantos elementos, así de utilidad como de recreo, deben concurrir en una capital de su importancia.

Entre los edificios públicos, son dignos de especial mención el Castillo de la Aljafería, el Palacio Arzobispal, el de la Diputación, la casa Ayuntamiento y la Lonja, así como el Hospital de Nuestra Señora de Gracia.

A las siete de la mañana seguimos nuestro viaje en dirección á Barcelona.





CAPÍTULO II

DE ZARAGOZA Á BARCELONA.

EN dos etapas puede considerarse dividido el trayecto que media de Zaragoza á Barcelona, á saber: de Zaragoza á Lérida, en el cual se recorren 184 kilómetros; y de Lérida á Barcelona, cuya distancia de 182 kilómetros, proporciona al viajero variados y pintorescos panoramas, cual si el país quisiera realizar una exposición de la generosa prodigalidad usada por la naturaleza con el suelo español.

Lérida, situada en la fértil campiña llamada *Llano de Urgel*, ostenta un antiguo castillo, venerables restos de los pasados tiempos; y á sus piés corre humildemente el Segre, cuyas aguas transparentes parecen acallar su dulce murmurio al besar la suave colina en cuya cima se eleva aquel legendario recuerdo de épocas remotas.

Al salir el tren de Lérida, próximamente la una y cuarto de la tarde, se salva el Segre por medio de un puente de sólida construcción, y entonces es cuando la naturaleza, haciendo ostentación de sus galas, se afana en exponer variadísimos panoramas ante la asombrada vista del viajero, que permanece junto á la ventanilla del coche, absorto en su grata contemplación.

Un extenso llano salpicado de corpulentos olivos; frondosos jardines y árboles de toda especie; viñedos; pueblos y caseríos, que se distinguen por su extremada blancura; tal es el conjunto de lo que me permito llamar primera decoración de los cuadros disolventes que se exhiben iluminados por los destellos del sol, sirviéndoles de dosel ese cielo puro y despejado de España, cuyo símil tan sólo he podido hallar en las regiones tropicales.

El Coll de las Sabinas interrumpe atrevidamente la uniformidad del cuadro, para mostrar desde su elevada altura á la ciudad de Cervera, cuyo municipio tiene su casa oficial en el edificio fundado para Universidad, por el que siendo en Francia Duque de Anjou, recojió el cetro de San Fernando á la muerte de Carlos II, figurando en la cronología de los reyes españoles bajo el nombre de Felipe V.

Sigue después, entre otras varias poblaciones, *Manresa*, ciudad que se abastece por medio de un canal de las aguas del Llobregat, la cual, en unión de *Tarrasa*, que disfruta de merecido renombre por sus fábricas de paños, representan la laboriosidad y amor á la independencia del Principado catalán.

La segunda decoración se presenta también en forma de llanura. Un desmonte; un terraplén que salva la

vía; extenso llano que fertiliza las aguas del Arenas, y en el cual, semejando á blancas gaviotas que intentasen reposar, tras largo derrotero, multitud de casas de campo, despidiendo columnas de humo de sus altas chimeneas, que van á confundirse con las blancas espirales del que arroja la locomotora.

En esta segunda fase, no es el llano tan uniforme cual en la primera, que hemos descrito ya. El monte de San Lorenzo, en cuya falda se cobija el pueblo de la *Murieta;* el torrente del *Mal Consell;* el pueblo de *San Esteban de Castellar*, son otras tantas interrupciones de esa uniformidad, interrupciones de las que no debe sorprenderse el viajero, pues tienen una lógica razón de ser: preparar su ánimo para la tercera decoración, cuyo severo aspecto, cuya imponente majestad es imposible describir, como no sea contando con la brillante y bien cortada pluma del inspirado trovador de esas montañas; porque esa decoración tiene por asunto unas montañas, y de esas montañas, llamadas de *Monserrat*, es el inspirado trovador mi distinguido amigo D. Víctor Balaguer.

Cuando se empiezan á destacar en el horizonte las rocas descarnadas de estas montañas de cónica estructura; cuando serpenteando el tren merced á las accidentaciones del terreno que recorre, las oculta á veces á la vista del observador para exhibirlas de nuevo con mayores proporciones; cuando, por último, la mirada puede fijarse con todo detenimiento en tan majestuosa obra de la naturaleza, no es posible que el viajero se dé cuenta de las sensaciones que llega á experimentar. Aquel conjunto que se halla caracterizado por el sello de la más augusta grandeza; aquellas masas de

rocas, que enhiestas y elevándose hacia el firmamento, parecen sostenerse tan sólo merced á prodigioso equilibrio, cual si la mano del Omnipotente las quisiera sustentar así para que la oración, brotada del fondo del alma, suba mejor á su excelso trono, encubierto por la azulada gasa de los cielos; aquellas ermitas que se presienten, y fueron levantadas por el fervor religioso en los huecos de las mismas rocas; aquel monasterio, donde entusiasta culto ha dejado indudables testimonios; todo, en una palabra, contribuye á crear una serie de sensaciones, imposibles y aun inverosímiles en su explicación.

Monserrat constituye el idilio religioso de los catalanes; la sagrada imagen de la Virgen, que los hijos del Principado designan bajo el cariñoso nombre de la *Morenita de las Montañas* en ese estilo popular que entraña tanta y tanta poesía, es el bello y puro ideal de su fe. Diez siglos lleva ya de existencia el santuario, y el fervor de los catalanes aumenta más, si es posible, en cada día que transcurre.

¿Qué podremos decir de la perspectiva que se disfruta tomando como punto de observación las montañas de Monserrat? Los montes de Valencia y Aragón y la cordillera de los Pirineos, se distinguen desde tan elevado observatorio; y si la mirada, salvando las rizadas ondas del Mediterráneo, pretende hallar más tierra firme aún, puede también divisar las Islas Baleares, que surgiendo del seno del mismo mar, se asemejan á centinelas avanzados que velan sin cesar por la integridad del suelo patrio.





CAPÍTULO III

BARCELONA.—BREVE DESCRIPCIÓN DE LA CAPITAL DEL PRINCIPADO.

SITUADA en la parte central de las costas catalanas, cual si su fundador Amilcar Barca hubiera podido preveer la importancia suma que la población por él creada habría de adquirir con el transcurso de los siglos, se eleva altiva la ciudad condal, la noble matrona de los antiguos *consellers*, la industrial y pintoresca Barcelona. Los diversos elementos de la naturaleza han concurrido de una manera espléndida al concurso de sus galas. La llanura, le proporcionó la base que esmaltada de frondoso césped y matizadas flores, sirve de regio asiento á la capital del Principado: los ríos, cuya representación asumen el *Llobregat* y *Besós*, tejen el rizado encaje que guarnece su vestido; las montañas de *Collcerola*, *San*

Pedro Mártir y *Tibidabó* labran la blanca mantilla, peculiar de las damas españolas, con la nieve que el invierno deposita sobre sus altas crestas; y el Mediterráneo, cuajando con las perlas salpicadas de sus espumosas ondas tan espléndido atavío, se convierte ya en bruñido espejo donde se pueden reproducir tales encantos, ya en anchuroso baño que sirva para mitigar los ardores del estío. Un cielo azul, transparente, sirve á Barcelona de dosel; y en el fondo de ese cielo, cual celoso guardián de la ciudad condal, se destaca la elevada silueta del Castillo de Monjuich.

La circunstancia de llegar de noche á Barcelona el tren correo que sale de Madrid, impide al viajero apreciar al primer golpe de vista la importancia suma que encierra esta población. Podrá admirar dentro del ómnibus que le conduzca desde la estación del ferro-carril, la calle de Fernando, centro del comercio barcelonés, cuyos ostentosos muestrarios se hallan iluminados por la luz eléctrica, preciada conquista de los adelantos modernos; verá el exceso de vida que la ciudad revela por medio de la concurrencia que transita por sus calles y por la Rambla, gran arteria que cruza todo su seno; excitará su atención ver también igual concurrencia en los numerosos cafés que á su paso hallará; pero todo esto no será más que una idea incompleta de lo que Barcelona es, pues de noche le falta, como es lógico, su principal atractivo, el adorno que Cataluña entera ostenta con el más legítimo orgullo: el de su amor al trabajo.

Cuando los reflejos del sol reemplazan á las tinieblas de la noche, es cuando Barcelona se presenta bajo su verdadero aspecto á la asombrada vista del ob-

servador. La multitud de fábricas destinadas á los ramos de la industria humana empiezan á funcionar; honrados menestrales de ambos sexos cruzan en todas direcciones para acudir á ganar su subsistencia; los tranvías brotan por doquiera; unos, atravesando la Rambla, cuya extensión se halla clasificada en varias subdivisiones, que reciben los nombres de *Rambla de Santa Mónica*, *Centro*, *San José ó de las Flores*, y *Estudios;* otros, que continuando por la Plaza de Cataluña, prosiguen su marcha por el anchuroso Paseo de Gracia, hasta llegar á la villa del mismo nombre, pasando por medio de lujosos edificios del más exquisito gusto arquitectónico, con los cuales alternan los teatros y jardines del Buen Retiro, Novedades, Tívoli, Prado, Catalán, Español y Campos Elíseos; otros, dirigiéndose á la *Barceloneta*, preciado barrio donde se revela también, por medio de las grandes fábricas que ostenta, el carácter industrial de Barcelona, así como su inusitado movimiento mercantil; y cual si esto no fuera suficiente, cruzan los coches de la Central, que partiendo de la Rambla de Santa Mónica, sirven de medio de transporte para los que transitan por las calles de Consejo de Ciento y demás, creadas en el ensanche de la población, que hoy constituye uno de sus más poderosos atractivos.

También la Rambla contiene magníficos y elegantes edificios, sobresaliendo entre ellos el Gran Teatro del Liceo y el Café de Colón, antes de Cuyás, decorado con un gusto especial.

Entre las varias plazas notables que Barcelona posee, son dignas de mencionarse las de Jaime I, donde se encuentran los Palacios de la Diputación y Ayunta-

miento, la Plaza Real, circunvalada por anchurosos pórticos, que contienen lujosas tiendas, y la de Palacio, con la Casa Lonja y la Aduana.

La suntuosa Catedral, cuyo origen se remonta á los primeros siglos del cristianismo; el Parque de Barcelona con su preciosa cascada y variada colección de árboles y flores; la Universidad literaria, que sobresale entre las demás de su clase, no ya de España, sino del extranjero; el Archivo de la antigua corona de Aragón, sus Ateneos, Círculos y Sociedades; los pintorescos pueblos de San Gervasio y Sarriá, distantes unos seis kilómetros de la capital, con sus elegantes *torres* ó casas de campo de recreo: tal es, á grandes rasgos, la descripción de Barcelona, que sirvió á Carlo Magno de compensación por la funesta derrota de Roncesvalles, y que al incorporarse más tarde á Castilla por medio del casamiento de D. Fernando de Aragón con D.ª Isabel I, sirvió de precedente con su unión á dos hechos memorables de la historia patria: la conquista de Granada y el descubrimiento de la América, debido al genio inmortal de Cristóbal Colón.





CAPÍTULO IV

EMBARQUE EN EL VAPOR BARCELONA.—SALIDA DEL PUERTO.—¡ADIÓS, ESPAÑA!

EL día 1.º de Marzo, designado para nuestro embarque, se desprendió al fin de la cadena del porvenir, preparándose á constituir un eslabón más en la interminable serie de los siglos transcurridos.

De proverbial se califica la exuberante riqueza del idioma español; empero dudo que posea frases suficientes para condensar el sentimiento que embarga el alma cuando, como en los instantes que yo veía deslizarse con suma rapidez, se va aproximando cada vez más el momento de dejar el patrio suelo.

Escaso era el número de las compras que me quedaban por hacer (1); esto no obstante, me hallaba ves-

(1) Véase el *Apéndice*.

tido en las primeras horas del día, dispuesto ya para salir, como lo efectué.

Una temperatura, verdaderamente primaveral, presidía en aquella mañana. La Rambla, bañada en toda su extensión por los primeros destellos de un sol naciente, ofrecía ese aspecto peculiar que caracteriza el despertar de las grandes poblaciones. Leve brisa, bañada entre las ondas del Mediterráneo, movía las hojas de los árboles que adornan y embellecen á la gran arteria de Barcelona; y el cielo despejado y sonriente no mostraba en su azulada gasa la más leve nubecilla, cual si quisiera que tan espléndido manto no obstentase otro adorno que el de las espirales del humo desprendido de las fábricas de vapor, ofrenda que el obrero catalán envía diariamente, con incansable actividad, hacia el trono del Hombre-Dios.

¡Con cuánto placer se aspira esa brisa en situaciones análogas á la en que yo me encontraba! ¡Con qué indefinible fruición se eleva la vista á ese cielo, ya para darle cariñosa despedida, ya para dirigir nuevas pero fervientes preces al que sustenta su excelso trono sobre el finísimo crespón que sirve de dosel al Universo!

Llegó el momento de partir; me dirigí al muelle y previo el oportuno ajuste, me instalé en un bote.

Un vigoroso empuje del remero me alejó bien pronto de aquella tierra tan querida, y deslizándonos entre un verdadero bosque de embarcaciones de varios países, atracamos al costado de estribor del *Barcelona*, del que pendía la escala para subir al buque. En breve me hallé en su espaciosa cámara, donde, así como en la cubierta, se notaba ese extraordinario movimiento propio de los viajes y despedidas.

La mesa elegantemente preparada; los pasajeros hablando con las personas que habían acudido á bordo á darles el último adiós; los oficiales trasladando las órdenes del capitán concernientes á la tan próxima marcha, y los marineros cumpliéndolas con esa matemática precisión que se observa en los buques al primer golpe de vista; tal fué el conjunto que pude apreciar al pisar el *Barcelona*, si bien por breves instantes, pues mi primer cuidado fué el de tomar posesión del reducido espacio que habría de servirme de habitación particular durante treinta y cinco días.

Digno de estudio era el cuadro que ofreció el *Barcelona* cuando se indicaron los últimos preparativos para la partida. Rostros sombreados por el pesar, abrazos cariñosos, tiernas despedidas; el buque, levadas ya las anclas y próximo á soltar las amarras, se mecía impaciente sobre las olas, que agitadas por el viento hacían chocar sobre sus bandas las frágiles embarcaciones que aguardaban á los que habían de regresar á tierra.

En breves instantes no quedaron en el buque más que las personas que constituían su pasaje y dotación; el cañonazo de leva que marcaba la entrada de la correspondencia á bordo había sonado ya, y su estampido, repercutiendo en las ondas del Mediterráneo, pareció prestar más rapidez á los botes y lanchas que momentos antes aprisionaban la anchurosa base del Vapor-Correo.

De pie sobre cubierta, apoyado sobre la barandilla de popa, presencié la salida del puerto, que tuvo lugar á las cuatro y quince minutos de la tarde. El panorama que se disfrutaba contribuía á dar mayor intensidad á la sensación que imperaba en mí.

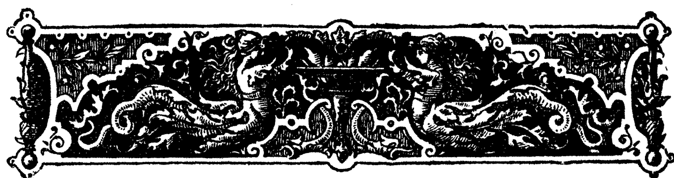
La mar, algo picada, presentaba en la confluencia de las olas, grandes copos de blanca espuma; el buque avanzando majestuosamente á impulsos del vapor, rompía el líquido cristal que le sustentaba, y la estela grabada por la quilla iba extendiéndose cada vez más hasta perder su rizada forma entre el encontrado oleaje que la combatía.

El verde y frondoso césped que sirve de alfombra á la base donde se eleva Monjuich; la elevada silueta del castillo, las casitas blanqueadas que se divisan á su pie, el sol sepultándose entre las ondas del Mediterráneo, para ir á visitar otras regiones y aprovechando sus últimos destellos para dejarnos contemplar breves momentos á la ciudad condal, símbolo para nosotros en aquel instante de la tierra que nos vió nacer, del hogar donde recibimos el santo y puro beso de la madre y el puro y santo beso de los hijos; tal era, descrito á grandes rasgos, el espectáculo con que la naturaleza deseó contribuir al acto de la despedida que cada uno de nosotros dirigía á la tierra española desde el santuario de su alma.

Y cuando las costas catalanas se perdieron entre el sombrío manto de la noche; cuando cesó esa melancólica transacción que existe entre la luz y la obscuridad, conocida bajo el nombre de crepúsculo; cuando la marcha del buque no era iluminada más que por el tenue reflejo de las estrellas que rielaban en el firmamento, un silencio verdaderamente sepulcral reinaba entre el pasaje: un círculo de hierro parecía oprimir los corazones todos. Y no era el temor de los peligros que pudiera ofrecer el viaje lo que nos hacía enmudecer, nó; la causa de nuestro mutismo era que á todos nos domi-

naba una misma idea, que todos nos hallábamos bajo la misma presión: el sentimiento de abandonar nuestra patria, que algunos no habrían de volver á pisar, y el deseo de que el albo penacho desprendido de la chimenea del buque, impulsado por el viento de proa que se declaró en aquella noche, suspendiese sobre el castillo de Monjuich, cual ofrenda de nuestro cariño, la expresión de nuestros corazones, no pronunciada por nuestros labios, pero imperando, sí, en nuestras almas; expresión que se halla sintetizada en estas dos palabras: *¡Adiós, España!*





CAPÍTULO V

MAR MEDITERRÁNEO.—MENORCA.—CERDEÑA.—SICILIA. — FARO DE PUNTA CORRIENTE.—LA MISA EN ALTA MAR.

ENTRE las ardientes costas del Africa y las pintorescas playas europeas álzanse, cual frontera que la naturaleza misma quiso establecer, las azuladas ondas del Mediterráneo.

Dos grandes conchas forman las aguas de la serie de mares interiores que constituyen el Mediterráneo; y en la primera, que termina en el cabo Bueno y el estrecho de Mesina, se encuentran los golfos de Génova y de León. Respecto á la segunda, es quizás de doble extensión que la primera, prolongándose sin interrupción alguna desde las costas de Sicilia y Túnez hasta las de Siria y Egipto, caracterizándola en general la ausencia de islas, rocas y escollos.

Forman además al Norte otras dos conchas particulares: la del mar Adriático y la del Archipiélago ó mar

Blanco de la Turquía. Entre ambas corre el mar Jónico, limitado por la Italia meridional, la Grecia y la Sicilia.

Tal es el carácter físico del Mediterráneo, que después de bañar las costas de la civilizada Europa, lleva las perfumadas brisas de sus verjeles á las playas del Africa, formando al propio tiempo los peligrosos golfos de las dos Syrtas, que penetran en su interior.

Los primeros días que transcurren después de abandonar el puerto de Barcelona son molestos en extremo, y más particularmente aún para las personas propensas al mareo. El paso del golfo de León nos proporcionó movimientos de balanceo y cabeceo, que ocasionaron bastantes deserciones en las comidas de los cuatro ó cinco primeros días; si bien el tiempo fué abonanzando y el retraimiento del pasaje cesando paulatinamente, hasta extinguirse por completo.

Las pocas horas que restaban de día cuando entramos en alta mar las aprovechamos en contemplar las costas de Cataluña, y aquella noche los pasajeros se retiraron temprano á sus camarotes respectivos para reconcentrarse en el pensamiento general y unánime que á todos nos embargaba: el recuerdo de nuestra patria, el recuerdo de nuestros hogares.

Y aún tuvimos ocasión una vez más de evocar estos recuerdos, contemplando, si bien á larga distancia, otra pequeña porción de tierra española, conquistada para la Madre patria en 1287 por D. Alfonso III de Aragón, pues á las cinco de la tarde del día 2 descubrimos por babor, orlada por los últimos destellos solares, la isla de Menorca, que parecía haberse desprendido de sus hermanas para bañarse entre la blanca espuma que la circundaba.

Seguimos con tiempos varios nuestro derrotero, avistando á las nueve y veinte minutos de la noche la Isla Cerdeña, donde también impera el recuerdo de España, si no en el presente período histórico, en los anales del pasado; pues aquellas aguas fueron surcadas también por la escuadra aragonesa, que con tropas de desembarco, y al mando de D. Alfonso, hijo de don Jaime II, se hizo dueña en 1325 de toda la isla de Cerdeña, en una corta pero enérgica campaña.

El vapor *Barcelona* continuó por la costa meridional de la Cerdeña, tras de cuya isla cree el viajero percibir la de Córcega, célebre por sus implacables *vendettas* y por haber sido la patria de Napoleón I, grandiosa figura militar á quien la misma naturaleza rindió culto, creando su sepultura entre las olas del Oceano, dándole por arena las escorias y lavas de un volcán y el basalto como cimientos de su mausoleo; rasgos distintivos todos de la isla de Santa Elena.

El día 3, á las cuatro y veinte minutos de la tarde, avistamos la Isla de Sicilia, cuyo fértil suelo la constituyó en granero de la poderosa Roma, cuando sus victoriosas huestes contaban los triunfos obtenidos por los paseos militares que realizaban.

Recorriendo su costa meridional, nos sorprendió el crepúsculo vespertino, y los postreros reflejos del sol, dando un tinte carmesí subido á la tierra de Sicilia, parecía la evocación viva, latente, de la sangre francesa que se derramó en el levantamiento que la historia registra en sus anales bajo el nombre de las *Vísperas Sicilianas;* levantamiento que había tenido lugar al toque de vísperas, el lunes, Pascua de Resurrección del año 1282.

Esta evocación adquiría mayor grado de realidad al pensar que el vapor *Barcelona* recorría la costa meridional de la Sicilia, faltando no más que 27 días para conmemorarse el sexto centenario de las sangrientas *Vísperas;* porque éstas tuvieron lugar el 30 de Marzo de 1282, y el *Barcelona* surcaba las aguas que la bañan el 3 de Marzo de 1882.

A las tres y treinta y ocho minutos de la madrugada del día 4, nos hallábamos N. S. corregido con el faro de Punta-Corriente, después de haber seguido rumbos varios.

El tiempo había empezado á abonanzar, y el pasaje iba logrando también dominar los dos enemigos principales á quienes había de combatir: el sentimiento de abandonar á España y el mareo que tanto enerva las fuerzas del que tiene la desgracia de sufrirlo.

Poco á poco fueron todos abandonando sus camarotes y presentándose primero en la toldilla; después en la cámara á las horas de comer.

Los primeros albores del día 5, rompiendo las densas brumas de la noche, fueron á reflejarse en el movible espejo de las olas, que intentaban en vano entorpecer la rápida marcha del Vapor. El baldeo ó limpieza del buque se efectuó, si posible era, con más escrupulosidad que de costumbre; los pasajeros, abandonando sus literas, procedían á su atavío, y los mismos marineros francos de servicio trocaban sus ropas de faena por ese sencillo y airoso traje que tan bien se adapta á los desembarazados movimientos y curtidos rostros de los hijos del mar.

Estos detalles, apreciados todos al primer golpe de vista, tenían una lógica razón de ser. Era domingo; allí,

sobre aquel montón de tablas que, trabadas por la mano del hombre flotaban sobre la inmensidad de los mares, se iba á celebrar el Santo Sacrificio de la Misa; y todos, absolutamente todos, querían concurrir á la solemne ceremonia.

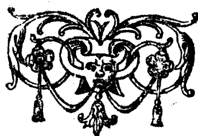
Si acto tan augusto predispone siempre á la meditación y al recojimiento, es indescriptible el sentimiento que produce cuando se realiza en alta mar. La emoción embarga los sentidos; la memoria evoca el recuerdo de las sencillas oraciones que aprendimos en la edad primera, y los labios sin saber, quizás, que lo efectúan, se entreabren para dar paso á esas mismas oraciones, que recordadas ya, brotan del fondo del alma y se elevan al excelso trono que sustenta á *Aquél*, cuya omnipotente voluntad encadena el furor de las embravecidas olas.

El cielo, puro, despejado, sonriente; alguna que otra nubecilla que se destacaba sobre su finísimo crespón, había sido despejada por leve brisa que descendiendo á la superficie del mar, prestaba caprichosas formas á su débil oleaje. Y eso, que nunca como en aquella espléndida mañana mereció el Mediterráneo la frase tan usual de la *mar bella*. Es verdad que á proa y á popa del *Barcelona* las rizadas ondas se convertían en blanca espuma, impulsadas por la quilla primero y por la hélice después, del buque; mas esa espuma se desarrollaba en anchos anillos, simulando ya la forma de turbante, que evocaba el recuerdo de la célebre batalla naval ganada por D. Juan de Austria en el golfo de Lepanto, ya el anillo nupcial que en sus desposorios con la mar arrojaban al histórico Adriático los antiguos Dux de la voluptuosa Venecia.

A popa se había levantado un modestísimo altar; la

bandera española servíale de paño, y sobre él se hallaba colocada la Imagen del Redentor del Mundo enclavado en la Cruz, teniendo á cada lado un cuadro. El de la derecha representaba á la Virgen María, bajo la gloriosa advocación del Monte Carmelo; el de la izquierda á San José.

Todo el pasaje, sin distinción de clases, asistió con el mayor recojimiento al Santo Sacrificio: todos, también, rodilla en tierra, elevamos nuestras preces al Señor en el instante de alzar el sacerdote la Sagrada Forma; y cuando dirijimos la mirada al espacio tratando de encontrar el medio de que las súplicas llegasen al trono de Dios, se nos figuró que la gasa del cielo se entreabría para recibir nuestras oraciones, conducidas al éter azul por las espirales de humo que despedía la chimenea del buque, convertido en augusto Santuario.





CAPÍTULO VI

Isla de Malta.—Isla de Candía.—Faro de Gando.—Damieta.—Llegada á Port-Said.

CUANDO la Empresa de los señores Olano y Larrinaga tenía á su cargo la conducción de la correspondencia y pasaje oficial á Filipinas, sus buques tocaban en la Isla de Malta, la antigua *Melita,* que situada entre las costas de la Sicilia y del Africa y bañada por el Mediterráneo, llegó á constituir las avanzadas del territorio central sometido al yugo de la soberbia Cartago.

Los buques que hoy hacen esta travesía, han borrado de su itinerario este puerto de escala, y los viajeros por ellos trasportados no pueden admirar los adornos naturales que ostenta la isla cuyo nombre es *Malta* y que *esmalta* en verdad, con su relieve, las aguas del mar que la rodean.

Una cesión, una conquista y una usurpación; tales son los recuerdos que más pronto surgen, de los rasgos trazados por la historia, al evocarse el nombre de esa porción de tierra que recibe el ardiente beso del Africa, envuelto en el suspiro de las olas del Mediterráneo.

Un César hizo la cesión: Carlos I de España cedió la Isla de Malta á los caballeros de la Inclita Orden de San Juan de Jerusalén en 1530.

La conquista se realizó 268 años más tarde. El pueblo francés había escrito en su historia una página sangrienta, página que tenía nombre, pero no clasificación. El nombre era *Revolución:* la clasificación la hizo el célebre escritor Mr. Güizot al escribir la portada de su obra: *El Drama de 1793*.

Del *Drama* brotó la figura de Napoleón I. Quiso conquistar el Egipto en 1798; halló en el mar la Isla de Malta y engarzó esa perla más en la corona de Emperador que en breve habría de ceñir á sus sienes.

Respecto á la usurpación tuvo lugar en 1802. Cierto es que la conquista la precedió también por este lado, en 1801; pero la paz de Amiens que devolvió á España la isla de Menorca, irrogándole al propio tiempo la pérdida de la Trinidad, contenía igualmente la cláusula de la restitución de Malta, que debían efectuar sus últimos conquistadores. Esto no obstante, la restitución no se realizó, y Malta continúa ostentando la misma bandera que ondea al viento en el estrecho donde se unen el Atlántico y el Mediterráneo, cual si protestaran de no ver arbolada la enseña española en el peñón de Gibraltar.

El día 5 avistamos por babor la isla de Candía ó sea la antigua Creta, célebre por su renombrado labe-

rinto, que en el sentido comparativo ha llegado á servir de uso proverbial.

Al levantarnos de la mesa después de la comida de la tarde, fuimos á pasear sobre cubierta. La noche se presentaba deliciosa y el Mediterráneo, que veía cercano el momento en que abandonáramos sus aguas, quería darnos por despedida los más suaves movimientos que sabe imprimir á su oleaje, y encubriendo bajo su tranquilo aspecto el fondo de 3970 metros que, según Mr. Benard, tiene entre las islas de Malta y de Candía. A las siete y treinta minutos vimos destacarse un punto luminoso entre la bruma; era el faro de la Isla Gando, con el cual corregimos nuestro rumbo N. S. á las diez de la misma noche.

El día 7 era esperádo por todo el pasaje con verdadera impaciencia; sabíamos por habérnoslo así manifestado el Capitán, que en las primeras horas de la noche fondearíamos en Port-Saïd, que se haría carbón y que no abandonaríamos el puerto hasta las ocho de la mañana siguiente.

Es preciso haber emprendido un viaje por mar cuya duración pueda ser de 30 ó 50 días, según expreso en la *Carta-prólogo*, y contar ya siete á bordo sin haber pisado tierra, para comprender la impresión que produce la noticia de la próxima llegada á un punto de escala. Y en los viajes á Filipinas, el arribar á Port-Saïd, llave, por decirlo así, del Egipto, tiene otro atractivo más: la de ser al propio tiempo el dintel del espléndido edificio que con columnas de agua creó la ciencia sobre tierra firme, bajo el nombre de *Canal de Suez*.

Por eso la impaciencia del pasaje era indescriptible; impaciencia que aumentaban en alto grado los pre-

parativos de la marinería para el momento de fondear; pues si queríamos intentar dar al olvido por algunas horas nuestra próxima llegada á Port-Saïd, nos la recordaba ver preparar las anclas, y oir el golpear de los cables sobre la cubierta.

Por eso, desde las primeras horas del día, no se abandonaron las barandillas de la toldilla más que durante las invertidas en el almuerzo y comida; y las demás las pasamos con la mirada fija en el horizonte, cual si quisiéramos anticiparnos cada cual de por sí en dar la primera noticia de haber visto la tierra deseada.

Alguna recompensa obtuvieron nuestros esfuerzos, pues á las dos y treinta de la tarde vimos destacarse en la costa de Africa á Damieta, célebre por sus campiñas sembradas de arrozales, cuyo fruto goza de especial renombre; Damieta, donde existe la cuarta boca de las siete que, pertenecientes al Nilo, conocían los antiguos; boca que cuando el río sube alcanza su profundidad á 16 metros, descendiendo tan sólo á 2 ó 3 cuando aquél decrece; Damieta la moderna, edificada en 1254, que evoca el recuerdo de Damieta la antigua, de la cual se apoderaron los Cruzados en 1217 y donde rechazó Saladino á los cristianos en 881.....

Y más tarde, cuando el sol empezaba á declinar, cuando su disco de fuego parecía irse apagando poco á poco al sepultarse lentamente en el fondo del Mediterráneo, otro destello, cuya intensidad aumentaba sobre manera, se ofreció á nuestra vista: era la Torre-Faro de Port-Saïd.

La noche tendió su velo sobre la luz del día; el sol acabó de reclinarse perezosamente sobre el espléndido manto que bordado con la espuma de sus olas le ofre-

cía el mar, y el *Barcelona*, moderando la rapidez de su carrera, llegó á pararse por fin.

Una voz de mando, voz varonil y enérgica, se oyó á las ocho y diez minutos:—*¡Fondo!* Fué la sola frase que pronunció.

Y las anclas, deslizándose por los costados del buque, rompieron la tersa superficie de las aguas, que se estremecieron de placer al ver surto al *Barcelona* á pocas brazas del muelle de Port-Saïd.





CAPÍTULO VII

Dos palabras acerca del Egipto.—Descripción de Port-Saïd.

LA naturaleza, supremo artista del universo, se halla sometida también, cual los artistas, á la influencia de la más ardiente fantasía. En sus obras de arte se revela de un modo palmario si era la alegría ó el pesar la que le dominaba cuando procedió á sus más grandiosas creaciones, en las cuales siempre impera, esto no obstante, el sello distintivo que revela su incomparable genio.

Un día que se encontraba de buen humor, cojió el pincel, y sirviéndole de lienzo el anchuroso espacio donde se ciernen las nubes, trazó el purísimo cielo que cobija á la España y á la Italia; empero cansándose en breve, dió á la Inglaterra ese celaje obscuro, cuyo ras-

go peculiar es el manto de neblina en que le envolvió su tétrico pincel.

Otro día quiso cojer el buril y modeló *Despeñaperros* en España, el valle de Achor en Palestina, y las montañas de Suiza é Italia, que rivalizan en grandeza y poesía; mas se cansó también, y el buril sólo produjo creaciones agrestes, tristes, como las de los montes arábigos, que partiendo del Istmo de Suez, costean el Mar Rojo, continuando su derivación por la Abisinia interior.

La inspiración artística de la naturaleza se detuvo unos instantes en la carta geográfica de la porción de tierra que la historia registra en páginas escritas hace treinta siglos; de esa tierra que no ha iluminado todavía los destellos de la civilización moderna; y al ver al Asia, privilegiada cuna de la civilización universal tan próxima á esa tierra huérfana, creó el Istmo de Suez, verdadero lazo de unión tendido al Nordeste entre el Africa y el Asia.

Después delineó un anchuroso valle circundado de estériles desiertos, y le matizó de jaspe de Etiopía, de lápiz-lázuli, pórfido, amatistas y topacios. En la parte más elevada de ese valle, situó montañas de pizarras, asperón, cuarzo ya blanco cual el cendal de una virgen, ya rosado, cual esas preciadas flores que después de prestar su matiz á este color, le prestan también su nombre. Y cuando su genio creador completó esta parte del cuadro con algunas pinceladas que al toque de su mágico poder se convirtieron en rocas graníticas conteniendo cornalina y jaspes, creó otro valle dentro del valle primitivo: creó el *Valle del Extravío*, en el cual preparó vistosos lechos de espejuelo, donde pudieran reposar

las pequeñas pero compactas capas de sal que las ondas del mar le tributaban.

Empero no dió todavía por terminada su obra. Al contemplar aquellas llanuras, quiso que llegasen á obtener un merecido renombre por su carácter fecundo; y entonces trazó el curso del Nilo, cuya corriente, saliendo de su cauce en las crecidas, las cubre con un manto de limo, que se convierte en poderoso abono.

Este cuadro, que la naturaleza exhibe entre sus gigantescas obras, figura en el catálogo geográfico universal bajo el nombre de *Egipto*.

*
* *

Edificado sobre un banco de arena y situado entre las olas del mar Mediterráneo y el lago salado de Menzaleh, constituye Port-Saïd la genuina representación del poder encarnado en la fuerza de voluntad del hombre, cuando le impulsa la idea del progreso.

Al hacerse los estudios preparatorios para la creación del Canal de Suez, tratóse de elegir un punto apropósito para el desagüe de su corriente: se halló ese banco de arena, se comprendió su utilidad, y *Port-Saïd* surgió sin que fuera obstáculo la dificultad y entorpecimientos que para las obras entrañaba la carencia de agua dulce, que habría de irse á buscar en cisternas flotantes, á una distancia de 15 leguas.

Port-Saïd ó *Puerto-Saïd* toma su nombre del ilustrado Said-Bajá, en cuyos nobles sentimientos halló entusiasta acojida el grandioso proyecto de Mr. Lesseps; pero la muerte, sorprendiéndole en 1863, no le permitió verlos realizados; y sus restos yacían ya en una peque-

ña mezquita de Alejandría, cuando la inauguración del Canal.

La segura rada de *Port-Saïd*, su buen fondeadero, y la protección que encuentran allí los buques contra los vientos del Noroeste, que reinan la mayor parte del año, justifican la elección del sitio donde Port-Saïd se ostenta, aumentando en importancia, según el tiempo transcurre.

Su esbelto y airoso faro, que difunde á gran distancia el reflejo de sus irradiaciones; sus muelles, y aún sus pretiles, representan fabulosas sumas, sacrificadas en aras del proyecto de Mr. Lesseps; proyecto ideado por él mientras sufría en un lazareto los rigores de una cuarentena.

Siendo los umbrales por decirlo así del Canal, y constituyendo la puerta que ha de servir de paso para los buques que procedentes del Norte abandonan las aguas del Mediterráneo para surcar las del Mar Rojo, su bahía se halla favorecida constantemente por buques de todas las naciones; y los acontecimientos ocurridos en 1882, con motivo de la insurrección de Arabi-Bey, me permitieron contemplar á mi primer regreso de Filipinas, buques de guerra que se hallaban de estación, entre los cuales divisé algunos que tenían enarbolada la bandera española.

Cuando fondeamos, multitud de botes atracaron al costado del *Barcelona;* unos, ofreciendo sus tripulantes mercancías de variados géneros, por las cuales reclamaban exajerados precios; otros ofreciendo sus mismos botes para conducir los pasajeros al muelle, conducción que se retribuye con dos reales vellón.

Había recibido de mis compañeros de viaje el hon-

roso cuanto grato encargo de enviar un telegrama en nombre de todos á *La Correspondencia de España*, á fin de que, insertándolo en sus columnas, llegase á conocimiento de las familias respectivas, así nuestro feliz arribo á Port-Saïd, como el cariñoso saludo que les dirijíamos desde las primeras playas extranjeras que pisábamos; y cumplida esta misión, me incorporé de nuevo al resto del pasaje que había tomado tierra.

Al efecto, atravesando sus rectas y anchas calles sin utilizar los servicios de numerosos *cicerones*, que sin servir para nada, se hacen pagar cual si sirvieran de mucho, visité varios establecimientos de turcos, judíos y europeos, dedicados los primeros á la venta de efectos del país, y los segundos á la de géneros importados de Europa, entre los cuales sobresalen las prendas de vestir.

Efectos de sándalo, ámbar y marfil, gorros egipcios, fotografías con vistas del Canal, cuya colección completa se halla en venta al precio de una peseta; zapatillas bordadas, butacas para la vida de abordo; salchichones de dátiles procedentes del Monte Sinaí y otra infinita variedad de artículos, fué la constante exhibición que tuve hasta llegar á la puerta del café *El Dorado*.

La entrada en él cuesta una peseta, y según pude apreciar, es un café cantante, cuya parte musical se halla encomendada al elemento europeo, perteneciente al sexo femenino.

Dos palabras más acerca de Port-Saïd antes de concluir este capítulo.

La moneda corriente es la francesa, si bien circulan y se admiten las de todas las naciones.

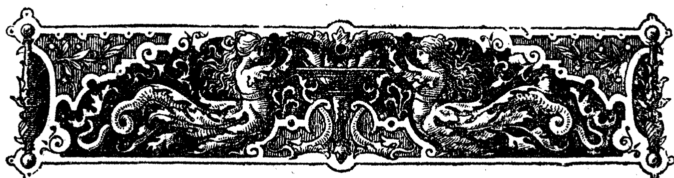
Los rasgos distintivos de sus naturales son los de la raza africana en su mayor pureza: tez aceitunada y facciones pronunciadas de notable corrección.

El traje de los hombres lo constituyen largos jaiques, cubriéndoles la cabeza ya el gorro egipcio de color encarnado con borla negra, ya el tradicional turbante.

Respecto á las mujeres, visten una especie de bata flotante y ancha, velando toda su cabeza con una toca, á la cual se adapta el lienzo, negro por lo general, con que encubren su semblante, y practicando en aquél dos aberturas á la altura de los ojos.

Tales fueron los resultados de mis observaciones durante las escasas horas que pude parar en Port-Saïd, cuyo suelo arenoso y llano abandonaba á las doce y media de la noche, para buscar el necesario reposo á bordo del vapor *Barcelona*, que seguía meciéndose con lánguido abandono sobre las tranquilas ondas del Mediterráneo.





CAPÍTULO VIII

Ojeada retrospectiva.

CUANDO el progreso no había trazado aún el abreviado y pintoresco derrotero del Canal de Suez; cuando la navegación se hacía en buques de vela que se hallaban sujetos á las caprichosas veleidades de los vientos, ya reinando en sentido contrario, ya produciendo con su ausencia las calmas chichas; cuando el cansancio y el hastío dominaba á los viajeros antes de haber logrado doblar el Cabo de Buena Esperanza, las relaciones mercantiles de la Europa con tan lejanos países eran tardías y peligrosas por demás; de aquí el pánico que producía en aquella época la mera enunciación de un viaje á Filipinas; pánico que se ha empezado á desvanecer y acabará por extinguirse del todo cuando la persona que lo experimente quiera dedicarse al estudio de las condiciones en que aquél se realiza hoy.

Buques con todas las comodidades apetecibles, que

lo mismo sirven para arrostrar el calor intenso que se siente en el Mar Rojo, como para resistir y desafiar los furores de un váguio en el temido Mar de la China; potentes hélices movidas á vapor contrarrestando la influencia adversa de los vientos, que cuando son favorables protejen por medio del velamen la rapidez de la marcha; frecuente perspectiva de las costas; variedad de puertos salpicados en torno del itinerario, donde caso de necesidad se puede recalar para la reparación de averías; sitios donde la naturaleza, la historia sagrada y la profana han escrito sus más bellísimas páginas; tales son, en conjunto, las condiciones que han hecho de los viajes á Filipinas, tan temidos antes, viajes de verdadera ilustración y de notorio recreo.

La necesidad de la existencia de un canal que pusiera en comunicación el Mar Rojo con el Mediterráneo, fué ya reconocida como de carácter imperioso en los tiempos de la antigüedad. Sesostris, en unión con Dario Histarpes, comenzó tan gigantesca obra diez y seis siglos antes de la Era Cristiana; mas en breve fueron abandonados los trabajos, que reanudados nuevamente hasta su terminación en tiempo de Tolomeo Filadelfo, fueron destruídos con anterioridad á la época de Augusto, en la propia forma que la obra de Lesseps se ha visto seriamente amenazada durante la última insurrección egipcia.

Inglaterra, cuyo espíritu mercantil se halla universalmente reconocido, fué la primera potencia europea que abrevió este género de viajes. La utilidad y conveniencia de establecer una comunicación más rápida y directa entre Europa y sus posesiones de la India, no se le podían ocultar bajo concepto alguno; y en su vir-

tud, procedió á practicar una prueba cuyo resultado diese á su presunción la seguridad de la certeza absoluta. Al efecto, comisionó á un teniente de su Armada, que llevando un duplicado de la correspondencia oficial, atravesó el Istmo, sin otros elementos que los que la casualidad se encargara de proporcionarle. El resultado de la comisión corroboró las esperanzas que la motivaron; el teniente Wagoni llegó á Bombay un mes antes que el correo de la India, y su busto puede contemplarlo el viajero cuando al abandonar los lagos Amargos, última etapa del Canal, se llega al terraplén saliente, donde se ostenta, cual si quisiera dar cariñoso saludo á los que arriban á Suez.

Entonces procedió Inglaterra al planteamiento de dos navegaciones aceleradas por medio del vapor. La primera partía de sus puertos, llegando al de Alejandría: la segunda salía de Suez, recorriendo Bombay, Calcutta, Singapore y China; y el camello, ese incansable buque del desierto, servía de medio complementario de comunicación, enlazándola entre Alejandría y Suez y el Cairo.

El ingeniero francés *Fernando Lesseps* fué quien llevó á cabo la grandiosa obra del Canal. Conocedor profundo de las miserias humanas, no quiso imprimirle el sello de una empresa, ni aun el de una nación siquiera; que eran éstos muy débiles cimientos para edificio de tan colosales proporciones, y podría derrumbarle el peso de su propia grandeza. Entonces agrupó en torno suyo á las potencias que tremolan sus enseñas en tierras situadas allende los mares, y creando una nacionalidad *ad-hoc* unida por intereses comunes, dió principio á las obras que se desarrollaron al calor

de la bandera que las protejía, en cuyo centro campeaban los siguientes lemas salvadores: *Ciencia.—Ilustración.—Progreso.*

Un poderoso auxiliar encontró desde luégo Mr. Lesseps en el Kedive Ismail, cuyo carácter emprendedor y propia iniciativa se habían patentizado con las vías férreas construídas en el Delta y con la instalación del telégrafo, cuyos hilos ponen en comunicación la costa del Mar Rojo con la rivera del Nilo.

No se ocultó á su penetración la trascendencia suma del gigantesco proyecto, al que coadyuvó desde luégo con gran entusiasmo; y como recuerdo perenne de su elevado proceder, álzase hoy á las orillas del Canal la ciudad de *Ismailia* ó *Ismailija*, erigida en el terreno que durante la construcción de aquél, fué, por decirlo así, el cuartel general de las obras emprendidas al efecto.

El canal surgió; el progreso se abrió ancho paso á través de los vastos arenales; y el Mediterráneo mezclado con los lagos Menzaleh y Timsah, después de pasar por la prolongada cuenca de los Lagos Amargos, vá á reunirse con las aguas del Mar Rojo para presenciar desde la bahía de Suez el crepúsculo vespertino, y ver desaparecer lentamente el astro rey tras los abruptos peñascos del Monte Ataka.





CAPÍTULO IX

PASO DEL CANAL DE SUEZ.—DESCRIPCIÓN DEL MISMO.—FENÓMENO DEL ESPEJISMO QUE SUELE OBSERVARSE EN SUS ORILLAS.

TERRENO de escasa elevación, cual si la naturaleza hubiera previsto que su obra habría de ser modificada por la mano del hombre; rocas calizas envueltas en capas de asperón y sílice, en cuya parte central y salpicadas de trecho en trecho se destacan las colinas, semejando jigantescos peldaños; al Este, Sudeste y Sudoeste, cual espléndido portier, las montañas de la Arabia Petrea y del Egipto, cuyas ondulaciones se reunen en atrevidos pliegues, que ciñen en lejana perspectiva el punto más saliente de la decoración, la meseta, cuya derivación termina en las agrestes costas del Mar

Rojo. Tal es, trazado á grandes rasgos el Istmo de Suez, donde la ciencia pronunció el *fiax lux*, y *la luz se hizo*, al sentir la tierra atravesar su seno el apacible curso de las aguas del Canal.

Desde las primeras horas de la mañana del día 8, todo el pasaje se hallaba sobre cubierta, presenciando los preparativos que tenían lugar á bordo para la próxima etapa, tan corta como agradable bajo todos conceptos. Levadas las anclas y sueltas las amarras, tomamos el práctico de Port-Saïd, que había de ser relevado en Ismailia por el que nos conduciría á Suez, y á las ocho menos algunos minutos embocábamos el Canal.

Siete millas no más recorrimos aquel día. Catorce estaciones intermedias salpicadas en la extensión del Canal, anuncian por medio del telégrafo la marcha de los buques que lo cruzan; y cuando llegan á encontrarse dos que marchan en dirección opuesta, ha de amarrar á la orilla el que haya llegado primero á la estación de cruce. En este caso nos encontramos nosotros aquel día; mas en compensación de la detención forzosa que sufrimos, tuvimos el placer de ver desfilar ante nuestra vista magníficos buques de todas las naciones, que izaban sus banderas cual si saludar quisieran á la apacible corriente que surcaban.

El desfile dió principio á las diez y media de la mañana y terminó á las dos menos cuarto de la tarde: en el transcurso de este tiempo pudimos contemplar además de otros buques de menor porte, los siguientes: *Khedive* y *Teheran*, conductores de la mala inglesa; *Drenthe*, de la mala holandesa; *City of Cantorbery*, *Swadale*, *Silvedale*, *Austerlitz* y *Cavalier*.

Existe además otra circunstancia que motiva no ya el escaso número de millas que recorrimos aquel día, sino el tiempo que ha de invertirse forzosamente en cruzar todo el Canal; y esta circunstancia estriba en la condición de no poderse recorrer el trayecto de una estación á otra en menos de una hora, bajo la pena de la imposición de una crecida multa al práctico que se lleve á bordo.

Al declinar la tarde suspendió su marcha el *Barcelona*, cumplimentando el precepto que dispone no se efectúe el paso del Canal más que de sol á sol, á cuyo efecto existen en ambas orillas amarraderos de proporcionada resistencia, á fin de que sean utilizados por los buques á quienes sorprende la noche en el espacio comprendido entre dos estaciones.

El día 9, cuando los primeros reflejos del sol llegaron á herir la superficie del Canal, seguimos nuestro agradable paseo, que no merece, en verdad, otro nombre, el trayecto de 80 millas que recorrimos hasta la llegada á Suez.

Aprisionados entre las dos orillas que limitan su cauce, íbamos precedidos y seguidos á la par por varias embarcaciones que podíamos contemplar perfectamente sentados en la toldilla del *Barcelona*, en cuya popa se ostentaba la bandera española.

A nuestro paso encontramos un crecido número de dragas, que se ocupan constantemente en extraer del lecho del Canal la arena que el viento del desierto deposita en él.

El retardo que habíamos experimentado el día anterior, tuvo sobrada compensación en el siguiente. Ningún obstáculo imprevisto surgió; y no obstante los nu-

merosos buques que nos precedían, ninguno, tampoco, llegó á varar, incidente que suele ocurrir con alguna frecuencia, entorpeciendo la marcha de aquellos á quienes precede. El buque que vara tiene un plazo de 24 horas para ponerse á flote con los elementos propios de que pueda disponer; mas si transcurrido este plazo no estuviere aún habilitado para seguir la marcha, la Empresa del Canal le envía un remolcador cuyos servicios cuestan 4,000 francos.

El trayecto del Canal, aparte del carácter científico que reviste, ofrece puntos de vista extremadamente pintorescos, entre los que citaré el *Chalet*, que á la entrada del lago Timsah fué construído para la ex-emperatriz francesa; la población de *Ismailia*, situada en la orilla septentrional del citado lago; población que debe también su nacimiento, según dejamos apuntado ya, á los trabajos de la canalización, y donde se eleva junto á la misma orilla del Canal el suntuoso palacio mandado construir por el Kedive, de quien tomó Ismailia nombre, por Ismail I; y finalmente, la casa de *Lesseps*, de airosa y elegante construcción, que rodeada de un verdadero verjel, se divisa desde el muelle de Mehemet-Alí.

Esta parte del Canal es, indudablemente, la que más seduce al viajero, bajo el punto de vista panorámico. Los azulados cambiantes del lago; el edén que ha surgido de improviso en sus orillas cuando la tierra abrasada por los rayos solares, ha sentido un nuevo fluído de la vida al ser bañada por el agua dulce; las alamedas y jardines que el hombre ha sabido improvisar aprovechando esa misma reacción favorable del terreno; la airosa construcción de las casas destinadas á los

empresarios y empleados superiores; todo, en resumen, constituye un conjunto que deja honda huella en el ánimo del espectador.

Pena ocasiona al viajero la terminación del paso del Canal, cuyas orillas concurren al certamen que allí presenta la ciencia ofreciendo en determinadas ocasiones frecuentes casos de espejismo.

Este fenómeno físico, que al rendido caminante que atraviesa los áridos arenales del desierto le hace percibir un oasis envuelto en los últimos destellos de un sol que muere, para irse alejando según avanza aquél en su camino, hasta perderse entre la bruma de la noche; ese fenómeno que surje á la rápida variación de densidad producida en las capas de aire próximas á la superficie terrestre por la prolongada acción de los rayos solares, se observa también en las orillas del Canal de Suez; y al contemplarlas entonces, el manto de arena en que se envuelven se convierte en anchuroso mar.

Al regresar de Filipinas, y hallándome recostado sobre la banda de babor del *Magallanes*, aprecié el fenómeno en cuestión; pero en circunstancias tales, que le rodearon de un carácter verdaderamente fantasmagórico.

Una extensa sábana de agua se destacaba ante mi vista; en vano busqué la tierra que yo sabía que existía allí; no la encontraba. De pronto el encanto se rompió; el líquido elemento fué sustituído por la tierra firme; y cual si de su seno hubiera brotado de improviso, un tren avanzaba rápidamente dejando en el espacio la blanquecina estela del humo que arrojaba la locomotora.





CAPÍTULO X

LLEGADA Á SUEZ.—PANORAMA QUE OFRECE SU BAHÍA.—BREVES PALABRAS RESPECTO Á LA POBLACIÓN.—LA ORACIÓN DE LA TARDE.

ENTRÁBAMOS en el puerto de Suez á las seis y cuarenta y cinco minutos de la tarde, y jamás olvidaré el panorama que allí pude contemplar.

El *Barcelona* surto en la bahía, y en torno suyo multitud de buques, preparándose á partir los unos, estacionados los más. El sol próximo á desaparecer entre encendidas nubes, trazaba caprichosos y variados dibujos sobre el azulado crespón del firmamento; unas veces, simulando apacibles lagos rodeados de copudos árboles con frondoso follaje; otras, abruptas montañas de extraordinarias formas, ó gigantescas figuras de colosales proporciones. Las tintas del crepúsculo vespertino lanzaban sus moribundos destellos sobre la población de Suez, situada al Oeste de la bahía, risueña pla-

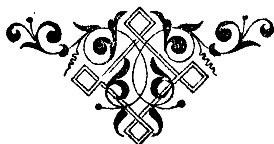
za comercial elegida como punto de tránsito por los musulmanes que hacen la peregrinación á la Meka, dirigiéndose después por mar á Dschidda; y limitando el cuadro, dos epopeyas: de la religión cristiana la una, la otra de la ciencia; representadas ambas, la primera, por las ondas del Mar Rojo, que íbamos á surcar en breve, así como por el Golfo de Suez, recorrido por Moisés en unión del pueblo hebreo; la segunda, por el Canal de Suez, que acabábamos de cruzar.

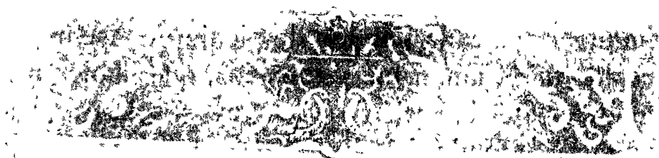
He presenciado esa misteriosa y diaria fase de la naturaleza en poblaciones llenas de animación y vida, sorprendiéndome en la calle la voz de bronce de las campanas, que desde la torre de iglesias suntuosas convocaba á los fieles á la oración; he contemplado en amenas campiñas cómo los últimos rayos solares, al perderse en el horizonte, prestaban su matiz de púrpura á las flores, mientras la modesta esquila de alguna ermita lejana invitaba también á la oración y al recogimiento, siquiera fuese por instantes breves; pero la impresión que estas escenas me han causado, no admite comparación alguna con la que me produjo la *oración de la tarde* cuando el *Barcelona* se hallaba surto en las aguas de Suez.

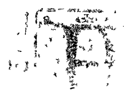
El Mar Rojo en la bahía de Suez toma un tinte obscuro muy subido; pero cuando el sol le envía su ardiente beso envuelto en los últimos focos de luz, ese tinte adquiere variados cambiantes, que atraen de un modo irresistible la mirada del que lo contempla por primera vez. Y si la brisa riza ligeramente su tersa supercie, produciendo cristalinas ondulaciones, al encontrarse las olas y chocar entre sí, creando momentáneas cascadas, cada gota desprendida del choque, parece

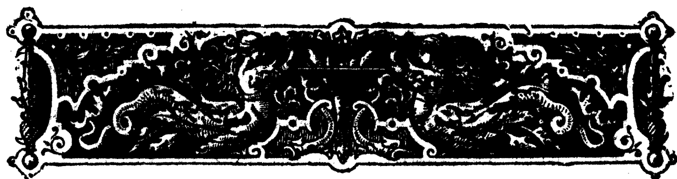
encendido rubí, cada porción de oleaje se asemeja á una catarata de amatistas y topacios, que hubieran sido fundidos por la acción de los rayos solares, y se precipitaran al fondo del abismo para darles nueva forma en las concavidades del mar.

La impresión que imperaba en mí, imperaba también en el ánimo de las personas que se hallaban á bordo, las cuales guardaban igualmente silencio verdaderamente sepulcral, que sólo rompió la noche al apagar entre los pliegues de su negro manto la postrera luz del día.









CAPÍTULO XI

SALIDA DE SUEZ.—GOLFO DEL MISMO NOMBRE.—ENTRADA EN EL MAR ROJO.

A las diez de la noche, ó sea tres horas y media después de haber terminado el paso del Canal, levaba sus anclas el *Barcelona* y, salvando el Golfo de Suez, embocaba la entrada del Mar Rojo.

Sentado junto á la barandilla de popa presencié los preparativos de la marcha; y allí permanecí también largo rato después, sin intentar siquiera sustraerme á la irresistible atracción que sobre el viajero ejerce la contemplación, en noches semejantes, de la salida de un puerto y de la entrada en alta mar.

Y he dicho en noches semejantes, porque si la puesta del sol, si la oración de la tarde que nos sorprendió surtos en la bahía de Suez revistió el carácter de la más augusta grandeza, la noche quiso competir con ella, engalanándose con sus joyas de más valor.

Leve pero grata brisa reinaba aquella noche; el firmamento se revistió de su azulado manto, donde rielaban multitud de estrellas, que semejaban deslumbradora pedrería; Neptuno, aquietando el curso de las aguas, las convirtió en terso y bruñido cristal para que la noche pudiera contemplar tan suntuoso atavío; y la luna brotando, cual si obedeciese á mágica evocación, de entre las mismas olas, la prestaba sus dulces irradiaciones que iban á herir los compactos hilos de gruesas perlas ofrecidas á la noche por el vapor *Barcelona*, perlas formadas con la blanca espuma producida por su hélice y su quilla.

En los primeros momentos de la salida del puerto donde tomamos á bordo nuevo práctico para el paso del Mar Rojo, se destacaban por la parte de popa varios puntos luminosos, que poco á poco fueron perdiendo su intensidad hasta extinguirse por completo. Eran las luces de la población y de los buques que habíamos dejado anclados en su rada.

Y cuando se deja de divisar á Suez, cuando la vista tan sólo alcanza á percibir cielo y agua, dos pensamientos brotan instintivamente en la imaginación, sacándola de su letargo: la perspectiva del porvenir más inmediato del viaje, representada en la etapa del histórico Mar Rojo; y la evocación del pasado, que partiendo del abandono de las costas de Europa, termina en los *lagos Amargos*, epílogo, por decirlo así, de esa obra escrita por la ciencia y editada en el siglo XIX, bajo el nombre de *Canal de Suez*.

El Mar Rojo ocupa dos de las más conmovedoras páginas de la Sagrada Escritura. Sus aguas se dividieron á fin de practicar milagrosa senda, recobrando así

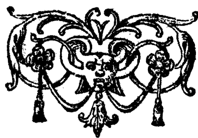
el pueblo de Israel la libertad perdida, y cuando el ejército de Faraón quiso seguir el mismo derrotero, las aguas, uniéndose de nuevo, convirtieron su lecho en sepultura de los opresores.

El viajero sabe de antemano, que el buque que le conduce ha de cortar con su quilla ese histórico mar; sabe también, que en sus agrestes costas ha de divisar la cumbre del Monte Sinaí, donde Moisés recibió las tablas que contenían los preceptos de la Ley Divina; y el pensamiento, ceñido al ideal religioso que preside en ambas páginas, recorre sus impresiones, pasa por alto las concepciones mitológicas representadas en el antiguo nombre de *Mar Cronium*, que ostentaba el Adriático, cual homenaje rendido al Dios *Cronos* ó *Saturno*, que se decía regir en sus líquidas llanuras; no presta atención tampoco á las supersticiones de igual índole implicadas en la creencia de la antigua Chipre, de que el encendido matíz de sus granados era debido á que la misma Diosa Venus los plantaba en su fértil suelo; empero fijándose en la Tierra Santa, cuyo recuerdo evoca su paso por el Egipto, reanuda el curso de sus ideas, y afirmándolas en el terreno bíblico, se fija en el último punto que los determina: en los lagos Amargos, epílogo, que antes he llamado, del Canal de Suez.

Los Lagos Amargos constituyen un desprendimiento de un mar lúgubre y sombrío; de un mar, cuyas aguas carecen de vida, carecen de agitación; de un mar, que en su inanimada superficie, ni ve las huellas de las aves marinas, ni el reflejo de sus alas cuando surcan el espacio; porque las aguas de ese mar despiden fétidas emanaciones, y su seno impuro, no fecundizado por la pesca, nada ofrece á las aves para subsistir.

Ese mar, del cual si Lamartine ha dicho que no es triste ni fúnebre sino en el pensamiento, Volney le califica, en cambio, como la decoración más salvaje de la naturaleza; ese mar llamado con suma propiedad *Mar Muerto*, constituye el velo de la muerte, que encubre con su espeso tejido ciudades y valles malditos sepultados allí por la mano de Dios. El pintoresco y privilegiado Valle de Siddim; las que un día fueron ciudades de Sodoma y Gomorra, yacen en eterno sueño, castigadas por sus vicios, sirviéndoles de losa funeraria la pesada superficie del Mar Muerto, y de flotante sudario los vapores, que preñados de miasmas deletéreos, brotan de su impenetrable lecho, convertido en perpetuo mausoleo.

Estos recuerdos, reverdecidos en la mente del viajero por el paso del buque que le conduce á través de los lagos Amargos, desprendimiento de ese mismo mar de tan sombría historia, predisponen su imaginación para el verdadero recogimiento que ha de inspirarle el Mar Rojo, y la contemplación de la cumbre del Monte Sinaí.





CAPÍTULO XII

MAR ROJO.—FOSFORESCENCIA Y COLOR DE LAS AGUAS.—ESTRECHO DE JUVAL.—MONTE SINAÍ.—SALIDA DEL SOL EN EL MAR ROJO.

L Mar Rojo estableció con su curso la línea divisoria entre la Arabia y el Africa. Sus costas revisten, por lo general, un carácter agreste y montuoso, desprovisto de toda vegetación, de todo elemento de animación y vida.

Las montañas del Egipto, que cual gigantesco ceñidor aprisionan la concha del Nilo, sufren en su derivación atrevidos cortes por medio de gargantas que la naturaleza practicara, donde las lluvias invernales forman cristalinas fuentes, cuyo limpio y puro manantial es el mantenedor constante de una vegetación extraordinaria. Estas gargantas conducen por un lado á los oasis; por el otro á las áridas costas del Mar Rojo.

La Arabia cede á estas costas los contornos más tétricos y sombríos del cortinaje de montañas perteneciente al sistema arábigo, en el cual sobresale, merced á su elevación de 1978 metros, la cima del Sinaí.

El Mar Rojo presenta en el transcurso del tiempo variadas y misteriosas fases. Unas veces la quietud y tersura de sus aguas las convierte durante el día en limpio y puro cristal donde se refleja con precisión marcada el casco del vapor, sus altos palos y la esbelta chimenea; otras, desaparece el color natural de su oleaje, y en sus revueltos giros se percibe el tinte del carmín, tinte que en ocasiones dadas, como la que cita Mr. Tissandier aludiendo al 15 de Julio de 1843, reviste un tono tan subido, que al contemplar la marcha del buque, parece que su quilla va cortando un mar de sangre, y las burbujas de agua de la estela se asemejan á sanguinolenta espuma. Pero donde el ánimo del viajero se impresiona más, donde no reconoce límites la admiración del que lo contempla por primera vez, es en el espectáculo que durante la noche ofrece el paso del Mar Rojo al desarrollar ante su vista la fosforescencia de sus aguas. Es verdad que el Mediterráneo suele ofrecerlo también; pero adormecido por el Adriático al recibir con su afluencia los besos de amor de la voluptuosa Italia, reconcentrará quizás en su seno todo el fluído vital de la fosforescencia, y no puede exhibirlo, por lo tanto, con la suntuosa prodigalidad con que lo efectúan los mares Rojo, de la India y de la China.

Cuando el viajero, abrumado por el excesivo calor que se experimenta en esta etapa, ve descender el sol y extinguirse sus reflejos; cuando la noche produce una

débil brisa que intenta en vano orear con su beso la caliginosa atmósfera que reina en el estrecho cauce del Mar Rojo, se apoya en la barandilla de popa y contempla el sorprendente panorama de la fosforescencia.

Cada ola en su continuado movimiento; cada onda producida por el acompasado girar del oleaje; cada gigantesco cilindro formado por varias olas, al dar incesantes vueltas en torno de sí mismas; cada descomposición de esos cilindros cristalinos, para volverse á unir, y volverse nuevamente á descomponer, producen haces de luz, fugaces chispas que brotan, se extinguen y brotan otra vez, cual si fueran producidas por potentes focos de luz eléctrica, encargados de la exhibición del curso de las aguas.

Y después, la estela vivamente iluminada, marcando su débil huella con otro foco de luz, cual si quisiera exhibir, á su vez, la herida que en el espejo del mar va practicando la quilla.

La verdadera definición de la fosforescencia de las aguas se debe á Mr. Humbolt, quien al describirla dice, «que parece que el mar intenta devolver en el transcurso de la noche los raudales de luz que recibe del sol durante el día».



El tiempo, ese rígido metodista á cuyo incontrastable poder nada resiste, se había propuesto distribuir sus horas con suma oportunidad en esta etapa del viaje.

El crepúsculo vespertino en la rada de Suez, para hacernos contemplar el misterioso cuadro de la oración de la tarde frente á la antigua población tras de la cual se presiente la existencia de las fuentes de Moisés. La

noche, impregnada de dulce melancolía, para la entrada en el Mar Rojo, cual si hubiera querido impresionarnos para la evocación de las religiosas tradiciones que hasta el mismo murmullo de las olas parece conmemorar; y el crepúsculo matutino, la alborada, para que á los reflejos primeros del disco solar se ofreciera á nuestra vista la cumbre del Sinaí.

*
* *

La noche veía aproximarse por instantes la terminación de su imperio. El firmamento le iba recogiendo su brillante pedrería, cuyas irradiaciones se amortiguaban cada vez más, cual si fueran envueltas en el raso azul del cielo y en la blanca gasa de las ligeras nubecillas que se dibujaban en el horizonte. Su manto regio, hecho girones por la tenue claridad precursora del día, dejó de ser reflejado por el cristal de las aguas, cuya tersa superficie mostraba entonces el rizado surco de los *exocetos* ó peces voladores, que tanto abundan en los mares de Africa; y el *Barcelona* veía desgranarse los hilos de perlas que con la espuma de las olas formaba en su derrotero, y caer en vistosa cascada ofreciendo los variados colores del arco iris.

Las nubecillas ligeras fueron acumulándose hacia el Oriente, formando en breve una masa compacta de un color rojo por demás intenso; y de improviso, rasgándose esa acumulación de encendidas nubes, brotó de su seno un globo de fuego que, elevándose lentamente en el espacio, fué á herir con fuertes destellos la cumbre del Monte Sinaí.

En aquel instante atravesábamos el Estrecho de

Juval, y entre las inmensas cordilleras que le dominan, se destacaba la majestuosa é imponente masa de granito que descuella sobre la de piedra arenisca conocida entre los árabes bajo el nombre de *Djebel Musa;* ese monte, desde cuya cumbre y emanados del poder Divino, se dieron al pueblo de Israel los sabios preceptos del Decálogo.

Nuestras miradas se fijaron con avidez en aquella silueta que se destacaba sobre el fondo de un cielo, limpio ya de toda nube: una viva emoción imperaba en nuestros ánimos; y con la cabeza descubierta estuvimos absortos en nuestra contemplación durante largo rato, rindiendo en nuestras almas fervoroso culto á Aquel, cuya Suprema voluntad sirve de dique al furor de las embravecidas olas.





CAPÍTULO XIII

ARABIA.—MEKA.—MEDINA.—MOKA.—ESTRECHO DE BAB-EL-MANDEB, Ó DE LA MUERTE.—ISLA DE PERIN.—FARO DE ADEN.

LA porción del Asia cuyos vastos desiertos se entrelazan con los de la Siria; la que, según los antiguos, se hallaba limitada por Palmira, la de las renombradas ruínas; por Damasco, cuyo mero nombre atrae á la memoria su brillante Califato y el inimitable temple de sus armas; y por el Mar Muerto, cuyas impuras aguas ni aún se atreven á pasar las aves al cruzar el espacio con su raudo vuelo; la Arabia, en fin, se halla bañada por dos golfos: el Pérsico y el Arábigo.

La naturaleza quiso establecer entre ambos la más perfecta armonía. Rocas calizas cuajadas de caprichosas conchas les dió á los dos por riveras; y al repartir las cualidades especiales entre el golfo Arábigo y el Pérsico, estableció la debida compensación.

Al Pérsico le dió rocas basálticas; en sus salobres ondas hizo brotar corrientes de agua dulce; y después implantó en su lecho árboles de coral, matizándolos del color con que en la tierra se simboliza la esperanza.

Al Golfo Arábigo le concedió el criar en su seno á la perla, esa reina de las joyas con que la mujer realza su atractivo y hermosura; mas comprendiendo que el hombre habría de convertir en lucrativa industria la prodigalidad que usaba en el Golfo Arábigo, hizo brotar de las mismas aguas una masa de tierra, donde pudieran establecerse pesquerías de perlas, que en breve habrían de disfrutar una gran celebridad, dotando á esa tierra de un volcán, á cuyo cráter le dió la propiedad de ser tan pródigo en lanzar al espacio espesas columnas de humo, como parco en arrojar hirviente lava.

En las costas del Asia se destacaron de improviso dos poblaciones, que constituyen la apoteosis de la religión musulmana: *Meka* y *Medina*. Larga por demás es la distancia á que se presentan ambas al viajero, empero esa distancia no es suficiente á dominar los recuerdos históricos que sus nombres atraen á la memoria; y cuando la silueta de Meka se destaca en el horizonte, ya envuelta entre los rayos del sol, ya iluminada por las vagas tintas del crepúsculo, la imaginación, dejando á la materia que repose en la toldilla del buque, cruza el espacio, salva la distancia que le separa de la patria de Mahoma, y penetra en la suntuosa mezquita en cuyo patio y parte central del mismo se eleva la *Kaaba* ó Casa Santa.

El viajero que haya visitado la Alhambra de Granada ó el Alcázar Arabe de Sevilla; el que haya visto

los delicados encajes que sobre el mármol blanco dejaron grabados los que por espacio de siete siglos fueron poseedores de la España; los que en la Catedral de Córdoba hayan penetrado en el *Mirab* ó lugar sagrado, que se eleva en dirección idéntica que la Kaaba de la Meka, y recuerden las verdaderas maravillas que debidas á la naturaleza y á las artes supo agrupar allí el islamismo, impulsado por religiosa fantasía, evoca estos recuerdos, y se cree trasladado á la Kaaba, cuya puerta tan sólo se abre tres veces al año: una para la limpieza; otra para las *azalees* ú oraciones de los hombres, y la restante para la de las mujeres: oraciones que les permiten reverenciar una docena de piedras desiguales, unidas entre sí por medio de la argamasa y empotradas en la pared. Esta es la piedra negra que los muslimes tienen por tradición haber sido llevada por el angel Gabriel, habiendo servido de asiento á Abraham durante la construcción de la gran mezquita.

Después viene Medina, la *Medinet al Nabí* ó ciudad del Profeta, con cuyo nombre distinguen los árabes á esa querida población objeto de su más ardiente idolatría, á la cual se retiró Mahoma huyendo de sus enemigos, siendo esta huída (egira), que ocurrió el 16 de Julio del año 622, el punto de partida del cómputo mahometano.

Sirve de base á Medina un pintoresco valle fertilizado por un río, que el orientalismo designa bajo el nombre de *Manantiales azules;* y en la población donde ocurrió la muerte de Mahoma, se eleva también suntuosa mezquita fundada por él, bajo el nombre de *El Haram.* Doscientas noventa y seis columnas le sirven de sostén, cuyos adornos estriban en piedras pre-

ciosas é inscripciones árabes, trazadas con oro: y el sepulcro de Mahoma cerca del ángulo Sureste del templo, colocado entre dos columnas y en forma de catafalco encubierto con riquísimas alfombras, son los detalles característicos de este templo que el viajero ha de apreciar en el mundo de los recuerdos, por no permitirle otra cosa la distancia á que se le presenta Medina, envuelta entre la blanca gasa de la luna.

La Arabia, que hace así ostentación de sus galas religiosas, quiere exhibir también la que le da nombradía universal; y aun cuando á larga distancia, preséntase Moka, cuna del aromático café, de ese delicioso néctar cuyas mágicas cualidades cantó la lira del escéptico Voltaire. En aquella elevada temperatura, crece y se desarrolla el grano del preciado Moka, que sin privar de la razón al hombre, exalta su imaginación, le devuelve las perdidas fuerzas y le proporciona horas de gratos ensueños cuando su espíritu se halla combatido por la melancolía.

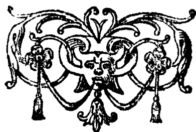
El día 14, á las seis y treinta minutos de la tarde, desembocamos en el Estrecho de Bab-el-Mandeb, nombre que en árabe significa *Puerta del que afronta la Muerte:* alusión hecha á la antigua creencia de no existir *un mas allá;* creencia que vinieron á destruir los descubrimientos llevados á cabo en épocas distintas por arriesgados navegantes.

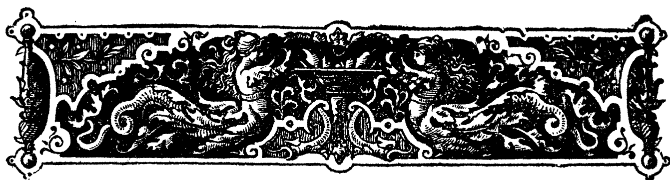
Este Estrecho, formado por el Cabo de su mismo nombre y la Isla de Perín, ofrece la circunstancia de cruzar al Norte suyo la línea recta más larga, que pasando por tierra en lo posible, puede trazarse en el antiguo continente. La línea recta en cuestión parte del río Ponaschka, en el golfo de Anadir, á los 61° latitud

septentrional; cruza la ciudad de Nargún, el lago Aral y parte meridional del mar Caspio; se desliza al Norte del Estrecho de *Bab-el-Mandeb*, atraviesa el Africa y termina en el Cabo de Buena Esperanza.

Los buques que hacen este género de viajes, recorren el Estrecho de Aden, y hacen escala en el puerto del mismo nombre; mas el *Barcelona* no lo efectuó, en atención á que en aquella época se hallaba en la población ese terrible viajero que se llama *cólera morbo asiático*. En su virtud, y á fin de evitarnos el llegar con patente sucia á los puertos que habríamos de visitar, incluso el de Manila término de nuestro viaje, nos limitamos á corregir el rumbo que llevábamos con el Faro de Aden, siguiendo la travesía.

Esto no obstante, conceptúo de utilidad dirijir una ligera ojeada al puerto en cuestión, que es, por decirlo así, la llave del Mar Rojo; y esta ojeada me es tanto más fácil dirijirla, cuanto que al regresar de Manila el vapor *Magallanes*, que me conducía, hizo escala en Aden y pude visitar la población.





CAPÍTULO XIV

Seis horas en Aden

LA suerte, esa deidad caprichosa que huye en la vida de aquél que solicita sus favores, para prodigarlos de una manera espléndida á quien más aparenta desdeñarlos, sigue igual línea de conducta con las poblaciones esparcidas en el universo. Buen ejemplo de este aserto nos ofrece la ciudad *Adana*, según Plinio, la *Eden* de los hebreos, y *Aden*, según los árabes, y punto de cruce elegido por las flotas fenicio-judáicas de Salomón é Hiram, cuando á su regreso de Ofir se dirijían á Elath con los productos del extremo Oriente atesorados en sus naves.

Terreno árido, montuoso; temperatura ardiente, pues sobre ella caen los rayos de un sol abrasador; elevados riscos que le circundan; una sequía constante, que basta para determinarla el hecho de pasarse ocho y diez años sin sentir los beneficios de la lluvia; y esto

no obstante, la suerte, al ver que el descubrimiento del paso del Cabo de Buena Esperanza arrebataba á Aden el privilegio de ser uno de los principales depósitos del comercio de Oriente, hizo que la apertura del Canal de Suez le devolviera, como puerto de escala, su antigua preponderancia; y á fin de garantírsela en lo posible, impulsó al Imán de Sana á realizar la cesión de Aden á favor de la Compañía inglesa de las Indias Orientales.

Inútil creo detenerme en detalles referentes á la forma en que Inglaterra ha sabido aprovechar esta cesión; bien notoria es su especialidad en tal género de asuntos, y por lo tanto, me limitaré á consignar que Aden es una importante plaza fuerte, donde los adelantos de la fortificación moderna han sabido utilizar los valiosos elementos ofrecidos al efecto por la misma naturaleza.

Apenas fondea un buque, le rodean pequeños esquifes tripulados por los indígenas y manejados muchos de ellos con un solo remo, que baten alternativamente y con singular rapidez á un lado y á otro, dejando oir la siguiente frase que con voz gutural repiten sin cesar: *à la mer! à la mer! one schilling!*

Su objeto es conseguir que los viajeros les echen alguna moneda de plata al fondo del mar; y cuando esto se realiza, se zambullen en el agua, buscan breves instantes y en seguida se les ve reaparecer en la superficie y ganar su frágil embarcación con la moneda sujeta entre los dientes. Cuando se les tira una pieza de cobre, permanecen quietos en sus esquifes.

En Aden, como en los demás puntos de escala, acuden también varios comerciantes á bordo con objeto de vender sus mercancías; empero adolecen del mis-

mo defecto de que he hecho mérito en los capítulos anteriores, esto es, de pedir un precio exajerado por todas ellas.

Los botes para ir á tierra deben ser igualmente objeto de un previo ajuste, cuyo límite máximum es el de medio schelling, ó sean dos reales y medio de la moneda española.

A la terminación del muelle se encuentran camellos y burros de alquiler, así como carruajes de dos y de cuatro asientos arrastrados por uno y dos caballos y conducidos por cocheros indígenas. Los precios por carreras y horas que han de devengar los carruajes se hallan consignados en grandes biombos expuestos al público á la entrada de la población; y si algún auriga se propasa, le bastará para hacerle entrar en razón invocar el auxilio de cualquiera de los *policemen* ó individuos de la policía inglesa que prestan servicio en aquel sitio.

Circunvalando la playa se encuentra el barrio de *Steamer-Point*, en el que el viajero halla los hoteles Universal y de Europa, rodeados de multitud de establecimientos donde el comercio concurre con géneros de Europa y del país. Estos consisten en objetos de marfil y sándalo, zapatillas hechas y en corte de terciopelo bordado en oro y en plata; juegos de argollas de este último metal, para servir de brazaletes, y que compuestos de doce piezas, cuestan tres duros; pieles de tigre y huevos y plumas de avestruz. Estas últimas gozan de gran renombre y constituyen la especialidad de Aden por lo mucho que las estiman las señoras para adorno de los sombreros de su uso.

Las compras en cuestión pueden hacerse con mayor

economía en los establecimientos sitos en las plazas y calles núcleo de la residencia de los habitantes de Aden, á las cuales precede la plaza donde se halla la estación telegráfica, casa de postas y cuartel europeo.

Nada existe tan pintoresco y agreste al propio tiempo como la entrada en esta última plaza, que lo es también de la población.

En el montuoso laberinto que se presenta ante la vista, se destacan algunas casetas, entre las cuales descuella por su elevación y por estar rodeada de trincheras, la casa del Gobernador de la plaza, que aparenta ser inexpugnable baluarte. Después se efectúa la ascensión de un arrecife de bastante extensión, y á la derecha de él infinitas piedras de mármol, tendidas en distintas direcciones, que ostentando inscripciones en caracteres arábigos, revelan que en aquel sitio se encuentra el cementerio de los hijos del país. De pronto termina el arrecife; las rocas parecen oponerse al paso del viajero, pero la roca ha sido taladrada por el hombre que ha practicado en ella un tortuoso callejón, cuyas paredes intentan en vano interrumpir con sus salientes crestas el acceso á la ciudad.

El tipo de los naturales no carece de una belleza varonil. El color es el bronceado obscuro, si bien se ven ejemplares caracterizados por un matiz aceitunado bastante subido. El traje que visten varían desde el pantalón ancho y camisa flotante de tela blanca hasta el que el hombre tuvo primitivamente, que suelen ostentar algunos de los buzos que rodean á las embarcaciones fondeadas. Los más suelen llevar una toalla que hacen pasar entre los muslos atándosela después á la cintura.

Los hijos de Aden no han resistido tampoco á los

atractivos y seducción de las galas, que en los hombres consisten en grandes aretes de plata y oro suspendidos de las orejas, de la nariz y aun de la frente; y en anillos que se colocan en los brazos y hasta en los mismos dedos de los piés.

Respecto á las mujeres, su coquetería estriba en lucir al cuello ya gruesas cuentas de ámbar, ya collares de plata y oro, en los cuales ocupan el lugar de preferencia las monedas españolas.

Recomiendo á mis lectores se fijen en el guarda de uno de los establecimientos del barrio de *Stamer-Point* como una de las notabilidades que Aden encierra. Para facilitar su hallazgo bastarán los siguientes detalles: elevada estatura, color aceitunado claro, grandes mostachos blancos, perfectamente retorcidos, que acusan un uso extraordinario de la pomada húngara; zapatilla moruna, enseñando un blanco calcetín; pantalón encarnado ceñido; levita del mismo color, con profusión de adornos de cinta amarilla guarneciendo las bocamangas y costuras; una ancha correa pintada de amarillo, cruzada en bandolera sobre el pecho, y como remate de traje tan abigarrado, el clásico turbante en la cabeza, inclinado con marcial desenvoltura.

Una de las cosas que más llaman la atención en Aden, es ver el aspecto que ofrece la cabeza de sus naturales. Unos presentan una masa blanquecina que envuelve la pasa de sus cabellos; los más, tienen éstos en forma de delgados pero largos tirabuzones de un color rojo subido, que les caen alrededor de la cabeza formando singular contraste con el color de su tez. Es que el indígena, en su deseo de asimilarse á los ingleses sus colonizadores, se tiñen el pelo con una materia

caliza y pastosa que al secarse les deja ese color, que aun cuando no tan vivo, caracteriza el cabello de los hijos de Inglaterra.

El viajero no debe abandonar á Aden sin procurar visitar sus célebres cisternas, á las cuales conduce una calle inmediata á la segunda plaza de que dejo hecha referencia anteriormente.

Formadas por las mismas accidentaciones del terreno, y por lo tanto de figura irregular, el hombre ha tenido que modificar muy poco en las cisternas la obra de la naturaleza, limitando las modificaciones á pintarlas con una sustancia blanca y reluciente, y á la construcción de escaleras de piedra con barandas de hierro. Un bonito jardín, donde el hombre ha tenido que suplir con sus cuidados la falta de prodigalidad de la naturaleza y que hace recordar los que embellecen los *squares* de Londres, se encuentra á la entrada de las cisternas.

Son dignos también de visitarse la iglesia, el cementerio católico, el mercado público y las potentes máquinas de vapor para la destilación del agua del mar, que es el único manantial de que pueden disponer los habitantes de Aden.

La moneda corriente es el schelling (5 reales), la libra esterlina (100 reales) y la rupia (9 reales). Esto no obstante, circula toda clase de moneda y los cambiadores agovian á los viajeros ofreciendo el cambio, que si bien en la española peninsular suele ser á la par, en la de oro filipina tiene una prima de un cuatro por ciento aproximadamente.

Sentados estos datos, que como dejo expuesto en el capítulo anterior, recojí á mi regreso de Filipinas, reanudaré el viaje que hice á bordo del *Barcelona*.



CAPÍTULO XV

COSTA DE AFRICA.—CABO GUARDAFUÍ.—MAR DE LAS INDIAS.—ISLAS DE AB-EL-KURÍ, SOCOTORA Y MALDIVAS.—SE DESCUBRE LA ISLA DE CEILÁN.—ARRIBAMOS Á PUNTA DE GALES.—FORMA DE REMITIR CARTAS Á EUROPA DESDE LOS PUNTOS DE ESCALA.

CUANDO en un viaje marítimo de alguna duración surgen obstáculos imprevistos que imposibilitan á los pasajeros tomar tierra en los puertos de escala comprendidos en el itinerario, el aburrimiento se apodera de su ánimo y les ha de costar algún trabajo desecharlo.

Los puertos de escala en los viajes por mar, son lo que las estaciones de tránsito en los que se emprenden por los caminos de hierro; teniendo éstos todavía en su ventaja que los puntos de vista panorámicos se suceden con suma variedad y sin interrupción alguna, al propio

tiempo que las estaciones intermedias se presentan con intervalos que no llegan á una hora, mientras que en las navegaciones dura días el promedio entre los puertos de escala, y el espectáculo es siempre el mismo; cielo más ó menos diáfano, más ó menos velado por el celaje; mar, ya tranquila, ya encrespada, y costas que á mayor ó menor aproximación se presentan envueltas entre las brumas, ó doradas por los rayos solares.

La llegada á un puerto de escala constituye siempre un verdadero acontecimiento á bordo. Se va á dejar el piso de madera de la cubierta por la anhelada tierra firme; se pueden estudiar en bosquejo rostros, usos, costumbres, edificaciones y panoramas que, cuando más, conocemos tan sólo en la parte teórica que nos han proporcionado los libros, esos fieles amigos del hombre; y por último, vamos á recobrar, siquiera sea por breves horas, el uso de nuestra más perfecta autonomía, limitada como es lógico, durante la navegación, por las reducidas proporciones que los buques tienen, comparadas con la ancha esfera de acción que el hombre necesita.

Cuando á las cinco de la mañana del día 15 corregimos el rumbo N. S. con el faro de Aden y seguimos nuestro derrotero, el aburrimiento se apoderó por completo del pasaje, sin que fuera bastante para atenuarlo la consideración de la justa causa que motivaba el no pisar aquella tierra donde reinaba la asoladora epidemia.

Así pasamos aquel día; pero las relevantes cualidades de la oficialidad del *Barcelona*, que nunca conceptuaré suficientemente enaltecidas, y la perfecta ar-

monía que reinaba entre los pasajeros todos, hizo que el aburrimiento se extinguiera al siguiente, contribuyendo también á ello el reaparecer de nuevo ante nuestra vista las costas del Africa. Y es que tal perspectiva evocó en nuestra imaginación el recuerdo de lo que eran este género de navegaciones cuando se emprendían por el Cabo de Buena Esperanza, antes de la apertura del Canal de Suez; y siguiendo el retroceso que las costas africanas habían iniciado, nos consolaba, efecto del egoismo que caracteriza al género humano, la mera idea de lo que habría sufrido el célebre vizcaíno y experto marino Juan Sebastián Elcano, primero que dió la vuelta al mundo por el Cabo de Buena Esperanza en la nave *Victoria*, al regresar del archipiélago á donde nosotros nos dirijíamos. Con la mirada fija en las costas de Africa, hubo un instante en que algunos de nosotros creímos ver acumularse en ellas el humo que la chimenea de nuestro vapor lanzaba al espacio, y que la brisa reunía en forma esférica simulando el globo que con la inscripción de *Primus circundedit me*, dió por armas el Emperador Carlos I á Sebastián Elcano, en conmemoración de su arrojo y pericia naval; empero en breve salimos de nuestra alucinación. El esferoide se desvanecía lentamente en el horizonte; el cendal en que se envolvía fué roto por la misma brisa que lo formara, y diseminándose en caprichosos giros, nos permitió contemplar á los destellos del crepúsculo vespertino el Cabo Guardafuí, que recibe el primer beso del sol cuando su intensa luz rompe la bruma de la noche.

A las seis y cuarenta y dos minutos de la tarde de aquel mismo día (16) corregimos de nuevo nuestro rum-

bo N. S. con el Cabo en cuestión, siguiendo el derrotero por el Sur de la Isla Ab-el-Kurí, situada al O. de la de Socotora.

Las costas de Ab-el-Kurí son de notable elevación; su suelo montuoso y árido en extremo, no es apto para el cultivo, y su mayor longitud es de 20 millas. Sus habitantes, de origen árabe, se dedican á la pesca; y en toda la extensión de la isla no se halla un sólo árbol que preste sombra protectora contra el ardor del clima.

El *Barcelona* se deslizó también por el Sur de la Isla Socotora, la antigua Dioscorides, cuya posesión geográfica se disputan el Africa y el Asia; y á las seis y quince minutos de la mañana del 17 corrigió nuevamente su rumbo N. S. con la punta oriental de Isla Durce. Llevábamos hecha ya la mitad de la travesía determinada en la Isla Socotora.

En el mar de las Indias tuvimos dos días con algún oleaje de proa, pero en breve se abonanzó de nuevo y la parte de pasaje propensa al mareo pudo disfrutar con la más perfecta tranquilidad de la agradable temperatura que se hacía sentir en la toldilla.

El día 19, que la Iglesia conmemora á San José, se dió por el capitán del *Barcelona* una espléndida comida extraordinaria á todo el pasaje con motivo de ser los días del Sr. Marqués de Campo. La mesa improvisada sobre cubierta reunió en torno suyo á los pasajeros de primera, que en atención á su crecido número tenían que comer fraccionándose en dos tandas. La mayor cordialidad y alegría reinaron entre los comensales, siendo ocupada la presidencia por los Excmos. Sres. Brigadier é Intendente de Marina D. Ignacio García Tudela y D. Manuel Rodríguez, así como por el capitán

del vapor D. Juan de Juan. Allí, en la inmensidad del mar y á los 9°, 47′ latitud y 69°, 6′ de longitud, sobre aquellas cristalinas ondas, cuya transparencia en días de bonanza permite contemplar, á treinta metros de profundidad, los arrecifes de coral, se pronunciaron entusiastas brindis evocando los venerandos recuerdos de la patria y del hogar.

El 21 pasamos las Maldivas, esas Islas lilliputienses que, aun cuando según los naturales del país pasan de 12.000, son tan pequeñas la mayor parte de ellas, que ni aún habitarse pueden.

El día 23, á las diez y quince minutos de su mañana, avistamos por fin la costa alta de la Isla de Ceilán: y cinco horas después, ó sea á las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde, estábamos surtos en la bahía de Punta de Gales, contemplando con verdadera avidez su cómodo muelle de madera y hierro, circunvalado por inmensos bosques de palmeras, plátanos y cocoteros.

Multitud de embarcaciones de varias clases atracaron á los costados del buque en cuanto éste fondeó, ofreciendo sus mercancías consistentes ya en las sabrosas frutas propias del país, como plátanos, cocos, piñas, dátiles y mangostanes, ya en los artículos que en el capítulo siguiente detallaré.

Entre estas embarcaciones excita desde luégo la atención del viajero la característica del país, conocida bajo el nombre de *cayuco*. Consiste en una especie de piragua de bastante longitud y de escasa anchura, que en cada extremo de una de sus bandas tiene un pescante de caña afectando la forma curvilínea, cuyos remates sostienen á flor de agua una caña de grueso diámetro que se llama *batanga*. Estos esquifes tienen

pequeñas separaciones cuadradas donde escasamente entran las piernas de las personas que los tripulan. Dadas sus condiciones, parece imposible que puedan zozobrar; pero el europeo prefiere usar de la otra clase de botes para ser conducido á tierra, cuyo servicio cuesta una peseta por persona.

En los puntos de escala, el sobre-cargo del buque recoje las cartas que los pasajeros le entregan, y al bajar á tierra él mismo las deposita en el correo. Para el franqueo de esta correspondencia, basta entregarle con las cartas la cantidad que él fije, pues como es lógico suponer, en cada punto varía el precio de los sellos que han de estamparse en las cartas particulares. Debo consignar, por vía de aclaración á lo ya expuesto, que no he sabido de un solo caso en que las cartas echadas al correo en esta forma hayan dejado de llegar á su destino.





CAPÍTULO XVI

LIGERA DESCRIPCIÓN DE PUNTA DE GALES

LA porción del Asia meridional cuyo ambiente se halla embalsamado con el fragante perfume de la rosa de Cachemira; donde brota el jazmín de grandes pétalos, y se cría el *sindrinal,* flor que, simbolizando la constancia, suelta invariablemente á las cuatro de la tarde el broche que sirve de cierre á su corola, para prenderlo de nuevo á las cuatro de la mañana, á fin de que el ardiente beso del sol no marchite su pureza; la India, en fin, se halla constituída por tres distintas regiones.

Comprende la primera las comarcas regadas por dos ríos: el Indo, de cuyo nombre se deriva el suyo; y el Ganges, de donde brota esa terrible epidemia que se llama cólera.

Otra de las regiones la constituyen la extensa penín-

sula formada por el imperio de Birmania, los reinos de Tong-King, Conchinchina y Cambodge, que componen el imperio de Anam; los de Laos y Siam y la península de Malaca; y la región restante principia al Sur del Nervuda, perteneciendo á ella las islas Maldivas y la de Ceilán.

Desprendida, al parecer, del continente asiático, para reaparecer después cual seductora ondina entre las aguas del mar que la velan con la espuma de sus olas, la isla de Ceilán se halla, sin embargo, unida á la India por los bancos de arena llamados *Puente de Adan;* y su privilegiada situación le permite dominar las costas de Coromandel y Malabar.

El interior de la Isla está convertido en verdadero edén. Las plantas y flores de menor valor hacen alarde de su grato aroma; el pavo real y el ave del paraíso han elegido aquel suelo para ostentar el espléndido ropaje de sus plumas; elevadas montañas que se alzan majestuosas hacia el firmamento, producen záfiros, amatistas, topacios y rubíes; su clima es templado por demás, no obstante su proximidad al Ecuador; pues mariposa esperta, exhibe sus hermosas alas sin exponerse á verlas consumirse en la fuerte llama de esa gigantesca lámpara suspendida de los cielos; en sus aguas existen criaderos de hermosas perlas, célebres por su nítida blancura; y sus costas salpicadas de excelentes puertos, se hallan rodeadas de escollos, cual si hubiera querido poner un valladar ante las ambiciones que despertara su hermosura.

Tal es, en conjunto, la isla de Ceilán, en cuya capital, que es Colombo, residen los descendientes de la familia real del país, quienes perciben una especie de

subvención de la Corona de Inglaterra; porque en Ceilán, que es la llave del mar de las Indias, tremola también al viento el pabellón inglés.

Punta de Gales, puerto de difícil acceso, pertenece á la isla de Ceilán; y el bosquejo del retrato de la madre trazado en las líneas anteriores, ha de facilitar forzosamente el que de la hija se pretenda hacer.

Rodeada de inexpugnables murallas secundadas por la fortificación natural que sus rocas ofrecen, encierra espaciosas y limpias calles con muy buenos edificios y excelentes hoteles, entre los que citaré el de *Oriente* y el de *Vista al mar*. A la inmediación del primero de ambos existe el comercio *Medical Hall*, que sobresale entre los demás establecimientos de su género, y donde el viajero puede encontrar cuantos artículos desee adquirir, debidos á la industria indígena, tales como peines, cadenas y guardapelos; agujetas y peines de carey; efectos de marfil y sándalo y piedras preciosas, falsas en su inmensa mayoría. Debe desconfiarse también de los vendedores ambulantes que persiguen sin cesar al que toma tierra, exhibiendo sus mercancías por las que piden un precio exajerado por demás; y es tanto más fácil dejarse aprisionar en el lazo que tiende la codicia de los indios, cuanto que algunos de los objetos que presentan revisten verdadero mérito artístico.

La moneda corriente en Punta de Gales es la inglesa, sin que por eso ofrezca obstáculo la circulación de las de los demás países, y antes por el contrario, la española de oro de cien reales tiene en el cambio, solicitado con ávida insistencia por los indígenas, una prima de un dos á un seis por ciento.

En las inmediaciones del muelle se encuentran la estación telegráfica, el casino y los cuarteles europeos; y la parte religiosa tiene también su representación en dos iglesias: católica una, y la otra anglicana.

Varios templos dedicados á Buda y á Mahoma denotan las dos creencias de los indígenas en Punta de Gales, creencias que por otra parte se revelan también en el exterior de los que las profesan; pues mientras los budistas se dejan crecer el cabello peinándoselo en forma afeminada, los mahometanos se lo hacen rapar á punta de tijera.

Los naturales de Punta de Gales son de aspecto simpático y tipo bastante uniforme; su estatura es regular, su color moreno ó cobrizo, nariz aguileña, redondeadas formas, aspecto femenil y risueño semblante. Su carácter es hospitalario, bondadoso y pacífico, y en su fisonomía agradable por más de un concepto, se ve ese destello de la divinidad que se llama *inteligencia.*

Sus trajes se determinan por una variedad notable. Unos, envueltos en sábanas que dejan flotar por sus extremos; otros, visten túnica, flotante también, bordada de abigarrados colores, cubriendo sus cabezas con un gorro de paja tejida hechura griega; y otros, por último, llevan un pañuelo á la cintura dejando pendientes sus extremos, otro al cuello, y otro en la cabeza cual lo usan en Europa las mujeres del pueblo. Es digno de estudio el singular contraste que forman los adoradores de Buda con la cabellera sujeta por un peine de carey, el pañuelo á la cabeza y la rizada y poblada barba negra que ostentan con un brillo especial, merced al uso inmoderado que hacen del aceite de coco.

Réstame tan sólo tratar del pintoresco bosque de

la canela, que he dejado á propósito para la terminación de este capítulo.

Habíamos invertido algún tiempo en recorrer la población, hacer algunas compras y tomar unas gaseosas en la fonda de Oriente; de manera que cuando nos decidimos á visitar el bosque objeto de la curiosidad especial del viajero que arriba á Punta de Gales, eran ya las cinco de la tarde. Ajustamos al efecto un carruaje en tres rupias (veintisiete reales de la moneda española), que es el precio corriente por la ida y la vuelta, y emprendimos nuestra expedición forestal.

El camino que ha de recorrerse durante la hora que el bosque dista de la población, es digno del panorama que el viajero disfruta al fin del viaje. La fertilidad del suelo de la Isla Ceilán se refleja en Punta de Gales, donde para facilitar el acceso al bosque objeto de nuestra visita, ha sido necesario abrir rectas y anchurosas calzadas en otro verdadero bosque de cocoteros y palmeras, cuyas hojas se inclinan perezosamente en distintas direcciones, y posados en ellas multitud de pájaros de diversas clases, lanzan al viento sus alegres gorgeos, cual si pregonaran los atractivos del espectáculo que en breve se ha de contemplar.

El bosque de la canela pertenece al número de los cuadros de la naturaleza cuya descripción es imposible realizar: ni el que lo intentara conseguiría su objeto, ni el lector se podría formar tampoco una idea aproximada siquiera de lo que es en sí. Es preciso haberlo admirado cuando los destellos crepusculares van á espirar entre las tupidas mallas que forman las hojas de los árboles, no sin reflejarse antes en las franjas de plata simuladas por los cristalinos arroyuelos que fertilizan

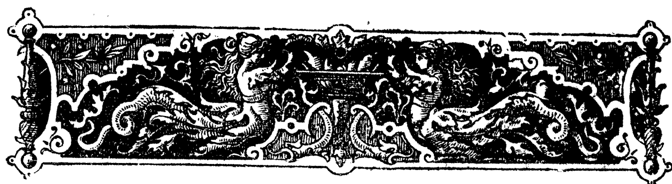
la tierra; es necesario haber aspirado con verdadero deleite la brisa especial que allí impera saturada con el aroma que le presta la canela, el almizcle y el alcanfor en combinación con las plantas olorosas que brotan espontáneamente en el seno del bosque; tan sólo así, se puede concebir el delicioso éxtasis en que el viajero se encuentra sumido y la embriaguez de su ánimo, cuando después de haber contemplado el punto de vista panorámico que se ofrece ante su mirada, cierra sin querer los ojos y se recuesta en el carruaje á fin de aislarse en aquel vergel, impregnarse de tan balsámica atmósfera y percibir mejor los dulcísimos trinos de los pájaros, que meciéndose en las copas de los árboles, parecen inspirarse en aquel trasunto del paraíso terrenal para cantar sus amores á la caída de la tarde. Y después, cuando la noche tiende su misterioso velo sobre aquella porción de tierra desprendida del continente asiático; cuando la gasa de su cielo azul se ve bordada de multitud de estrellas que fulguran sin cesar; cuando la luna ilumina con sus purísimas irradiaciones tan mágico panorama; cuando aquel conjunto de perfumes, indefinibles para su clasificación, ha llegado á su grado de desarrollo máximo, entonces evocamos el recuerdo de nuestras primeras nociones de historia; y al chocar en la imaginación los referentes á la Creación del mundo, un nombre repercute en nuestras almas; nombre dos veces santo, por lo que simboliza, y por haberlo recogido en la primera etapa de la vida, de los amorosos labios de nuestra madre: Dios.

Punta de Gales deja honda y agradable huella en la imaginación del viajero; pero el bosque de la canela descuella entre los recuerdos que la graban, del mismo

modo que las palmeras que bordean sus calzadas sobresalen entre los arbustos salpicados á su alrededor.

Cuando volvimos á la población era de noche ya, y como de nueve á nueve y media habría de emprender nuevamente su marcha el *Barcelona*, regresamos á bordo, sintiendo todos que el escaso tiempo de nuestra detención en Punta de Gales, nos arrancara tan pronto de la contemplación de sus atractivos.





CAPÍTULO XVII

Salida de Punta de Gales.—Golfo de Bengala.—Isla de Sumatra.—Estrecho de Malaca.—Islotes varios.—Canales.— Llegada á Singapore.

A las nueve y cincuenta minutos de la noche de aquel mismo día, ó sea del 23 de Marzo, levamos anclas, y abandonando Punta de Gales, continuamos nuestro derrotero.

Los días 24, 25 y 26 los invertimos en pasar el Golfo de Bengala, cuyas costas se hallan materialmente erizadas de escollos y bancos de arena, pues la tierra de quien toma nombre ha querido extender al mar el sistema de defensa que la impulsó á separarse del Imperio de Birmania por la parte del Este, sirviendo de lindes ríos y desiertos. Empero no le bastaron los bancos de arena y los escollos; era preciso que su suelo montuoso por demás en el Este y en el Norte y pantanoso el restante, exceptuando la llanura del Sur, es-

tuviera mejor resguardado todavía, á fin de preservar los magníficos diamantes de Bengala; y entonces creó en sus costas impenetrables selvas para hacerse más inaccesible. Cuando le conviene exportar sus producciones, consistentes en azúcar, arroz, algodón, sándalo, trigo y opio, sabe utilizar Bengala las undosas corrientes de los canales y ríos que fertilizan su suelo; y trasportados al mar de esta manera, son conducidas en breve á los mercados más remotos y envueltas en el vértigo de las operaciones comerciales.

El día 27 á las doce de la mañana avistamos la Isla de Sumatra; y seis horas más tarde correjimos el rumbo N. S. con la punta oriental de Pulo Way, internándonos en el Estrecho de Malaca.

Este Estrecho formado por la península de su nombre y la Isla de Sumatra, es considerado, en unión con el paso de las Islas Filipinas á la Formosa, como la frontera más natural del Asia. Cuando se navega por él, no puede menos de evocarse el recuerdo de la causa en que estriba el que en Pulo Pinay, que domina el Estrecho de Malaca, ondée también el pabellón de Inglaterra.

¿Quién fué ella...? Se puede preguntar con fundado motivo; *ella* fué la hija del rey de Kedah, que habiéndose enamorado de un capitán inglés que arribó á las costas del reino de su padre, contrajo matrimonio con él. El capitán cedió á su patria nativa la soberanía de Pulo Pinay que adquirió: y hoy posée Inglaterra, por la razón que acabo de expresar, el verdadero dominio del Estrecho de Malaca.

El día 28, á las doce de la noche, recalamos en Pulo Jarra, y el 29, á las once y cuarto de la mañana, nos

hallábamos N. S. correjido con la torre faro de One Fatona, siguiendo la navegación sin otra novedad que la de encontrarnos, á las cuatro y quince minutos de la tarde, E. O. correjido con el faro de Cabo Rachado.

Al declinar la tarde, y á través de los débiles destellos del crepúsculo, avistamos las luces de Malaca é isla Water, encontrándonos, á las once y cincuenta minutos de la noche, N. S. correjido con la del Banco Formosa; corrección que tuvo lugar de nuevo, á las dos y veinticuatro minutos de la mañana, en sentido E. O. con Pulo Pisang.

La luz del nuevo día iba á inaugurar una jornada marítima que habría de revestir dos datos importantes por demás para el pasaje: la entrada en los canales que conducen á Singapore, y la llegada á este puerto, último ya de los de escala, que nos faltaba recorrer para llegar á Manila, término de nuestro viaje. En efecto: los primeros reflejos del sol nos sorprendieron á la vista de Pulo Cocol; y acto seguido enderezamos el rumbo en demanda de la boya Sultán, donde embarcamos el práctico que ha de tomar forzosamente todo buque para pasar los estrechos canales que preceden á la entrada en Singapore.

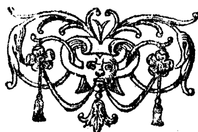
El *Barcelona*, obedeciendo los movimientos que ordenaba la impulsión del timonel, se internó en breve en los canales, deslizándose pausada y majestuosamente sobre la tersa superficie de sus aguas, que intentaba rizar en vano el leve suspiro de la brisa matinal. En sus orillas se elevaban corpulentos árboles, cuyas frondosas ramas se inclinaban graciosamente hacia las aguas, cual si quisieran dejarnos oir á nuestro paso el armonioso canto de los pájaros, que convertían las

bóvedas formadas por sus hojas en improvisado coro para saludar la aparición del día.

Varias aldeas se hallan sembradas también en las mismas orillas del Canal; y sus casas, construídas con caña y nipa, sirven tan sólo para hacer resaltar con su humilde aspecto las aristocráticas proporciones de algunas fincas que, de propiedad particular y en concepto de *Chalets* de recreo, se divisan en *Bouquet-Chermin*, sirviéndoles de celosías las airosas y elevadas palmeras que las rodean.

Bouquet-Chermin es el nombre que ostenta el sitio donde admira el viajero estas edificaciones; y al contemplarlas, no puede menos de reconocerse el exquisito tacto y oportunidad que ha presidido al imponérsele.

El paso de los canales fué para nosotros de momentánea duración, pues la vista no se cansa de admirar las galas con que la naturaleza revistió sus pintorescos alrededores; así es, que con verdadero sentimiento notamos la llegada del *Barcelona* al puerto de Singapore á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana; sentimiento que únicamente desapareció al ver que atracábamos junto á su espacioso muelle; y que salvando la corta plancha que desde la misma cubierta se tendió, podríamos recorrer en breve la población, que tan bien decorado pórtico tenía.





CAPÍTULO XVIII

Descripción de Singapore

En la península de Malaca formada por una de las cordilleras del sistema himalayo, y constituyendo con su estrecho los dinteles del mar de la China, se encuentra el puerto de Singapore, cuya población fué fundada por Sir Tomás Rafles en 1819.

Apenas saltamos al muelle, nos vimos materialmente acosados por varios indios que nos ofrecían sus carruajes para trasladarnos á la población, sita á bastante distancia del punto donde atracan los vapores; y previo el oportuno ajuste de treinta reales por todo el día, que es el precio habitual de su alquiler, ocupamos una especie de familiar, espacioso, cómodo y de bastante buen aspecto; carruaje que no hubiéramos desdeñado, en verdad, en los paseos de cualquier ciudad europea.

El trayecto á la población, que dura aproximadamente unos cuarenta minutos, es en extremo pintoresco, pues en las anchurosas calzadas que se recorren, se admira la poderosa vegetación que allí impera, representada por arbustos, plantas y árboles de todos géneros, entre los cuales llama desde luégo la atención el árbol del agua, caracterizado por sus grandes hojas extendidas en forma de abanico. Alguna que otra casa de recreo escondida entre la frondosa arboleda, forma singular contraste con los establecimientos de comida y de refrescos instalados en el camino por la actividad industrial de los chinos; y los cargadores de la misma raza, con su larga coleta, su ancho sombrero terminando en la copa de forma cónica, sus *pingas* al hombro, de donde pende la carga, y al aire las espaldas, piernas y pecho, forman el conjunto del cuadro que se presenta á la vista del viajero durante el tiempo que tarda en llegar á Singapore.

Constituye esta población una especie de gran depósito de efectos de Europa, China y el Japón, que la febril actividad comercial característica de los ingleses ha implantado en el punto que sirve de lazo de unión de los mares Índico y de la China. Lujosos hoteles, con intérpretes serviciales; suntuosos palacios edificados con todas las comodidades apetecibles, y armonizada su edificación con las exigencias que el más refinado sibaritismo podría exigir en aquellas regiones; magníficos depósitos de carbón de piedra, en los cuales se proveen nuestros buques antes de emprender la última jornada de su largo viaje; bazares pródigamente provistos de cuantos efectos y artículos se puedan ambicionar; casinos, teatros; en resumen, cuantos ele-

mentos de animación y solaz se llegara á forjar la imaginación más soñadora, se hallan acumulados en Singapore constituyendo compacta y uniforme agrupación.

Nuestro primer cuidado fué dirijirnos á una de las fondas de la población, á fin de tomar un refresco y almorzar después, porque deseábamos variar ya de cocina y sobre todo comer en tierra. Al efecto, elejimos entre los principales hoteles con que cuenta Singapore el de la *Paix*, y después de haber satisfecho nuestras aspiraciones referentes á la comida, salimos á recorrer la ciudad, utilizando al efecto el coche que habíamos alquilado, cuyo conductor, con su turbante y pantalón de un color indefinido, contrastaba con nuestros trajes europeos.

La población se halla cruzada por varios esteros sobre los cuales están tendidos elegantes y sólidos puentes colgantes de hierro y de sillería: y su aspecto general, embellecido con edificios de verdadero buen gusto, resalta más aún á causa de sus espaciosas calles tiradas á cordel.

El comercio tiene en Singapore una selecta representación, en las diversas agrupaciones que lo constituyen. La parte europea de él se halla á cargo de los ingleses en su inmensa mayoría. Los japoneses y chinos, así como los malayos, tienen barrios especiales donde se dedican á la venta de los productos de la industria en sus países respectivos; pero es preciso mucha cautela cuando se les va á comprar algún objeto, pues tanto los que tienen establecimiento abierto como los vendedores ambulantes que acuden á exhibir sus mercancías, así á bordo como á las fondas mismas, adolecen del propio defecto que los de los puntos de

escala que preceden á Singapore; esto es, pedir por sus géneros una suma que representa á veces el triple de su valor.

Y sin embargo, Singapore, en su concepto de puerto franco, ofrece una notable baratura para adquirir efectos de aquellas regiones; en términos tales, que los que regresen á Europa deben comprar en esta ciudad los efectos que deseen adquirir de China y del Japón, utilizando las horas de detención que tengan en su puerto. En él encontrarán, en condiciones ventajosas, todo género de prendas de vestir, de lana, seda y cachemira, incluso los célebres pañuelos conocidos generalmente bajo el nombre de *mantones de Manila;* objetos de maque, abanicos, cañas de la India, que los malayos que viven en el barrio de Malaca se dedican á cortar y lustrar, etc.

En una población perteneciente á un país que cual Inglaterra ostenta en su bandera el lema de libertad de cultos, no pueden faltar templos dedicados al que sus moradores profesan; así es que existen en Singapore una magnífica Catedral de piedra, y varios templos protestantes, budhistas y chinos.

Nosotros visitamos la Catedral, que nos agradó sobremanera por su buen gusto arquitectónico; uno de los templos de Budha, en cuyo atrio tuvimos que descalzarnos para que nos permitieran los guardianes de él llegar no más que al dintel de la puerta de entrada, donde nos ofrecieron unas flores blancas que en bandejas tenían depositadas en los altares de sus dioses; y la gran pagoda china, que excitó vivamente nuestra atención por la riqueza y verdadero sentimiento artístico con que se halla decorada. Los mosáicos de ma-

dera fina, producto de aquellos países, alternan con las incrustaciones de oro, nácar y marfil, para cuyo calado tienen los chinos una maestría singular; y las efigies representando á Confucio, con el característico bigote colgando á los lados de la boca, se hallan revestidas de ropajes de seda y de tisú, en cuyos bordados ha agotado todo el raudal de sus conocimientos la industria de sus adeptos.

A los viajeros que visitan la pagoda china se les presenta por sus guardianes un pedazo de tela y un pincel mojado en tinta negra para escribir sus nombres; y según supe más tarde, estos pedazos de tela pasan después á formar parte de lo que podríamos llamar el archivo de la gran pagoda.

Las horas que estuvimos en Singapore no eran las más á propósito para visitar los amenos paseos, que tiene en su seno esta ciudad, pero vimos al paso el jardín botánico, en cuyo arreglo y cultivo se revela un especial esmero, y donde se pueden admirar las plantas más exóticas del reino vegetal.

Después de haber visitado la pagoda nos preparamos para retirarnos á bordo, pues según nos había dicho el capitán del *Barcelona*, á las cinco en punto de la tarde pensaba zarpar del puerto. Antes de emprender, sin embargo, nuestro regreso, entramos en el hotel de Europa, que es otro de los mejores con que cuenta Singagore, á fin de tomar un vaso de refresco, y allí fuímos objeto de un nuevo ataque por parte de los mercaderes ambulantes, que se hallaban mas puestos en razón al fijar el precio de sus mercancías, en atención á lo próxima que estaba ya la hora de nuestra marcha. La moneda oficial es la rupia, pero á semejanza de lo que ocu-

rre en los demás puntos de escala, se admiten las de todas las naciones.

A las cinco menos cuarto nos hallábamos en el muelle, y salvando la plancha tendida para nuestro desembarque, pronto nos vimos restituídos á bordo.

En Singapore es donde por primera vez se presenta al viajero el natural de China, ese sér excepcional, que bajo la máscara de la constante sonrisa peculiar al hebreo, encierra un espíritu industrial y mercantil imposible de describir; y unidas estas condiciones á una fuerza de voluntad indescriptible también, le hace acaparar casi totalmente el comercio y la industria de las poblaciones donde se implantan individuos de su raza. Con sus pantalones blancos y camisas del mismo color anchas y flotantes, y sus zapatos de tela negra, los vemos instalados en sus establecimientos, recibiendo con afabilidad á los compradores que les visitan, ó bien con el payo bajo el brazo, especie de paraguas de madera que usan lo mismo para la lluvia que para el sol; y cubriendo su cabeza afeitada, excepción del sitio donde brota la trenza tradicional, con un sombrero de paja de anchas alas, recorren la población para practicar las diligencias propias de sus asuntos comerciales.

Entre las costumbres chinas que más suelen excitar la atención del europeo, citaremos la de la forma especial de que revisten su comida, haciendo esta operación con dos varitas de marfil ó ébano que afianzan con dos dedos de una misma mano. Este cubierto especial se llama *sipit*.

La otra costumbre á que me refiero anteriormente, es la triple misión que tiene el barbero chino, pues además de afeitarles la cara y la cabeza, les limpia los

ojos y los oidos con instrumentos *ad-hoc*. Algunos de estos *Fígaros* de la raza chínica tienen las calles como teatro de sus múltiples operaciones.

El malayo se distingue, á su vez, por la variedad de su traje. Unos usan chaquetas en cuyos cortes no preside la mayor igualdad; otros un jaique largo, y los más, llevan atadas de cintura abajo una especie de envoltura de lienzo á listas, cubriendo la cabeza con gorros ó turbantes. El malayo suele llevar gruesos pendientes en las orejas, y las mujeres, irritadas sin duda por la usurpación de este distintivo de su sexo, llevan algunos adornos de oro en las narices, cuyo detalle excita la curiosidad del viajero.

Réstame añadir que en Singapore ve el europeo por primera vez el uso de la masticación del *buyo*, rollo circular de hojas que sirve de envoltorio á una sustancia calcárea; costumbre muy generalizada entre los habitantes de las Islas Filipinas.





CAPÍTULO XIX

SALIDA DE SINGAPORE.—ISLA DE PIEDRA BLANCA.—MAR DE LA CHINA.—ISLAS DE DAMAR, ANAMBAS Y NATUNAS.—ISLAS DE BALABAC, PARAGUA, CALAMIANES Y DEL CORREJIDOR.—ISLOTES DEL FRAILE Y DE LA MONJA.—FONDEO EN LA BAHÍA DE MANILA.

SOLTADAS las amarras á las cinco en punto de la tarde, nos pusimos en franquía internándonos en el estrecho de Singapore en demanda de la Isla Piedra Blanca, con cuyo faro tomamos rumbo á las nueve de la noche. Navegando de lleno por el Mar de la China, avistamos por estribor la isla Damar, á las siete y veinte minutos de la mañana del día 31, y cuatro horas cuarenta minutos más tarde, nos hallábamos cruzando por entre el grupo de las islas Anambas. Seguimos nuestro derrotero con tiempo inmejorable y creciendo á la par nuestra ansiedad por llegar al término del viaje. Las islas Natunas; después

las de Balabac, Paragua y Calamianes; más tarde la del Correjidor, como centinela avanzado desprendido de la isla de Luzón; los islotes del Fraile y de la Monja; y por último, la extensa bahía de Manila, donde dimos fondo á la una del día, largando el cañonazo de arribada á puerto, cuyo estampido repercutió al perderse en el espacio.

Si emoción produce el abandono de las costas peninsulares, no es menor la que inspira la llegada al puerto de Manila. El recuerdo del hogar brota de nuevo en la mente de los que han emprendido solos el viaje; se considera la inmensa distancia á que se encuentra uno de la tierra que le vió nacer, de los seres de quienes se alejó siguiendo el derrotero que el inflexible destino le trazara; y la amargura producida por esta consideración se modifica algún tanto, al reflexionar que se ha llegado al final de tan largo viaje, y que, por lo tanto, esa misma distancia no es ya susceptible de mayor aumento. Al propio tiempo, ese vago temor que siempre ocasiona lo que nos es desconocido, se suele apoderar también del ánimo del viajero; varias noticias y datos de carácter contradictorio han llegado á sus oídos, unos ponderando por demás en sentido ventajoso las Islas Filipinas; otros revistiéndolas de las más desfavorables condiciones que el pesimismo ha podido fraguar; y esta serie de pensamientos brotan en su imaginación, sobrexcitándola de una manera indefinible. El que se encuentre en tal estado ha de procurar que la más absoluta calma recobre el imperio sobre su razón, buscando un prudente término medio, entre las noticias que le hayan dado acerca del país que ha de pisar en breve; y ese término medio, no lo dude, será el juício

exacto que acerca de él se debe formar. Buen régimen de vida, buena y sana alimentación suministrada con regularidad en las horas; no cometer exceso de ningún género, sean del que fueren, y regresar á España si se llegan á sentir los síntomas de la disentería; tales son, en conjunto, los consejos que se permite dar á los que vayan á servir á Filipinas, una persona que ha visto la bondad de ellos por el buen resultado reportado con su práctica. Igualmente debe procurar combatir la nostalgia, ese mal de ausencia del patrio suelo; y al efecto, utilice los elementos de distracción que Manila ofrece que, aun cuando pocos, son, sin embargo, suficientes para combatir el mal de referencia.

*
* *

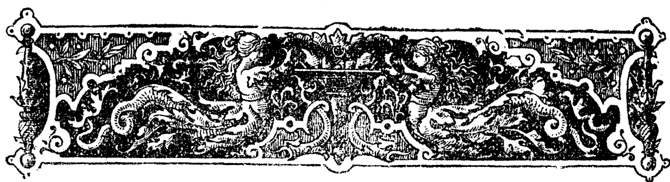
Pocos momentos después de haber fondeado el *Barcelona*, atracaron á su costado la falúa de carabineros, la de la Capitanía del puerto, la de la Sanidad, que nos dió entrada libre en vista de la limpieza de nuestra documentación, y en breve atracó también el vapor *Serantes*, remolcador de la casa consignataria de la Empresa de vapores correos destinados á la conducción del pasaje desde el vapor al muelle. En todas las embarcaciones tuvimos el gusto de ver compatriotas que iban á dar el primer saludo á sus hermanos recien llegados á las playas filipinas; y dejando los equipajes á bordo, pues éstos los trasporta la misma Empresa á la Aduana, de donde los recojen sus dueños, me trasbordé al vapor *Serantes*, despidiéndome antes de los compañeros de viaje y oficiales de á bordo, de los cuales siempre conservaré gratísima é inolvidable memoria.

Y aquí he de consignar un recuerdo de sincera amistad á la memoria del Capitán del *Barcelona*, don Juan de Juan, muerto en el incendio y pérdida del vapor *San Agustín*, ocurrido en las inmediaciones de la Coruña. Perfecto caballero y excelente marino, la fatalidad le deparó por tumba el elemento que acostumbraba á desafiar desde el puente de su buque. Séanle leves las olas, que cual losa funeraria se acumularon sobre sus restos mortales.

*
* *

Bien pronto el *Serantes*, lanzando espirales de humo, empezó á hendir las olas deslizándose por su tersa superficie cual si fuese una exhalación. Así abandonamos la bahía, y nuestra mirada buscó anhelosa hasta el postrer instante aquel vapor *Barcelona*, en cuyo seno habíamos encontrado tan cariñosa acojida. Pronto también abandonamos el mar para tomar la corriente del caudaloso Pasig, y cruzando entre un verdadero bosque de embarcaciones, desde la goleta de guerra *Santa Filomena*, hasta la clásica y modesta barca, atracamos junto al pantalón ó muelle de Cavite, pisando á las dos y media de la tarde la tierra de Magallanes y Legazpi.





CAPÍTULO XX

ISLAS FILIPINAS.—OJEADA HISTÓRICA RELATIVA Á SU DESCUBRIMIENTO.

EXISTEN en los anales de nuestra historia épocas determinadas, en las cuales predomina ya una marcada decadencia, ya una progresiva prosperidad. Entre estas últimas figura, en primer término, el reinado de Doña Isabel la Católica y de D. Fernando V de Aragón.

Iris de paz surgido de improviso entre las contiendas de los numerosos bandos que intentaban apoderarse de los despojos del reino castellano, consiguió la augusta princesa la sumisión espontánea de unos, y supo doblegar á los demás, tanto por la razón de la fuerza, como por la fuerza de la razón. Incorporó con su enlace el Reino de Aragón á la Corona de Castilla; reunió en torno suyo las principales banderías que habían enarbolado el estandarte de la rebelión contra el

poder real; recojió los restos de aquella monarquía debilitada por la indolente apatía de D. Juan II, y por el vergonzoso desenfreno de D. Enrique IV; y prestándole toda la savia de su varonil energía, dió al poder supremo el carácter augusto que debía revestir; creó la Cuadrilla de la Santa Hermandad, primer ensayo de los ejércitos permanentes; reprimió la sórdida ambición de la nobleza; y encauzando hábilmente el carácter guerrero de los que hasta entonces la habían combatido, consiguió la realización de su adorado ensueño, de su constante idea: cerrar con la gloriosa reconquista de Granada la titánica lucha emprendida hacía siete siglos para arrojar al musulmán de la Península.

Y cuando el estandarte de la media luna fué abatido de esa preciada joya arquitectónica llamada Alhambra; cuando en su lugar fué izado el glorioso pendón morado de Castilla, en cuyo remate se ostentaba la Santa Cruz destacándose sobre la azulada gasa del cielo granadino; cuando las brisas de la sierra, después de besar murmurantes las tranquilas aguas del Genil y el Darro, recojían el aroma de las flores de sus preciados cármenes para perfumar y orear al propio tiempo aquella Cruz y aquel pendón, emblemas de tantas glorias; el convento de la Rábida había oido ya, en el estrecho recinto de sus celdas, el eco de un nombre que habría de encerrar inmensa gloria; también el convento de la Merced de Córdoba albergaba en aquellos momentos al modesto marino que ostentaba ese nombre; y la historia, más tarde, escribió en sus anales ese nombre inmortal con signos de oro: CRISTÓBAL COLÓN.

Inútil sería consignar aquí la historia del descubrimiento de un nuevo mundo. D.ª Isabel I, ofreciendo sus

joyas para acometer tan gigantesca empresa, por cuenta y riesgo no más que de la Corona de Castilla; Fray Juan Pérez de Marchena, la Marquesa de Bobadilla, Santanjel, Quintanilla: nombres son todos que constituyen los destellos de la brillante aureola que ilumina la figura del inmortal genovés.

La ciencia triunfó del fanatismo y la ignorancia: el carácter castellano, avezado ya á la vida aventurera del incesante guerrear, no sabía á dónde dirijir su varonil esfuerzo; y Colón, presentando las primicias de tierras desconocidas envueltas en los despojos del *Non-plus-ultra*, antiguo emblema hecho pedazos por las quillas de sus modestas carabelas, dió nueva dirección al carácter peculiar de aquella época.

Las expediciones marítimas se pusieron en voga, y continuaron así en los reinados posteriores. De la brillante estela que iban dejando las naves de Colón, surgieron los Pizarro, Pinzón, Almagro, Hernán Cortés, Núñez de Balboa y tantos otros que ensancharon sucesivamente los dominios del territorio español con descubrimientos de tierras desconocidas arrancadas á las olas.

Llegó el reinado de Carlos I, y al vencedor de Pavía le estaba reservado también acojer en su córte y dispensar protección á otro sér de preclaro ingenio, de carácter emprendedor y de tenaz constancia. Magallanes, resentido del monarca portugués, expuso sus proyectos al Emperador invicto; bien pronto se entendieron, y las Islas Filipinas fueron engarzadas cual valioso florón en la corona castellana.

Sevilla, el preciado verjel del suelo andaluz; la histórica ciudad en cuyo alcázar se cree ver surjir de pronto la severa figura del Rey D. Pedro; la privilegiada cuna

de las artes en sus diversas manifestaciones; la población en cuyo pintoresco suelo han visto por primera vez la luz del día los que después han ilustrado la historia patria con sus gigantescas creaciones en todos los ramos del saber humano; la ciudad que tuvo en su recinto al inmortal Cervantes, vió salir de su caudaloso río la expedición mandada por Fernando Magallanes, para lanzarse al descubrimiento de ese archipiélago, que recibió posteriormente el nombre de *filipino* en honor del que era entonces Príncipe de Asturias, y que después, al ocupar el trono, figuró bajo el nombre de Felipe II.

Vencidos cuantos obstáculos se presentaron para llevar á cabo la expedición; recibido en Sevilla el Estandarte Real que fué solemnemente entregado á Magallanes en la Iglesia de la Victoria y prestado el acostumbrado juramento de fidelidad al monarca, salió de Sevilla el intrépido navegante el 19 de Agosto de 1519, componiéndose su escuadra de los buques *Trinidad*, *Santiago*, *San Antonio*, *Concepción* y *la Victoria*.

No seguiré paso á paso las varias vicisitudes porque hubo de atravesar el audaz explorador antes de dar cima á su empresa; léase la historia de Colón en su primer viaje, y se tendrá una idea exacta de los obstáculos que tuvo que vencer en su expedición. Supersticiosos temores, ambiciones mal reprimidas, descontentos que no faltan jamás en semejantes empresas, llegaron á traducirse al cabo en una conjuración que Magallanes logró dominar merced á su varonil energía, haciendo colgar de una verga de unos de sus barcos al Capitán Mendoza, que figuraba á la cabeza de los conjurados. Con tan saludable ejemplo sometió á la obediencia á los que pretendían el regreso á España antes de obte-

ner el descubrimiento de nuevas regiones, y la expedición siguió hasta conseguirse el resultado apetecido.

Un año después de su salida de Sevilla, los aparatos náuticos de á bordo le hicieron apreciar que había llegado al término del Atlántico, y en su virtud dió instrucciones á los capitanes de los barcos para que cada cual de por sí procediera á la exploración de aquellas regiones siguiendo distinto rumbo. Transcurrieron cuatro días; pero al finalizar el quinto se incorporaron á la nave capitana siendo portadores de la grata nueva. El paso que Magallanes había previsto existía, no era una concepción ideal forjada por una imaginación soñadora; el Atlántico y el Pacífico reunían sus raudales, sirviéndoles de lazo de unión aquel Estrecho que las naves dispersadas encontraron, y al cual dió su nombre el intrépido marino.

Ardua por demás fué la navegación de aquel Estrecho. Violentas y encontradas corrientes que trataban de oponerse al paso de las naves, á las cuales envolvían en gigantescas montañas formadas por incesante oleaje; escasez de víveres; el agua potable corrompida ya: la muerte ocasionando numerosas bajas en la marinería; la escuadra reducida á tres barcos por la pérdida del *Santiago* y *San Antonio*, habiéndose visto forzado este último á regresar á España por no haberse podido incorporar á los restantes; y sin embargo, el genio de Magallanes supo llevar al ánimo de su tripulación la persuación íntima que abrigaba de que al terminar aquel escabroso sendero marítimo, encontrarían un mar franco y abierto á través de cuyas ondas llegarían á la tierra de promisión.

Un nuevo escollo se presentó ante su vista. Dos is-

las se destacaron en el horizonte; hicieron rumbo á ellas esperando reponer sus víveres; pero al abordarlas, pudieron apreciar que estaban desiertas, y continuaron su derrotero después de haberlas bautizado con el nombre de *Desventuradas*.

Poco después avistaron otras dos; pero esta vez no experimentaron la decepción de verlas deshabitadas, y pudieron repostarse. Magallanes las impuso el nombre de *San Lázaro*, que después cambiaron por el de *Marianas* en honor de la reina regente madre de Carlos II.

Las Marianas fueron para los navegantes lo que es el faro de un puerto para los que intentan arribar á él. Tras de su descubrimiento, ocurrió el del actual archipiélago filipino llamado por Magallanes de los *Pintados*, á causa de la costumbre de pintarse que observó en sus naturales.

En vista de los datos que éstos le facilitaron envió un símil de embajada al Sultán de aquellas regiones; y el domingo de Resurrección del año 1521 tomó solemne posesión de aquella isla en nombre del rey Carlos I.

Previamente había mandado erigir un altar cuyo adorno consistió en el frondoso ramaje y las perfumadas flores que sirven de adorno natural á Mindanao; y ante aquel altar, levantado en el templo augusto de la Creación, dieron gracias al Omnipotente por su misericordia infinita, celebrándose de este modo por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa en aquellas apartadas regiones y tremolando allí al viento, por primera vez también, el victorioso estandarte de Castilla.

No se durmió Magallanes en los laureles conquistados. Embarcóse de nuevo, pasó por medio de las islas de Bohol y Leite, y pisó el territorio de la de Ce-

bú, donde obtuvo una fraternal acogida, estipulándose solemne alianza entre el caudillo español y el jefe indio.

En Cebú se recojieron los primeros frutos de la activa propaganda que las armas españolas iban practicando á favor de la religión cristiana; y allí surgió también el incidente que dió origen á la prematura muerte de Fernando Magallanes.

Los naturales de la isla en cuestión se hallaban en guerra con los habitantes de otra inmediata: Magallanes quiso favorecer á los de Cebú, y tomó parte en la lucha. La traición de los indios se encargó del desenlace: el hábil explorador murió el 26 de Agosto de 1521, á causa de heridas ocasionadas por un dardo envenenado.

Su primo Eduardo Balboa le sustituyó en el mando, pero fué asesinado en unión de varios españoles, sobradamente incautos para asistir á un banquete ofrecido por el jefe de Cebú y en el cual la traición desempeñó el primer papel de tan sangriento drama. Elegido jefe Juan de Carballo, fué sustituído á su vez por Gonzalo Gómez de Espinosa, bajo cuya dirección pudieron arribar en los primeros días de Noviembre á la isla *Tidor*, una de las Molucas, lográndose de este modo el objetivo de la expedición.

No es mi intento escribir una historia completa y ampliada del descubrimiento del Archipiélago Filipino: por lo tanto, me limitaré á condensar los hechos de más relieve.

Quemada la nave *Concepción* por falta de tripulantes, y haciendo agua la *Trinidad*, resolvieron los expedicionarios que la *Victoria*, mandada entonces por Sebastián Elcano, hiciera rumbo á España con 60 hom-

bres de tripulación, llevando á bordo muestras de las variadas y portentosas producciones del territorio descubierto.

A principios de 1522 se hizo á la vela con rumbo á la madre patria: surcó el Oceano Índico, dobló el Cabo de Buena-Esperanza y arribó á Sanlúcar de Barrameda el 6 de Septiembre del mismo año, siendo el primero que dió la vuelta al mundo. Tambien encontró honrosa tumba en aquel archipiélago; pues habiendo formado parte de la segunda expedición, halló la muerte en aquellas regiones que contribuyó á descubrir para la nación española.

Dos grandiosas figuras se destacan también en primer término en el cuadro histórico donde resaltan las de Magallanes y Elcano, á saber: *Legazpi* y *Anda*.

El primero fué nombrado para mandar la quinta expedición, cuyos gastos se sufragaron en gran parte con la venta del producto de sus propios bienes. Investido con el nombramiento de Adelantado y Gobernador general de todas las islas descubiertas y que lograse someter á su dominio, supo responder con su elevado comportamiento á la confianza que en él depositara el monarca.

Ya la cuarta expedición, al mando de López Villalobos, había encontrado en su derrotero las islas de *Boca-partida* y *Anublada;* después, el grupo que llamó *Jardines de los Reyes*, fundándose para esta denominación en la prodigiosa exuberancia de la naturaleza; más tarde, había fondeado en las pequeñas islas de *Serangan;* y por último, había sostenido el honor del pabellón español en las playas de Mindanao.

El paso de Legazpi por el archipiélago fué una con-

tinuada serie de descubrimientos y victorias, en las cuales influyó en gran parte el tacto y relevantes condiciones personales del Adelantado. Fondeó en Tandaya, Abuyo y Cebú, donde hallaron una imagen del Niño Jesús, que debió pertenecer á la expedición de Magallanes, á la cual rinden aún hoy los indios fervoroso culto; y descubrió las islas de Panay y de Luzón, dedicándose á la conquista de esta última, hábilmente secundado por su sobrino y Maestre de Campo Juan de Salcedo. Por último, fundó la ciudad de Manila, capital del Archipiélago filipino; constituyó la municipalidad, que á su vez le prestó el debido juramento de fidelidad al Rey; y cuando ya se había izado en las Visayas el pabellón nacional, desaparecía del mundo de los vivos esa grandiosa figura cuyo recuerdo no se borrará jamás de los anales de la historia de España en su relación con aquellas apartadas regiones.

La personalidad de D. Simón de Anda y Salazar se destacó en uno de esos momentos en que la sangre española llegando á su mayor grado de efervescencia á impulsos del amor patrio, escribe páginas tan brillantes como el *Dos de Mayo en Madrid* y el *Dos de Mayo en el Callao.*

Se habían roto las hostilidades entre España é Inglaterra, y esta última nación, que fijaba hacía algún tiempo sus ávidas miradas en nuestros ya florecientes dominios de la Oceanía, aprovechó la coyuntura de la declaración de guerra para realizar sus deseos. Una escuadra inglesa compuesta de trece navíos y con 7.000 hombres de desembarco, se presentó de una manera inopinada en las aguas de Manila en Septiembre de 1762, intimando la rendición de la plaza. La guarnición



CAPÍTULO XXI

ARCHIPIÉLAGO FILIPINO.—ISLAS QUE LO COMPONEN.—CLIMA.—MONTAÑAS.—VOLCANES.—RÍOS.—PRODUCCIONES.—EXUBERANCIA DE SU VEGETACIÓN.

LA Oceanía, ese antiguo y vasto continente que las mismas tradiciones de sus pueblos conceptúan desbaratado por el mar, en una de las violentas convulsiones de la naturaleza; esas fracciones de tierra, que diseminadas con pintoresco desorden en las regiones oceánicas, resaltan sobre la blanca espuma del oleaje, haciendo alarde de su poderosa vegetación, que crece, se desarrolla y multiplica bajo la acción de ardientes rayos solares; esa parte del globo, incluye al archipiélago filipino en el ancho radio de su zona, formando parte integrante, por lo tanto, de una de sus demarcaciones: la Malasia.

Las islas Filipinas, clasificadas bajo el punto de vis-

ta geográfico en tres grandes agrupaciones, ó sean las de Luzón, las de Panay y Visayas, y la de Mindanao, y constituyendo en conjunto un total de unas mil quinientas, se asemejan á grandes esmeraldas que sobrenadaran sobre las ondas del mar que las circunda.

Su clima es verdaderamente delicioso; pues si bien el archipiélago en cuestión se encuentra en la zona tórrida, los calores que caracterizan á esta última se hallan modificados por la abundancia de aguas de las islas, y por las brisas marinas.

Las lluvias y los vientos ejercen su imperio en este territorio con admirable igualdad, á fin de repartir sus beneficios con equitativa justicia. Las primeras, descargan en el S. y O. desde Mayo ó Junio hasta Septiembre ú Octubre; y cuando el cielo despejado ya de toda nube deja aparecer en su limpia gasa la aureola de los rayos solares, preñadas nubes riegan el N. y E. de la costa, cesando á su vez cuando ha de empezar el temporal de agua en la parte O. y S.

Los *monzones*, ó sean los vientos periódicos de aquella región, principian á reinar cuando las lluvias cesan, purificando la atmósfera de los miasmas que éstas hayan hecho brotar de las entrañas de la tierra; y de este modo contribuyen el viento y el agua, como hemos expuesto anteriormente, á mitigar la abrasadora acción del sol en la zona tórrida, y llegando á constituír un clima cuya bondad se revela y patentiza con la notable longevidad que alcanzan los naturales del país.

Su temperatura media es la de 22°, pero en los puntos montañosos refresca el tiempo bastante durante la mayor parte del año, como sucede en Ilocos y en otras regiones que ocupan análoga situación.

Las cadenas de montañas que caracterizan á la Oceanía, erigiéndose en rivales de las de América por su acentuada polaridad, ostentan en Filipinas sus más bellos ejemplares, ya afectando la forma circular, como sucede en Masbate; ya recorriendo la costa, como sucede en la parte occidental de Mindanao; ó bien dificultando con su fragosidad la exploración de regiones desconocidas. Sus cordilleras se destacan en el espacio con admirable elevación, hasta confundirse casi con las nubes; y cortadas por estrechos y torrentes que sirven de cauce natural á las aguas, forman con éstas, en primer término, vistosas cascadas, que al terminar su descenso, constituyen grandes pantanos y cristalinos lagos. Otras veces establecen con sus arranques la línea divisoria provincial, como sucede en la isla de Panay, donde el monte Sagraón se eleva tres mil piés sobre la líquida base que le sustenta; mientras que, cual ocurre en Camarines Sur, las montañas encierran en su seno profundos bosques, cuyos árboles, que podrían proporcionar maderas inmejorables para la construcción, entrelazan sus ramas de tal modo que forman una tupida bóveda de difícil acceso para la luz del día.

En un terreno tan extremadamente accidentado, donde los terremotos han causado tantas víctimas y son tan frecuentes los temblores de tierra; donde la creación ofrece tan variados aspectos, y en el cual la naturaleza ha destruído parte de la obra de esa misma creación, dejando salpicados en el mar los restos de un continente que algunos suponen debió enlazar al Asia con América, los volcanes habían de concurrir forzosamente al certamen geográfico con sus siniestros ruídos subterráneos y con sus torrentes de lava. Las islas Filipinas

cuentan, pues, con variados ejemplares, de cuya terrible belleza suele hacer frecuente exhibición.

En la parte S. E. de la isla de Luzón, enclavado en la provincia de Batangas y en la parte central del lago, descuella el de *Taal*, de unos cuatrocientos metros de altura, y cuyo cráter, cual si fuera la chimenea de gigantesca locomotora, lanza al espacio una gruesa columna de humo blanquecino. En su interior se ostenta un lago de aguas ácidas y mercuriales; y los bordes de ese lago lo constituyen rocas de pórfido y compactas capas de azufre.

En la provincia de Albay, perteneciente también á Luzón, se puede contemplar el volcán *Mayón*, cuya cima se percibe desde el mar á unas veinte millas de distancia. La ascensión á su cúspide es en extremo penosa.

En la provincia de la Laguna y en la cima del monte Banajao, se eleva igualmente otro volcán, cuyo cráter mide aproximadamente una legua de circunferencia, ofreciendo la especialidad de que en las concavidades del mismo crecen y se desarrollan variedad de frondosos árboles, mientras que en su parte inferior, ó sea en su lecho, tienen su primitivo cauce las apacibles aguas de un río. Por último, al Sur de Luzón, formando parte de la provincia de Cagayán, se encuentra la isla de Camiguín, en la cual se ostenta también otro nuevo ejemplar, que arroja agua caliente por una especie de gruta formada por una abertura que sufrió en el año de 1857.

Respecto á Mindanao, encierra en su seno los volcanes *Apo*, en la parte central de la cordillera del mismo nombre; el *Macaturín*, enclavado en la cordillera

Sugut; el de *Sarangani*, que constituye la terminación de la cordillera Blik; y finalmente, en la parte E. de la isla existe un nuevo y curioso ejemplar, de cuyos costados brotan dos corrientes: una de agua fría y cristalina; otra de agua caliente y azufrada.

Gran número de ríos, pródigamente distribuídos, contribuyen á prestar á estas islas una fecundidad que á veces raya en lo increible, debiendo figurar en primer término el *Pasig*, que después de rodear y cruzar la capital, va á unir su corriente con las olas del mar. Dignos también son de especial mención los ríos que riegan el distrito de Benguet, y cuyas aguas arrastran pequeñas partículas de oro.

Una región que, como la del archipiélago filipino, se halla tan profusamente bañada, ha de destacar por sus variadas y abundantes producciones, estableciendo una verdadera competencia con las que son características del Asia. Sus llanuras, fertilizadas en alto grado por la savia de esos mismos ríos, producen arroz, trigo y maiz; mientras que el café, añil, azúcar, tabaco, algodón, la caña dulce colorada y verde y el abacá, se cosechan también en cantidades respetables (1). Sus campos ostentan olorosas flores, que alternan con yerbas y plantas de suma utilidad en la ciencia médica; y sus poblados bosques encierran un verdadero tesoro de maderas para construcción, en términos de existir provincias cuyo estudio arroja un total de 120 clasificaciones.

---

(1) Los tallos del abacá mezclados con la seda, forman la *piña*, esa preciada tela que primorosamente bordada por las indias, constituyen un adorno muy estimado por las señoras europeas.

El cocotero, el algodonero y el canelero alternan con la pimienta, clavo y nuez moscada, embalsamando el espacio en que se encuentran con las emanaciones que despiden.

La riqueza mineral no entraña menos importancia. El oro, ese que todo el mundo llama *vil metal*, pero que todo el mundo ambiciona y por el cual se han cometido y se cometen tantos crímenes, se encuentra distribuído en todo el archipiélago con notable profusión, pero más especialmente aún en la provincia de Surigao, en Benguet, Mamburao de Camarines, Cebú y Pangasinán. El hierro está casi en la superficie en Bulacán, dando el de Burón un 80 por 100 de beneficio; el plomo abunda en Mindoro, Batangas y Pampanga, y el cobre ostenta sus colores en las riveras del lago Bay enclavado en la isla de Luzón, y en los montes del Abra.

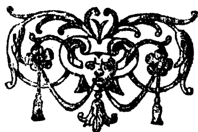
El carbón se halla también representado en ese gran concurso productor, por medio de las minas de Cebú; y mientras Batuán ostenta suntuosos mármoles de todas clases y colores, las ágatas se muestran alternando con las piedras de toque y los granitos.

En las playas y costas de sus mares se recojen gran variedad de conchas; en la contracosta abunda el coral blanco y negro; el ámbar se exhibe con ostentación en aquellos puntos en que el embate de las olas reviste mayor vigor; y la perla de finísimo oriente se deja aprisionar en algunos sitios de tan privilegiado archipiélago.

De exuberante calificamos la vegetación de estas regiones en el epígrafe del presente capítulo; y apesar de la reconocida riqueza del idioma español, no encontramos frase adecuada que le pueda servir de verdadero

calificativo, patentizando al propio tiempo su belleza proverbial. Sus árboles de entrelazadas ramas, cubiertos durante todo el año de verde follaje, y mostrando en ciertas épocas el fruto de reconocida utilidad junto á la flor con que se atavía; aquellas montañas que en el mismo cráter del volcán ostentan una vistosa alfombra de césped bordada de flores, que reciben al par en su cáliz los efluvios del sol y la transparente gota de rocío; aquellas extensas llanuras, donde la Diosa Flora repartió sus dones con pródiga solicitud, convirtiéndolas en risueños prados fertilizados por cascadas, ríos y arroyuelos; aquel verdadero exceso de vejetación, que limita y cercena el horizonte desplegado ante vuestra atónita mirada; todo, absolutamente todo, necesitaría la creación de un vocabulario *ad-hoc* para intentar su descripción siquiera fuese aproximada.

Y estos espléndidos panoramas, esa vejetación tan soñadora, se presenta á la vista del viajero bajo un cielo purísimo, ya iluminados por un sol deslumbrador, ya envueltos entre los pálidos reflejos de la luna, cuyas dulces irradiaciones parecen impregnadas del delicado aroma desprendido del *champaca*, de la *sampaguita* y del *ilang-ilang*.





CAPÍTULO XXII

RAZAS INDÍGENAS.—CARÁCTER Y COSTUMBRES.

LA tradición, esa leyenda que vemos figurar constantemente en los anales de los pueblos, ya para trasmitir de generación en generación las más brillantes fases de su historia, ya para conmemorar los sucesos de más relieve que se relacionan con el ideal religioso á que rinden culto, ha roto sus páginas referentes al origen de los primeros seres que repoblaron el suelo del archipiélago filipino. Suposiciones más ó menos aproximadas, congeturas que tienen mayor ó menor fundamento, son los datos que pueden aducirse acerca de este punto, en el cual la tradición se desvanece, del mismo modo que se desvanecen también las burbujas de blanca espuma producidas por las olas al chocar espirantes en sus playas.

Cuando los españoles arribaron á estas islas existían dos razas: los negros ó *itas*, y los indios; abrigándose la creencia de que estos últimos las habían invadido, obligando á los primeros á retirarse á las fragosidades de los montes, después de haber sostenido encarnizados combates. Los negros ocupan hoy las islas de Bataan, Nueva Ecija y Mindoro.

En contraposición de la tesis sustentada con frecuencia, de que las razas van degenerando y perdiendo á la par sus rasgos distintivos, podemos citar á los *infieles*, nombre con que se designa á las tribus que, sin residencia fija, ocupan el territorio comprendido entre las dos cordilleras del Abra y el Caraballo, y á los que habitan en las provincias de Ilocos Sur, Pangasinán, Cagayán y Nueva Ecija: tribus que parecen heredar y con notable aumento, la antigua ferocidad de los *itas*.

Pero circunscribiéndonos á la época actual, y haciendo caso omiso del negro, así como del mestizo, que debe su sér y denominación al cruzamiento de razas, intentaremos describir el carácter del indio filipino en la genuína acepción de esta palabra, así como las costumbres que puedan servir para trazar su boceto moral.

*
* *

Ostentando en su tez el color cobrizo distintivo de la raza malaya; de chata nariz, estatura regular, cabellos negros, ásperos y espesos, frente estrecha, negros ojos y cabeza pequeña deprimida por la parte posterior, el indio no acostumbra á resaltar entre sus semejantes por ese destello de la Divinidad llamado por el hombre *inteligencia*. Rinde á la religión sincero culto;

pero traspasando quizás los límites naturales, al franquearlos cae inconscientemente en brazos de la superstición. La pereza le embarga con frecuencia; *il dolce far niente*, frase cosmopolita cuando se trata de llevarla al terreno de la práctica, es su constante móvil; y si se ve obligado á trabajar para atender á su manutención, abandona el trabajo cuando sus economías le garantizan las subsistencia durante un corto plazo del porvenir. Su indolente apatía le embarga de tal manera, que si ve arder su mísero *bahay* ó albergue, compuesto de caña y nipa, le podreis admirar contemplando su destrucción del modo más impasible, puesto de cuclillas, con el pie desnudo, el pañuelo al cuello y sosteniendo al gallo favorito entre sus brazos con amorosa solicitud.

Es también constante adorador de la música. Apenas oye los primeros acordes de un instrumento cualquiera, su entusiasmo se traduce por medio de un aislamiento de sí mismo, que cesa tan sólo al terminar el número musical que ha excitado su admiración. Cuando las bandas militares hacen oir sus armoniosos ecos en el paseo de la Luneta durante las primeras horas de la noche, no se oye el más leve murmullo entre los cocheros de los carruajes que esperan á sus amos en el Campo de Bagumbayan; es que entonces se les presenta una ocasión propicia para satisfacer al propio tiempo dos de sus más vehementes inclinaciones: el ocio y su afición musical.

Empero toda esa indolencia del indio, toda su admiración á la armonía, desaparecen como por encanto al tratarse de las dos verdaderas monomanías que le dominan por completo: el juego y la riña de gallos.

Cuando ve asomar el extremo de una baraja; cuan-

do vislumbra en lontananza la perspectiva de una partida de *llampó* ó de *panguingui*; afecciónes, y obligaciones, y necesidades, se borran por completo de su imaginación, á fin de entregarse en absoluto á las emociones de la suerte ó del azar. Como es lógico suponer, la fortuna no siempre les brinda con sus favores; el que pierde antes de que tenga término la partida, procura *emprestar* con cualquiera, á fin de no alejarse de las peripecias del juego; pero concluído éste, desaparece su momentánea animación y recobra de nuevo su apatía é indolencia habituales. Esa afición desmesurada al juego, impulsa al indio que sirve de cocinero á empeñar en una partida el dinero que ha recibido para la compra del siguiente día; y si el resultado le es adverso, le vereis á las primeras horas de la mañana en uno de los sitios más concurridos del mercado, puesto en cuclillas y delante de él las cestas de las provisiones, donde sus compañeros van depositando toda clase de comestibles, practicando de este modo la célebre máxima de: *hoy por tí, mañana por mí*. Aquel día el *castila* á quien sirve el arruinado cocinero, come de limosna, apesar de haber dado el dinero con antelación de algunas horas.

La riña de gallos es para el indio la suprema delicia, la expresión del más refinado placer. No existe pueblo, por insignificante que sea, que no tenga su gallera, cuyas inmediaciones, en los días de lidia, presentan un pintoresco aspecto, realzado por los puestos que se establecen, y donde se vende cuanto la reconocida frugalidad del indio puede apetecer para comer y merendar. Desde las primeras horas de la mañana hasta que el sol desaparece, una numerosa y abigarrada concurrencia ocupa la gallera y sus alrededores, entregán-

dose á los placeres de las peleas de gallos, en las cuales se cruzan apuestas de bastante consideración. La pasión del indio llega hasta el extremo de existir casas destinadas á los gallos que, conservando la vida, salen inutilizados de las luchas.

El indio no se separa de su gallo más que cuando una suprema necesidad le impulsa á ello; y sus más bellos ideales se encierran en la posesión de un ejemplar de los de la Laguna ó de los *labuyos*, gallos salvajes que están caracterizados como los que dan mejores resultados en las peleas.

El indio es sobrio en su alimentación; un puñado de arroz, la cantidad de agua necesaria para cocerlo hasta que los granos la embeban, produciéndose así la *morisqueta*, y la salsa para mojarlo, cuyo elemento principal es el pescado, basta para proveer á su subsistencia. De este modo la manutención del indígena tiene de costo escasamente unos cuarenta céntimos de peseta diarios.

El tabaco constituye también uno de los mayores placeres del filipino, ya en forma de cigarro, ya en la de masticatorio. Hombres y mujeres, niños y ancianos, hacen uso del producto en cuestión, compartiendo su uso con el del *buyo* ó el *betel*, cuya masticación imprime á sus dientes y á sus labios un color rojo bastante pronunciado, que no les presta en verdad los mayores atractivos. La parte fibrosa que resulta después de haber extraído el jugo, se llama *sapa*.

Su carácter hospitalario es innegable; y el viajero que halla á su paso cualquier *bahay* donde se está comiendo, entra, saluda y se sienta á la mesa sin ceremonia alguna, retirándose y prosiguiendo su camino

después de haber satisfecho la necesidad más perentoria de la vida.

El traje del indio es casi uniforme en todas las islas. Pantalón blanco de algodón ó seda, según sus circunstancias lo permitan; camisa de *sinamay* ó *piña*, y el sombrero *ó salacot* resguardando su cabeza de la acción de los rayos solares; tal es, en conjunto, el número de prendas que necesita para su atavío. Algunas veces sustituye el *salacot* ó el sombrero con un pañuelo anudado. El calzado lo suprimen por regla general, pues nada hay que moleste y mortifique tanto al indio como llevar sujetos los piés, de los cuales se suelen servir para ayudar á las manos, bien para cojer cualquier objeto que se les cae, bien para subir por el tronco de un árbol ó por las escalas de cuerdas de los buques.

*
* *

Las indias, caracterizando también en todos sus rasgos la raza á que pertenecen, ostentan abundantes y largas cabelleras cuyo negro matiz se destaca de un modo admirable, ya cuando las dejan flotando al viento, ya cuando forma el *poso*, peinado del país, sujetándolas en forma de nudo en la parte posterior de la cabeza, y prendiendo en él el alfiler ó alfileres con cabeza de oro rematado en perlas ó brillantes, con arreglo á su fortuna.

Pero donde más se manifiestan los recursos financieros de las indias, es en el abigarrado conjunto de su traje, que apesar de los vivos colores que lo constituyen, no deja de tener cierto tono especial que atrae la

mirada del viajero. Una saya de seda bicolor ó de riquísimo tisú; encima el *tapís*, de unas dos varas de largo, ciñendo el cuerpo de cintura abajo y modelando los contornos, y mal encubriendo el cuello y el arranque del pecho y de la espalda, llevan prendido un pañuelo de piña ó gasa bordada sujeto con alfileres de perlas ó brillantes. Las sayas, que lo son en realidad, carecen del cuerpo de los vestidos europeos; y entre su límite superior que remata en la cintura y la parte que deja al descubierto el pañuelo prendido al cuello, destaca la fina transparencia de la camisa, ancha y holgada, confección en que usan con preferencia la *piña* ó el *sinamay*.

El traje corto no ha sido implantado aún por la moda entre la mujer india; sus trajes, por el contrario, ostentan una larga cola que dejan arrastrar por el suelo cuando van andando; y si la recojen al atravesar la calle, exhiben un pié y pierna desnudos, calzando una babucha bordada de corto remate donde apenas entran los dedos de los piés.

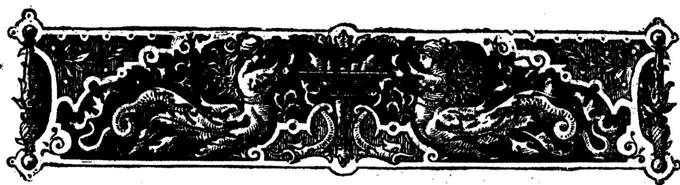
La india es religiosa hasta el fanatismo, y haciendo constante alarde de este sentimiento, ostenta al cuello, por regla general, un escapulario.

Dos pasiones dominan á este sér: la masticación del *buyo*, y el cigarro. Difícilmente se desprende de ambos atributos; y cuando se la ve atravesar la población con el traje que acabamos de describir, ó aparece en sus rojos labios la huella del betel, ó lleva en la mano el encendido tabaco, lanzando el humo al espacio con singular fruición.

La belleza es un ideal relativo que cada sér se forja en su imaginación; y así no es de extrañar que la

india tenga también sus adeptos. Corto, sin embargo, es este número; pues el recuerdo de la forma que adquiere la belleza en nuestras compatriotas, no permite rendir culto á esa manifestación tan opuesta, representada por la india.





CAPÍTULO XXIII

Los Chinos en Filipinas.

CONSTITUYE uno de los elementos más importantes de estas islas la febril actividad comercial y mercantil de la raza china, que aprecia ya el viajero en Singapore. Si en el puerto de escala hemos visto al chino ocupando desde el cómodo sillón de lujoso bazar hasta el humilde puesto donde se expenden bebidas y el clásico *pansit,* en Filipinas le podemos contemplar formando numerosa agrupación, gobernado por autoridades propias, y supliendo en la agricultura y en el comercio los sensibles vacíos que ocasiona en dichos ramos la apatía é indolencia características en el indígena.

Procedentes, en su inmensa mayoría, de Macao, Ningpo y Emuy; con la cabeza rapada y la trenza tradicional colgando sobre la espalda; vistiendo el traje blanco compuesto de ancha blusa y flotante pantalón, sujeto á la cintura por medio de cordones; la silueta

del chino reaparece ante la vista del peninsular desde el instante mismo en que, abandonando el remolcador, pisa la tierra de Magallanes y Legazpi en el muelle de Cavite.

Igual es la perspectiva, igual el conjunto que esta raza ofrece en Manila y en Singapore; pero en aquella capital se encuentra en una superioridad numérica tan marcada, y gira en tan ancho radio, que sus múltiples operaciones excitan la curiosidad y el deseo de someterla á un detenido estudio.

Ya se le ve actuando de cargador, con la *pinga* al hombro; ya ejerciendo la medicina, en cuyo desempeño la constante sonrisa que se dibuja en sus labios es sustituída por notable gravedad; otras veçes, hecho cargo de la teneduría de libros en cualquier establecimiento de algún compatriota, le vemos entregado á las más complicadas operaciones de aritmética, para las cuales tiene especial actitud; y cuando procedentes del buque que nos lleva á aquellas regiones desde la vieja Europa, hemos atravesado apenas los umbrales de la fonda en que buscamos albergue, el chino se nos presenta, nos sigue hasta el interior de las habitaciones, y con su perenne sonrisa se empeña en exhibirnos los géneros que contienen sus *balutanes* todos, desde el *traje chino*, sumamente cómodo para la casa, hasta el juego de zapatillas caladas; desde el pañuelo de algodón, hasta el calcetín de seda. En su constante peroración, en el sempiterno elogio de sus mercancías, no deja de sembrar las frases de «*Todo balato, balato*».

Aquella tierra cuya fertilidad es indescriptible; aquellos gérmenes de verdadera riqueza que el carácter apático del indio ni sabe ni quiere explotar más que en

el caso extremo de ser impulsado por una apremiante necesidad, es objeto también de un cuidado especial por parte del chino, á quien vemos en las huertas dedicado al cultivo y abono de las mismas; y cuando empieza á recojer el fruto de su trabajo: cuando la tierra agradecida por su solicitud le devuelve con sobradas creces la semilla que arrojó en su seno, el agricultor, abandonando sus toscos aperos, se va al mercado y vende el premio que han obtenido sus desvelos. Y conste, que el entusiasta encomio que hacemos de esta raza, no entraña la idea de que el indígena no se dedique á la agricultura. Se dedica, sí, pero en una proporción tan limitada, que si recurriésemos á la estadística para aseverarnos con sus incuestionables datos, el resultado de la confrontación arrojaría una respetable cantidad de millones de hectáreas de terreno, vírgenes de toda operación agrícola. Igual consulta evacuada respecto á la industria y al comercio, nos daría también resultados idénticos. En vano las autoridades y la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Filipinas han apelado á cuantos recursos les ha sido dable apelar, á fin de estimular al indio; las necesidades de éste son exiguas, según hemos consignado en el capítulo anterior, y una vez que puedan atenderlas, sus aspiraciones no reconocen un *más allá*.

El chino no se limita á operar tan sólo en la capital del archipiélago; en Cavite, en Zamboanga, en el insalubre clima de Joló; en una palabra, en cuantos puntos cree poder hallar los medios de acción que necesita, allí acude con su actividad y con su afán de lucro, reconociendo como base el trabajo personal.

Hemos dicho anteriormente que el chino de Filipi-

nas estaba gobernado por autoridades propias, y la confirmación de este aserto existe en el Tribunal de *Sangleyes*, llamado así por el nombre con que se designa á los de su raza, que significa *viajeros comerciantes*. Su gobernadorcillo ostenta como atributo el bastón de mando, y los alguaciles la vara tradicional.

El chino es amante en alto grado de sus compatriotas á los cuales propende siempre á favorecer según se lo permiten los recursos de su fortuna; y el individuo de la raza que llega al archipiélago, sabe de antemano que ha de hallar marcada protección entre sus paisanos. Sobrio por naturaleza, sabe enfrenar sus necesidades en el límite prudencial de los ingresos; y el *pansit*, el pescado seco y el thé caliente, constituyen por regla general su alimentación.

Evidenciada su notable aptitud para el trabajo, prosigamos su estudio siguiéndole breve rato en sus distracciones y en sus juegos.

Es partidario de los dados y el *llampó;* y á semejanza del indio, es también entusiasta admirador de las riñas de gallos, única conjunción que existe entre ambas razas. La música le seduce: pero no esa música impregnada de armonía, cuyos dulces ecos parece que se filtran en el alma proporcionándonos sensaciones indefinidas; sino un terrible estrépito formado por instrumentos de metal, de cuerdas y de hierros, que al herir los oidos producen indecible malestar. Una de las veces que he podido apreciar semejante espectáculo fué con motivo de las fiestas celebradas en Manila para solemnizar la llegada de las aguas á la rotonda de Sampaloc, siendo Gobernador general del archipiélago el bizarro general D. Fernando Primo de Rivera.

Cuando el chino termina sus tareas; cuando después de dar cima á su trabajo puede entregarse al descanso, busca en las delicias del opio los ensueños de su sensual fantasía; y aspirando el humo penetrante que despide; envuelto en aquella atmósfera que adormece sus sentidos, queda reducido á inerte masa hasta el siguiente día, que reanuda el hilo de su trabajo, sin que logre borrar de sus ojos la hinchazón que le ocasiona el abuso del opio, caracterizado en su fisonomía.

Entre el indio y el chino existe un antagonismo bien fácil de apreciar al primer golpe de vista. Sus condiciones diametralmente opuestas, la diversidad de religión y la superioridad que el indio cree tener sobre el chino, son otros tantos elementos de discordia que el más leve pretexto basta para hacer estallar.

El indio sabe además, que los anales de la historia encierran en sus páginas punibles hechos llevados á cabo por los chinos y contrarios á la integridad del territorio. Le consta, por ejemplo, que el año 1574, el pirata chino *Li-ma-hong*, atacó é incendió á Manila, sin serle dado apoderarse del fuerte, gracias á los heróicos esfuerzos de sus antecesores, que en unión de los españoles y bajo el mando de Juan de Salcedo, hicieron una victoriosa salida, logrando destruir la escuadra del audaz pirata; está reverdeciendo constantemente este grato recuerdo, evocado todos los años en la fiesta cívico-religiosa que se celebra el 30 de Noviembre en conmemoración de tan glorioso triunfo, que representa un laurel más, brotando en el morado fondo del estandarte de Castilla; conoce, también, los detalles de la conjuración tramada por los chinos en el año 1590,

á fin de apoderarse de Manila y asesinar á los españoles: conjuración que supieron las autoridades por una india que casualmente se enteró del hecho, pero que, sin embargo, llegó á estallar, si bien después fué reprimida y ahogada en sangre de los insurrectos; y todos estos recuerdos y otros varios que podríamos aducir, excitan el carácter vengativo del indio, alejando toda vislumbre de una reconciliación entre ambas razas.

No falta quien abogue por la expulsión de los chinos del territorio filipino; pero haciendo caso omiso de la contribución que el gobierno español les impone en concepto de residencia y bajo la clasificación de capitación personal, existen las razones anteriormente expuestas referentes al impulso que dan con su actividad á la agricultura y al comercio, ramos tan abandonados por la pereza proverbial de los indígenas.



Hoy que la emigración hace abandonar el patrio suelo, lo mismo á los habitantes de las fértiles regiones andaluzas que á los de nuestras provincias del norte, cuyo feraz terreno cubre la nieve con su albo manto durante los tristes días del invierno: hoy que Málaga, la blanca perla del Mediterráneo, á semejanza de sus hermanas salpicadas en las costas del Cantábrico, ve alejarse á sus hijos con dirección á lejanas regiones y entregados á la más denigrante de las especulaciones, la del hombre por el hombre: encáucese esa misma emigración á fin de que emprenda el derrotero de nuestras vastas posesiones en la Oceanía; dense facilidades

para realizar el viaje; provéanse los medios adecuados para la instalación de los emigrantes; y esas tierras, traídas á la vida de la civilización bajo la égida de la bandera española, recibirán también de la madre patria el refuerzo necesario para llevar á cabo el cultivo bienhechor.





CAPÍTULO XXIV

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS.

CUANDO el estandarte de Castilla se reflejó en las ondas del Pacífico, y cuando después, sustentado por el brazo de Magallanes, tremoló al viento en aquellas volcánicas regiones, impregnando sus laureles de los efluvios del *champaca* y del *sampaloc*, quiso devolver el ardiente beso que imprimía en su fondo el astro rey, esparciendo en los nuevos dominios españoles los purísimos destellos del Cristianismo. Ardua por demás era la tarea; obstáculos al parecer insuperables habrían de oponerse á su realización; pero los anales de la historia patria demuestran de un modo elocuente que los más arduos problemas han sido resueltos, y los insuperables obstáculos han desaparecido del todo, cuando España se ha decidido á obrar impulsada por el sentimiento nacional, y cuando

se ha tratado también de difundir la santa religión del Increado.

El ejemplo de Colón, coronando con la cruz latina á la virgen América, fué seguido también por Magallanes. Al arribar el intrépido explorador á las playas filipinas, pudo apreciar el estado de verdadera abyección y de barbarie en que se hallaban sus naturales; y al comprender también con su experiencia la sencilla impresionabilidad del indio, su fe cristiana le impulsó á desarrollar ante su vista el panorama de uno de los más augustos actos de la religión católica, el cruento sacrificio de la Misa. La severa magestad de su celebración conmovió hondamente á los habitantes de la isla; preguntaron la significación de aquella ceremonia, y al conocerla manifestaron los más vehementes deseos de ingresar en el Cristianismo, lo cual efectuaron tan pronto como lo permitió la instrucción que se empezó á dar desde luégo á los neófitos. Esta fué la primera semilla derramada en aquel archipiélago, donde más tarde habría de recojerse tan abundante fruto.

Las expediciones sucesivas que con destino al archipiélago fueron saliendo consecutivamente de la madre patria, no descuidaron la predicación del Evangelio; pero donde más descuella la propaganda religiosa, donde más resalta la verdadera conquista espiritual, es en la quinta expedición.

Acababa de ocupar el trono español Felipe II, esa sombría y severa figura que se destaca en los anales de la historia, y que parece comunicar á sus páginas el frío del mármol con que escribió en la edificación del Escorial la victoria obtenida en San Quintín sobre las armas francesas. Uno de los primeros cuidados del nue-

vo monarca fué imprimir la posible actividad á la conquista y colonización de aquel preciado florón de la corona española; y su penetrante mirada hubo de fijarse desde luégo en un personaje cuya modestia suma no lograba ocultar su inmenso valer. En el mundo se había llamado el capitán D. Andrés de Urdaneta, y como tal formó parte de la segunda expedición que al mando de Loaisa zarpó de la Coruña con rumbo al nuevo archipiélago en Junio de 1524; mas cuando Felipe II hubo de fijarse en él, honraba ya el *Padre Urdaneta* con su talento y virtudes á la Orden de los religiosos Agustinos, en la cual había pronunciado sus votos. Se celebró, pues, una serie de conferencias entre el rey que acababa de subir las gradas del trono, y el religioso que regresaba de Méjico; y la sagacidad del primero apreció bien pronto el relevante mérito y profundo estudio de las nuevas regiones que el segundo poseía. Las conferencias dieron por resultado organizarse la quinta expedición al mando del inmortal Legazpi en la parte de civilización y de conquista, mientras que la dirección espiritual se encomendó á la Orden de los Agustinos en la representación del Padre Urdaneta.

Triste por demás, como dejamos consignado, era la situación de los indios en aquella fase de su vida. Su ignorancia y su absoluto desconocimiento de toda idea civilizadora, les hacía arrastrar una existencia propia no más que del hombre en su estado primitivo; empero cuando los misioneros empezaron á sembrar el germen salvador; cuando arrostrando todo género de peligros y de privaciones buscaron á los naturales en sus sombríos bosques, cuya misma vegetación cons-

tituía nuevas privaciones y nuevos peligros; cuando lograron hacerse entender de los catecúmenos y les explicaron las sublimes doctrinas del Evangelio logrando herir los sentimientos religiosos que caracterizan al filipino, la religión cristiana se difundió prontamente, del mismo modo que los rayos solares se esparcen en brillantes haces sobre la superficie de la tierra tan pronto como aparece su disco de fuego en la transparente gasa de los cielos.

Y no fueron tan sólo los beneficios de la religión los que llevaron los misioneros á los habitantes de las nuevas islas, sino que sumaron á ellos los que reporta la civilización á los países que la implantan en su suelo. El indio filipino vivía en sus fértiles praderas, en sus undosos lagos, y agitándose en constante juego con las olas del mar que mueren en sus playas; y los misioneros, al hacerles vislumbrar los primeros reflejos del progreso social, les hicieron comprender la necesidad de precaverse contra la intemperie, iniciándoles en el arte de la construcción de casas y edificios cuyas agrupaciones habrían de constituir poblaciones de mayor ó menor importancia. Dado este primer paso, y contando con el inaudito espíritu de imitación que el indio posee, el camino restante podía recorrerse en breve tiempo; y así sucedió. Construídas las primeras casas, agrupadas las primeras poblaciones caracterizadas por el estilo rústico peculiar de la infancia del arte, prosiguieron los misioneros con intenso celo en tan ardua tarea; y al efecto, les enseñaron la fabricación del ladrillo, de la baldosa y de la cal; materias todas que tan importantes cometidos desempeñan en la edificación; y cuando el indio pudo ya vivir en las condiciones propias

del hombre civilizado, variaron de rumbo las miras de los apóstoles de la fe. Apreciaron la fertilidad de aquel suelo, la inagotable abundancia de sus aguas; y entonces enseñaron al indígena la forma de cultivar aquella tierra, virgen aún del arado y del abono, y le indicaron también la manera de utilizar aquellas aguas á fin de invertirlas en el riego. La plantación de árboles frutales y de construcción no fué tampoco descuidada; y mientras que la abundancia de sabrosas frutas daban lo necesario para el consumo y para acometer las nacientes transacciones comerciales entre unos y otros pueblos, las maderas adquirían tan notable desarrollo y variedad, que han llegado á constituir actualmente uno de los primeros veneros de la riqueza filipina.

Ese nuevo elemento de vida desarrollado en aquellas vastas regiones, hizo comprender á los misioneros la ventaja que podría reportar en un país esencialmente marítimo; y al efecto, sembraron la primera semilla para la construcción naval, que ha dado y sigue dando brillantes resultados.

La escultura no fué tampoco descuidada por aquellos sabios preceptores del indígena; y la facilidad que para la imitación poseía el discípulo, exaltada por el fervor religioso, se ha traducido bien pronto en altares, retablos é imágenes, que contribuyen con su relevante mérito artístico á la suntuosidad de sus iglesias y al esplendor del culto.

De este modo, siguiendo los misioneros en su elevada tarea, coadyuvando á la misma los valiosos esfuerzos de otras comunidades que, impulsadas por el sentimiento de la más noble de las emulaciones, acudieron á secundar los esfuerzos de los agustinos, fueron

desarrollándose lenta y gradualmente la industria, la agricultura y el comercio en la tierra descubierta y conquistada; ante la cual se abrían nuevos y dilatados horizontes, iluminados por el *Cristianismo y la Civilización.*

No falta quien censure la especie de fanatismo que impera en el indio respecto á las órdenes religiosas; pero si se sigue paso á paso la conducta de las mismas, desde el principio del descubrimiento de aquel archipiélago, fácil será de apreciar que al profesarlas aquél un cariño filial y respetuoso, no hace más que darles la justa y lógica recompensa merecida por sus paternales desvelos.

Respecto á la época actual nada diremos de las citadas órdenes. La persona que haya estado en el archipiélago filipino y se haya visto precisada á visitar provincias y aldeas, donde no se encuentra el más leve detalle de cuanto pueda contribuir á prestar atractivo á la existencia, habrá podido apreciar sobradamente lo que es la residencia conventual, en la que se encuentra siempre espontánea y pródiga hospitalidad. Durante su permanencia en el convento habrá apreciado también que las Ordenes monásticas de Filipinas no revisten el carácter de tenaz intransigencia de que las suele adornar la imaginación del pueblo; y por último, si al descender en su examen llegase á encontrar algún defecto de los que la humanidad adolece con frecuencia, proceda al planteamiento del oportuno parangón; examine los brillantes y honrosos antecedentes que sirven de luminosa estela dejada en aquel país por los primeros pasos dados en él por un individuo cualquiera de las órdenes religiosas; siga después sus huellas posteriores; contémplele convertido en un maestro de escuela, te-

niendo por discípulos á los habitantes todos de una miserable aldea; siga su ruta en una epidemia asoladora, cuando penetrando en infecto *bahay*, lleva recursos médicos, metálicos y espirituales á los que sufren víctimas del terrible azote; y al pesar las faltas, en contraposición de los beneficios recibidos, el fiel de la balanza se inclinará con creces á favor de las órdenes religiosas establecidas hace más de dos siglos y medio en aquellas regiones, bajo el amparo de la bandera nacional. Si ese sagrado emblema, si ese estandarte orlado de laureles victoriosos continúa ondeando en el archipiélago, débese en gran parte, si no es en el todo, al acendrado patriotismo de esas mismas órdenes monásticas, que apenas han vislumbrado el más leve síntoma de filibusterismo, lo han sabido reprimir con su influencia á la mágica voz de «*¡Viva España!*»





CAPÍTULO XXV

MANILA Y SU BAHÍA.—CALLES.—EDIFICIOS.—CENTROS DE INSTRUCCIÓN.—REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS.

L*A perla de la Oceanía*, la ciudad que, enclavada en la isla de Luzón, se ve bañada por las ondas del Pacífico y por las cristalinas aguas del río Pasig, revela ya en su nombre la fecundidad de su suelo, pues el nombre de Manila se compone de las voces tagalas *may-nila*, que significan *hay nila*, ó sea un arbusto que se cría en los manglares y en sus pintorescas playas. El mar, penetrando entre Bataan y Cavite, le rinde cariñoso tributo depositando á sus piés la blanca espuma de su oleaje; y al precipitarse en torno suyo, forma una extensa bahía, de unas veintiocho leguas de bojeo.

En Manila se han implantado ya valiosos elementos de las conquistas modernas. El telégrafo eléctrico la une con la Europa; el semáforo enlaza su bahía con

Punta Restinga, Corregidor, Punta Santiago y Cabo Bolinao, que se destaca en el mar de la China; y los rails del tranvía constituyen el lazo de unión entre la Capital y sus más apartados arrabales. Es plaza fuerte, y cuenta en su recinto con elementos sobrados para oponer una viva resistencia. Posee pozos y cisternas, y su extensión de 3,500 metros de circunferencia por 1,000 de longitud y 600 en su mayor anchura, se halla circunvalada por una fuerte muralla con fosos y contrafosos, ostentando puentes levadizos en algunas de sus puertas.

La población murada contiene escaso vecindario, pues el nucleo principal de él prefiere residir en los alrededores de la Capital embellecidos cada vez más en relación con el tiempo que transcurre; pero no por eso deja de tener anchas y espaciosas calles, donde se encuentran bonitas casas con las comodidades que pueden apetecerse en aquel ardoroso clima.

Los frecuentes temblores de tierra y los terribles terremotos que caracterizan al archipiélago, han alejado de la edificación el material de piedra, por lo cual se emplea en inmensa mayoría la madera y las cubiertas de zinc como techumbre exterior. Tampoco se colocan cristales en las puertas de los balcones y ventanas, siendo sustituídos por unos cuadritos pequeños de conchas que se adaptan al maderamen por medio de ranuras practicadas al efecto. Y todas estas precauciones son por demás fundadas; bien los comprueban los angustiosos anales que el país registra refiriéndose á pasadas hecatombes, algunas de ellas de fecha bien reciente. Mas si el peninsular recien llegado á Manila cree exajerada esa serie de precauciones, diríjase á la

plaza de Palacio, y en ella podrá contemplar las ruínas de los suntuosos edificios que existían allí destinados al Gobierno general y al Ayuntamiento. También se levantaba la suntuosa Catedral, donde el fervor y el arte, uniendo sus esfuerzos, habían conseguido erigir un templo digno bajo todos conceptos de la capital del archipiélago; y Catedral, Gobierno general y Ayuntamiento quedaron reducidos en instantes breves á informe montón de piedras, merced á esas terribles convulsiones de la tierra.

Posee también Manila en su parte murada esbeltos y airosos edificios, entre los cuales se cuenta la nueva Catedral, reedificada en el mismo sitio donde se hallaba la anterior. Y ya que de iglesias tratamos, no dejaremos de citar el *Convento de Santo Domingo*, situado en la calle del Beaterio y ocupando una manzana que extiende su demarcación á la plaza de la Aduana y calles de la Solana y la Muralla. La iglesia del mismo nombre se halla adosada al convento; pertenece al estilo gótico, sirviéndole de pórtico un bonito jardín donde destaca la frondosidad del *ilang ilang*. Una de las torres que coronan este edificio fué abatida por el violento ciclón que se desarrolló en Manila en el mes de Septiembre de 1882.

Son también dignos de especial mención los conventos de San Agustín, en las calles Real Palacio, San Agustín y Santa Lucía; de Recoletos, en la calle del mismo nombre; y de San Francisco, en las de San Francisco de la Solana y del Baluarte. Todos tienen sus respectivas iglesias abiertas al culto; y en las grandes solemnidades religiosas se despliega una ostentación verdaderamente deslumbradora.

Otros edificios hay que merecen igualmente fijar la atención del viajero; mas como quiera que algunos de ellos pertenecen á centros de instrucción, trataremos de esta parte del epígrafe del presente capítulo en párrafo separado.

*
* *

La natural y apática indolencia del indio desaparece tan pronto como se trata de la instrucción primaria. Toda su inteligencia, su afán entero, lo dedica á la lectura, llegando su entusiasmo y afición hasta el extremo de que en los pueblos y aldeas donde no hay profesor, desempeñan este cometido aquellos que han aprendido á leer ya, habiendo sido enseñados á su vez por el maestro nato de todos, por el religioso de la localidad. Esta manifiesta inclinación la utilizan las Ordenes religiosas, distribuyendo con frecuencia varios libros devotos entre sus feligreses, redactados en el dialecto característico de la provincia en que se efectúa la distribución; y el indio poseedor de uno de esos ejemplares lo lee sin cesar y aún lo llega á *emprestar* con algunos de sus paisanos, cual señalado favor que dispensara.

Igual predilección, igual tendencia demuestra respecto á la escritura; y no es extraño ver al indio al declinar la tarde, puesto en cuclillas, su postura favorita, escribiendo con una rama cojida al azar, sobre la arena de la playa; tarea que únicamente abandona cuando el mar, avanzando en sus periódicas evoluciones, invade con sus espumosas olas la extensa plana que ha elegido para practicar sus ensayos caligráficos.

Tan decidida vocación ha sido convenientemente

aprovechada en el archipiélago, y muy especialmente en Manila, en cuyo radio, así intramuros como extramuros, existen escuelas municipales de instrucción primaria para niños con la debida separación de sexos; y cuando esa instrucción primitiva ha conseguido hendir sus raíces en la que antes era imaginación inculta; cuando el compás de espera se ha podido igualmente aprovechar en la bien montada escuela de dibujo que posee Manila, el indio y el mestizo utilizan respectivamente los medios de crearse un porvenir, con arreglo á su aptitud y recursos de fortuna de que se hallen en posesión.

En la calle del Arzobispo y ocupando los solares de tres casas, se encuentra el Ateneo Municipal, bajo la dirección de los Jesuítas. Numerosos alumnos, tanto internos como externos, reciben en el Ateneo una esmerada instrucción, encontrando en su local cómodos dormitorios, salas de estudio perfectamente distribuídas, precioso gabinete donde la física y la historia natural exhiben sus más preciadas galas: y finalmente, en su esbelta y airosa torre, que constituye el mirador del edificio, puede contemplar el valioso aparato que para sus observaciones astronómicas utiliza el Padre Sechi; observaciones que hechas públicas con asombrosa anticipación han salvado numerosas víctimas del furor de los ciclones.

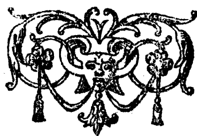
Llega el momento decisivo en que el hombre ha de elegir forzosamente una carrera que ha de afianzar su porvenir: y entonces es cuando más ancho campo se extiende ante su vista. Si decidida vocación le impulsa al seno de la Iglesia, el Seminario Conciliar situado en la calle de Palacio le franqueará sus umbrales, iniciándole después en los misterios de la teología. Si por el

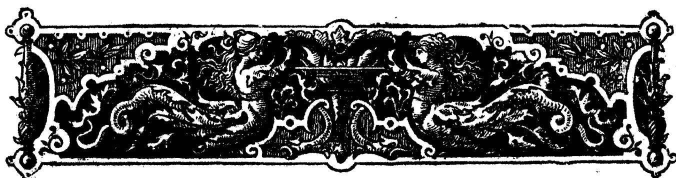
contrario el choque de las armas le seduce, y le encanta también el vistoso uniforme del ejército, el Colegio militar le dará á conocer los sabios preceptos de la ordenanza.

Arrullado por el murmurio de las olas, acostumbrado á contemplar, desde que abrió los ojos á la luz del día, el dilatado horizonte de los mares, es muy posible que se haya llegado á familiarizar con tan sorprendente panorama y anhele vivir constantemente en aquel temido elemento: también podrá entonces satisfacer su aspiración, pues la Escuela de náutica, instalada en la calle de San Juan de Letrán, le enseñará en lo que la humanidad puede aprender, á desafiar las iras del oleaje. Y así sucesivamente, verá que le brindan con la enseñanza las escuelas de farmacia y de medicina, la de telégrafos, la Normal de maestros y la Universidad de Santo Tomás, sita en la calle del mismo nombre, que entre otras cosas notables, cuenta con un gabinete de física, digno de ser visitado por más de un concepto.

El brillante remate de tan variada exposición de Instrucción Pública lo constituye la *Real Sociedad Económica de Amigos del País de Filipinas*, cuyo espacioso local se halla situado en la calle de Palacio. Los ramos de instrucción, agricultura, industria y comercio: en resumen, cuanto puede contribuir directa ó indirectamente á labrar la felicidad de un pueblo, ha sido el objetivo constante de esta benemérita Sociedad, fundada en virtud de Real orden de 27 de Agosto de 1780. Inútil sería intentar la enumeración de los dilatados servicios que ha prestado en su ya cumplido y glorioso centenario: son tales y de tal magnitud, que su relación no podría contenerse en los modestos límites

de estas *Impresiones*. Me limitaré, pues, á consignar su merecido elogio en estas breves líneas, y á enviar á la Sociedad en pleno el cariñoso saludo del que quisieron honrar, asociándolo á tan arduas tareas durante su permanencia en las hermosas playas filipinas. Ausente entonces de la madre patria, pude apreciar el mérito de la profunda y elevada misión que la Sociedad se impuso, y la verdadera abnegación con que la desempeña: abono en gratitud la instrucción que adquirí presenciando sus debates; y esa gratitud y ese saludo, que parten de las márgenes del Guadalquivir impregnados del azahar de sus jardines, hallarán cariñosa acojida cuando salvando el espacio y bañados por la blanca espuma de las olas del Pacífico, lleguen á posarse en las playas manileñas.





CAPÍTULO XXVI

ALREDEDORES DE MANILA

A las cinco de la tarde, cuando la intensidad de los rayos solares ha sido sustituída por agradable brisa, el habitante de la capital abandona su recinto para buscar grato descanso en higiénico paseo, cuyos objetivos son sus pintorescos arrabales. El coche constituye en Filipinas un artículo de primera necesidad, y el que no lo tiene de propiedad particular, hace uso de los de alquiler. Grandes facilidades se encuentran para su adquisición; y desde la calesa enganchada, característica del elemento joven, hasta el espacioso *vis-á-vis*, se encuentran siempre de venta en las principales *carrocerías* de Manila y sus extramuros, donde los vagos (1) pueden tener la seguridad de hallar el vehículo que necesiten en relativas con-

(1) En Filipinas se da el nombre de vagos á los recien llegados al archipiélago.

diciones de baratura, y con ventajosas bases para el pago si no quieren hacerlo al contado.

Esa facilidad para adquirir carruaje, unida á la distancia que media de la población á los paseos adoptados por la moda, hace que á la caída de la tarde salgan numerosos coches, todos al descubierto, tomando distintas direcciones. Unos se dirijen directamente al río, saliendo por las puertas de Almacenes, Aduana, Santo Domingo ó Magallanes; mientras que otros desean ir por la parte de tierra, en cuyo caso salvan la parte murada franqueando los umbrales de las Puertas Real, Santa Lucía, Postigo y Parián. Sin embargo, la moda, según dejamos dicho, ha impuesto el orden del paseo; y tanto los vecinos del recinto como los que habitan en los arrabales, se dirijen en primer término á la glorieta de Sampaloc, donde los carruajes se escalonan alrededor de la fuente: retroceden después por su anchurosa calzada hasta llegar al Malecón, en cuyo punto se estacionan durante corto rato: y por último, recorren la distancia que media hasta llegar á la Luneta, precioso paseo situado á orillas del mar, y en el cual dejan oir sus acordes las bandas militares hasta las ocho de la noche en días alternados.

Tomando este itinerario como punto de partida, se abandona la población saliendo por la puerta de Parián, y al salvar el río, se pasa el puente de España, magnífica obra de piedra, que si bien fué destruída por el terremoto de 1863, se principió á reedificar en 1870, inaugurándose el primer día del año 1875. Al terminar el paso del puente se halla la isleta de Binondo, formada por los abundantes esteros del Pasig, y en la cual se encuentran instaladas varias dependencias del

Estado. Sus calles, que se distinguen por su extremada anchura, forman el nucleo del comercio, así nacional como extranjero, figurando en primer término la de la Escolta, tanto por los excelentes establecimientos que cuenta, como por la triste celebridad que le ha dado la repetición de los incendios que ha sufrido. Acompañan á esta calle en importancia comercial las del Rosario, Anloague y plaza del Vivac.

El arrabal ó islote de Binondo comprende en su circunscripción los ocho puentes siguientes: el de España, el que lleva el nombre de la isla, el de San Lázaro, de Meisic, de Visita, de Joló, del Trozo, y finalmente, el que une la isla de Zacateros con el Trozo ó arrabal de San José. Los anchos y caudalosos esteros ó desprendimientos del río que se salvan por medio de estos puentes, tienen varios sitios habilitados para desembarque, instalados en las calles principales de su demarcación, en los cuales se encuentran constantemente varias *bancas*, nombre que en el país se aplica á la embarcación peculiar del mismo caracterizada por su forma estrecha y larga. En el espigón del muelle que sale á la bahía se encuentra el faro, cuya luz deja ver sus rojizos reflejos á la distancia de 8 ó 9 millas; y en la orilla del río hay establecidos varios pantalanes ó muelles, donde atracan los remolcadores que hacen excursiones á la bahía y los vapores correos de las provincias.

El arrabal del Trozo ó de S. José lo constituye una isleta formada por los esteros á la inmediación de Binondo. Su caserío por regla general es de nipa, y se halla dividido en cuatro barrios.

Cuando se ha terminado la calle de la Escolta hay

que franquear otro puente, que es el de la Visita; y al final de él se encuentra *Santa Cruz*, que por su riqueza sigue á Binondo en importancia, poseyendo buenos edificios. En la plaza principal de esta barriada se encuentra la iglesia erigida en sustitución de la que fué destruída por el terremoto experimentado el año 1869; en el punto donde las accidentaciones del terreno han llegado á constituír unas pequeñas alturas, se halla instalado el cementerio de los chinos, que no pertenecen á la religión cristiana, y en la demarcación llamada de Bilibid se encuentra la cárcel pública. Enclavadas en la circunscripción de Santa Cruz se pueden ver las islas de Sibacón y del Romero, caracterizadas la primera por su espacioso caserío de nipa; la segunda por la comodidad y magnitud de sus edificaciones.

Cuando los carruajes llegan á la terminación del arrabal de Santa Cruz, penetran en la demarcación del de Quiapo, el cual ostenta un hermoso puente colgante tendido sobre el Pasig, estableciendo la comunicación del barrio con el sitio llamado de Arroceros. La edificación es notable por más de un concepto, y sus rectas calles llaman desde luégo la atención del viajero, sobresaliendo entre ellas la de S. Sebastián, cuyas casas en su inmensa mayoría ostentan anchos soportales sostenidos por elevadas columnas. Decoran igualmente esta calle algunos frondosos jardines cuyo follaje suele revestir el exterior de las paredes que los aprisionan. A la terminación de esta calle se encuentra la plaza del mismo nombre, y en ella sobresale el Santuario regentado por la Orden de Agustinos Recoletos, cuya morada conventual se halla adosada á la iglesia.

Un nuevo puente de madera se presenta en la ex-

cursión; es el llamado de la Quinta, cuyo nombre toma del mercado que se halla á sus inmediaciones y constituye la valla de separación entre Quiapo y el barrio de S. Miguel.

Situado este último en la orilla del Pasig, disfrutándose de un clima saludable y poseyendo además un terreno llano circunvalado de numerosos esteros que multiplican su fertilidad, constituye una numerosa agrupación de españoles y extranjeros que se han hecho construír preciosas casas de recreo circundadas de jardines. Entre los edificios que cuenta este arrabal figura en primer término el Real Palácio de Malacañang, residencia de la Autoridad Superior del Archipiélago, posesión que se levanta en una de las principales calzadas y construída en la orilla del Pasig.

También cuenta S. Miguel una isla en su demarcación; la de S. Andrés, en la cual se encuentra la casa de dementes, edificio que merece ser visitado por los viajeros.

Llega después el turno al barrio de Sampaloc, cuyas calles principales se recorren para llegar á la glorieta. Su clima es benigno, su iglesia anchurosa y de excelente construcción; el convento es bastante espacioso, y la mayoría de sus casas son de nipa, prestando mayor belleza á los encantos que desde luégo ofrece tan pintoresco arrabal. El Santuario de S. Francisco del Monte se encuentra en este arrabal, en el cual termina la primera parte del paseo diario que acostumbra á dar la sociedad de Manila.

Un arrabal no más nos queda por describir; el de Tondo. De terreno arenoso y llano, atravesando su centro las aguas del río, con anchas calles y hermosa

iglesia, tiene Tondo en su demarcación un modesto teatro donde se representan comedias tagalas. Corresponde á su jurisdicción la isla de Meisic.

Para regresar de Sampaloc y dirigirse al Malecón se cruza con frecuencia por la parte murada, y unas veces pasa por el sitio llamado Arroceros, en las inmediaciones del recinto de la plaza, donde se hallaba el Teatro de Variedades, que destruyó un terrible ciclón en Septiembre de 1882; y otras, se atraviesa el paseo de Magallanes, donde se admira la estatua erigida al eminente explorador por medio de una suscripción abierta entre el comercio y vecindario de Manila.

*
* *

Breve por demás será la cita que hagamos de los pueblos de la provincia. Malate y la Ermita, ambos con sus caseríos de nipa y por los cuales pasa la carretera de Cavite, teniendo el primero dos magníficos cuarteles: Pineda, con el puente del Polvorista y convirtiendo su extensión en una serie no interrumpida de verjeles: Parañaque, isla circundada de numerosos esteros, que posee la Hacienda de Maricabán, propiedad de los Padres Agustinos: las Piñas, en cuyas pintorescas playas abunda con profusión marcada la piedra *buga*, de la cual se extrae cal de las mejores condiciones: San Fernando de Dilao, que tiene en su recinto el cementerio llamado *Paco*, donde duermen en eterno sueño los españoles que, residiendo en Manila, han encontrado allí la muerte: Santa Ana, verdadero *bouquet* de fincas de recreo, con su benigno clima y con su feraz campiña: Pateros, cuyo nombre responde á la industria que le

caracteriza, ó sea la cría de patos: San Pedro Macatí, de terreno montuoso aunque de agradable perspectiva, y uno de cuyos cerros ostenta en sus faldas el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, al que los chinos cristianos van anualmente en romería: Pandacán, con sus calles sujetas á una metódica alineación, con su fábrica movida á vapor para acolchar abacá, y el hipódromo para las carreras de caballos, que suelen estar muy concurridas: Mariquina, rodeado de montañas, con el manantial de agua ferruginosa llamado del *Chorrillo*: y finalmente, San Mateo, con su célebre cueva perforando el monte Panitán, ostentando en su techo admirables adornos que le ha prodigado la naturaleza, unas veces bajo la forma de filtraciones, otras imitando atrevidas arcadas: tales son, en conjunto, los pueblos principales que rodean á Manila, constituyendo su principal atractivo.

Cuando en noche apacible y á los pálidos reflejos de la luna, se recorren los alrededores de la capital, aspirando con avidez aquella atmósfera tibia y perfumada, y contemplando la exuberante vejetación de aquel país, cuyo fértil terreno se halla cruzado una y mil veces por las apacibles aguas de los esteros, la imaginación se traslada á las fértiles campiñas de la Italia, cuyos espléndidos panoramas cree contemplar, ó bien se desliza hacia la histórica Venecia, figurándose admirar la fiel reproducción del Canal de Rialto en la undosa corriente del Pasig, cortada por alguna que otra embarcación, que se desliza silenciosa á impulso de la brisa y del acompasado movimiento de los remos.





CAPÍTULO XXVII

CAVITE

DESCRITO ya á grandes rasgos el archipiélago filipino; dadas también ligeras pinceladas referentes á su situación geográfica, clima, montañas y volcanes; expuesto el carácter y costumbres de los indios, y hecho igualmente un leve bosquejo de la capital, justo es dedicar algunas páginas á Cavite, la joya gaditana del mar de la China, la *tacita de plata* de Filipinas, según la llaman los españoles, adoptando idéntico nombre del que la poesía popular ha revestido á Cádiz en la Península.

Y la comparación es exacta por demás. Si el Guadalquivir, después de besar con cariñoso anhelo la tierra sevillana, sigue su apacible curso para unir su raudal al de las ondas del mar que circundan á Cádiz, el Pasig estampa un beso igual en las llanuras manileñas,

uniendo también su corriente á las salobres olas que espiran en las playas de Cavite. Si Cádiz se recuesta indolentemente sobre la provincia de Sevilla, aspirando con singular deleite el aroma del nardo y del azahar que embalsaman sus vergeles, Cavite, apoyado también con indolencia parecida sobre la provincia de Batangas, se embriaga con el suave aroma del *caviqui* y de la rosa de China. Cádiz, en su aproximación al mar, contempla con placer el quebradizo terreno de Huelva y la pródiga abundancia de sus minerales, de los cuales parece ser austero guardador el elevado monte de San Cristóbal; mas Cavite á su vez, al inclinarse al mar, ve en sus transparentes cristales el terreno igualmente quebradizo de la Laguna, de la cual parece desprenderse, cual si quisiera huir del volcán que existe en el monte Banajao. Si el Mediterráneo hizo brotar de su seno la transparente perla simbolizada en Málaga para ofrecer su vecindad á Cádiz, la Oceanía, en el postrer esfuerzo de las convulsiones que le imprimió la mano de la naturaleza, hizo brotar del mar otra perla también, representada en Manila, á fin de hacer igual ofrecimiento al puerto de Cavite. Cádiz tiene su tradicional velada de Nuestra Señora de los Angeles; Cavite exhibe las alegres fiestas que dedica anualmente á su patrono, vistiendo sus mejores galas para recibir á sus numerosos huéspedes; y, por último, si Cádiz ha sido siempre firmísimo baluarte de las libertades patrias, Cavite supo reprimir instantáneamente la insurrección militar que estalló en su recinto el año 1872, promovida contra la integridad de aquella porción de tierra española, por unos cuantos mal aconsejados indígenas.

*
* *

Cavite es plaza fuerte y tiene un excelente arsenal, donde se utilizan para las construcciones navales las preciadas maderas que proporcionan los corpulentos árboles de sus montañas, figurando en primer término, entre estas últimas, la que lleva por nombre Pico de Loro, cuyas crestas se divisan desde el mar á respetable distancia. El terreno llamado Tierra Alta está surcado por un extenso río que fecundiza sus llanuras, donde se cultivan y brotan con extraordinario vigor trigo, cacao, pimienta y café; siendo la clase de esta última producción, superior á la que se cosecha en los puntos restantes del archipiélago; y en las margenes del río se ostentan variadas y elegantes casas de recreo.

Las edificaciones de la capital son de piedra, y la población en general es de agradable perspectiva, hallándose adornada con un precioso paseo. Sumamente embellecida con obras de verdadero ornato, llevadas á cabo durante el tiempo que el mando de la provincia estuvo encomendado al Brigadier Salcedo, Cavite es una verdadera *tacita de plata* de la Oceanía, que brinda al forastero con el néctar del más puro de los placeres: la administración que produce la prodigalidad de la naturaleza, hábilmente encauzada y dirijida por las leyes del Progreso.





CAPÍTULO XXVIII

ISLA DE PANAY.—ILOILO.—ISLA DE MINDANAO.—ZAMBOANGA.—TORRE FARO DE JOLÓ.

CUANDO el peninsular ha pisado apenas las playas de Manila, un nombre resuena en sus oídos vibrando siniestramente: Joló. Su clima pernicioso, productor de terribles calenturas: el aburrimiento y monotonía de la existencia que se arrastra en el interior de tan pequeña plaza: la completa enervación de las fuerzas físicas que se experimenta en aquella latitud, y el continuo riesgo que corren sus moradores por el fanatismo de la raza mora, que jamás presenta batalla noble y leal en campo abierto, sino que hiere en la obscuridad, utilizando la traición y la alevosía, constituyen los rasgos distintivos de esa vibración, que al repercutir en el alma deja honda huella de vago temor, á la par que de irresistible deseo de pisar tan inhospitalarias playas.

Ese deseo, surgido también en el ánimo del autor de estas *Impresiones*, se encargó el azar de satisfacerlo por medio de su destino á la guarnición de Joló, para cuyo punto hubo de embarcarse en tiempo hábil á bordo del vapor «Churruca», que surca aquellos mares haciendo la indicada travesía. Zarpó el buque de la bahía de Manila, se deslizó por las aguas que rodean á Corregidor, y rectificando el rumbo con su potente faro, enfiló la proa hacia la isla de Panay, cuyo nombre evoca nuevamente el recuerdo de Legazpi. Él fué su descubridor: de ella salió para descubrir también la isla de Luzón, dejando antes en la de Panay á los padres agustinos encargados de difundir la luz del Evangelio; y más tarde, cuando su preclaro valor y activa energía le hicieron abrigar el propósito de la conquista de Luzón, pisó nuevamente la tierra de Panay, que abandonaba con su reducida escuadra el 15 de Abril de 1570 para realizar su patriótica empresa.

*
* *

El primer punto donde hicimos escala fué en Iloilo, capital ó cabecera de una de las tres provincias que comprende la isla de Panay, y hermoso puerto que está caracterizado como el segundo del archipiélago por su importancia comercial. Su extensa ría, formada por un brazo de mar que se interna de nuevo en el Oceano después de regar parte de la provincia: sus dilatadas llanuras fertilizadas por las corrientes de varios ríos y exhibiendo verdaderos prodigios de vegetación: sus minas de oro, sus canteras de piedra, y el desarrollo de su industria representada por los finísimos tejidos

de piña, jussi y sinamay, dejan grato recuerdo en el ánimo del viajero, que cual ave de paso ha de abandonar Iloilo á las pocas horas de haber entrado en la población, á fin de volver á bordo.

Emprendimos de nuevo el derrotero. El mar tranquilo; el viento auxiliaba nuestra marcha por medio del velamen, y el «Churruca» se deslizaba con acompasados movimientos sobre las ondas, grabando con su quilla una rizada estela.

Transcurrió el tiempo necesario para salvar las 320 millas que separan á Iloilo de Zamboanga, segundo punto de escala marcado en nuestro itinerario; y á los primeros albores del día pudimos distinguir desde cubierta la isla de Mindanao, que ostenta el venerando recuerdo de la toma de posesión realizada por Fernando Magallanes, primer explorador del archipiélago. Al divisar sus costas, causa honda pena considerar que tan sólo impera España en una dozava parte de su extenso territorio; y que las once partes restantes se hallan sujetas al yugo de dos razas, opuestas á toda idea de civilización: la infiel indígena, y la mahometana. Misamis, uno de los distritos en que se divide la isla, encierra en su seno fragosos montes, que se supone contienen una inmensa riqueza en maderas de verdadero valor; pero la ferocidad de sus pobladores y los escasos elementos de fuerza armada para acometer tan peligrosas exploraciones, impone la necesidad de prescindir hoy por hoy de tan ardua empresa.

Zamboanga, plaza fuerte y convenientemente artillada, es la capital de Mindanao, y en ella tiene su residencia el Comandante General de la isla. El terreno de su demarcación sufre múltiples accidentaciones á causa de

una rama desprendida de la Cordillera de Handaya, cuya misión parece ser la de determinar su longitud; y la parte central del distrito se halla ocupada por espesos y sombríos bosques.

Los zaraboangueños son afables, de una instrucción relativa, y se distinguen por su acrisolado amor á la madre patria, amor que han sellado con su generosa sangre en dos épocas distintas: para reprimir la insurrección que estalló en su presidio el año 1873, y para la conquista de Joló. A tan brillantes hechos de armas concurrió una legión de voluntarios al mando de un misionero, cuyo nombre siento no recordar; y por el primero de los sucesos enunciados, obtuvo la población el honroso y merecido dictado de *Leal y Valiente Villa*.

Esta población, adornada de cuantos encantos pueden surgir de la naturaleza: cuyo suelo feraz es por sus variadas producciones el verdadero resumen de la fecundidad del archipiélago filipino: esta población, repetimos, fué terriblemente castigada por el azote de la epidemia colérica que se desarrolló de un modo mortífero el año 1882.

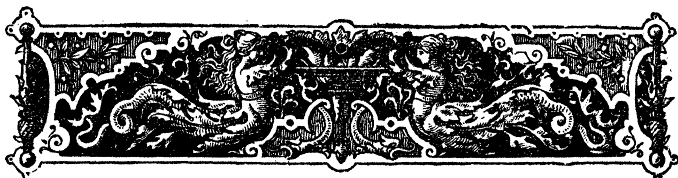
En los momentos de entrar este pliego en prensa, el cólera principia á asolar de nuevo la capital de la isla de Mindanao, que en aquel archipiélago ha obtenido el renombre de la segunda Andalucía.

*
* *

Aquella misma tarde abandonamos las aguas de Zamboanga; y al aparecer en el horizonte los primeros reflejos del sol, distinguimos la torre faro de Joló, de airosa y esbelta forma. El oleaje producía verdaderas

cascadas de espuma al chocar contra su base; las almenas que le sirven de remate se hallaban adornadas con la bandera española, que tremolaba á impulsos del viento, cual si nos quisiera dar la bienvenida; y agrupados en torno suyo, varios oficiales de la guarnición parecían velar por la sacrosanta enseña en aquel apartado rincón del Universo.





CAPÍTULO XXIX

ARCHIPIÉLAGO DE JOLÓ.—OJEADA HISTÓRICA.

EL archipiélago de Joló, constituído por la agrupación de unas ciento cincuenta islas, se halla poblado por doscientas mil almas: siendo su extensión de tres mil doscientas leguas aproximadamente. Desde el año 1851 forma parte integrante del territorio filipino, en virtud de las bases estipuladas entre el Gobierno español y el Sultán: pero esas bases, así como la capitulación que las motivaron, entraña un laurel más en las victorias obtenidas por nuestro bizarro ejército y nuestra valiente armada: una página de gloria más, también, en los anales de la historia patria. Para llegar á esa página, para lograr reverdecer ese laurel, es preciso retroceder al año 1766, deteniéndonos breves instantes en el período histórico que ha de servir de punto de partida para la ligera narración de los hechos ocurridos.

Dos años habían transcurrido desde la fecha en que los ingleses evacuaron á Manila, entregando la plaza al héroe de aquellas jornadas, á D. Simón de Anda: y cuando se logró extinguir completamente la insurrección estallada con motivo de la sed de atribuciones y de mando, no pudo menos de apreciarse la necesidad apremiante que existía de reprimir con mano fuerte los vandálicos desmanes y los actos de audaz piratería realizados por la raza mahometana, á quien incitaba en su prosecución la impunidad de que creía disfrutar. Una vez más agotó el gobierno español los medios conciliadores, en los cuales persistió con una constancia digna en verdad de mejor causa: y entre tanto, en el transcurso de los años, alentados con proceder semejante, que no atribuyeron nunca á exceso de bondad, sino á falta de fuerzas materiales, siguieron los mahometanos el desarrollo de sus funestos planes, demostrando un cinismo y un descaro que rayaba en lo increible. Ya daban desastrosa muerte al teniente Don Pantaleón Arcillas, que confiado en el seguro que le remitió el Sultán, penetró en la jurisdicción de los infieles, (1796): ya convertían islas como la de Burias en amplio y extenso depósito de los tesoros que arrebataban en sus excursiones por los mares, cuyas olas surcaban en sus ligeros pancos y marineras vintas (1797): ya se apoderaban de las embarcaciones españolas de una manera alevosa, vendiendo su tripulación y mercancías en el mercado público, como lo llevaron á cabo el yerno y sobrinos del Sultán de Joló con la goleta S. José (1798): ya, por último, destruían nuestras costas y asaltaban nuestros pueblos, dejando siempre, cual el caballo de Atila, la funesta huella de su paso.

Empero llegó el año 1848, y el general español D. Narciso Clavería, que desempeñaba el gobierno general del archipiélago, apreció al primer golpe de vista que para cortar tantos desmanes, era preciso imponer un pronto y severo castigo. Organizó al efecto una expedición militar, cuyo mando reservó para sí; y el día 5 de Febrero salió al frente de las fuerzas de mar y tierra, compuestas de dos vapores de guerra, dos goletas, cinco falúas y nueve lanchas cañoneras, que además de su dotación llevaban á bordo 700 hombres de desembarco y dos piezas de artillería de sitio. Llegó la expedición á la isla de Balanguingui, guarida de los piratas: rompióse el fuego, y lanzadas nuestras bizarras tropas al asalto, pronto ondeó la bandera española sobre dos fortalezas artilladas, nucleo de la defensa mahometana. Tan brillante hecho de armas hizo que la expedición se apoderase de 120 cañones de distintos calibres, realizando al propio tiempo la redención de 200 cautivos que retenían los vencidos en su poder; pero deseando el general Clavería inutilizar en lo posible á los piratas para que no persistieran en su anterior conducta, mandó destruír 150 vintas y pancos, les arrasó siete pueblos y cuatro fortalezas, y se talaron ocho mil cocoteros.

Ejemplar fué el castigo, y el espanto cundió entre los infieles; pero el escarmiento se olvidó en breve, y al lanzarse otra vez á sus actos de barbarie y de feroz rapiña, obligaron al Marqués de la Solana D. Antonio Urbiztondo, á imprimir en las costas de Joló, centro entonces de la piratería, el sello de las armas nacionales, grabado con la sangre de los mahometanos. Nueva expedición, nuevas victorias, nuevos laureles; nuestras tropas y nuestra marina se apoderaron de las costas

joloanas, y la paz se estipuló, bajo las bases á que hacemos referencia en el comienzo de este capítulo. Esa serie de victorias reanudadas en el año 1874, han dado por resultado que la bandera española ondee hoy en Joló, viendo reflejada su imagen en el cristal de aquellas aguas que hace pocos años rompían con su quilla las ligeras vintas de la piratería.





CAPÍTULO XXX

Plaza de Joló.—Los moros.—El juramentado.

Cuando en la rada de Joló fondea el vapor correo, atraca á su costado la lancha de sanidad, y si su patente se halla limpia, se da entrada en la plaza al pasaje que conduce, el cual trasborda á los lanchones que se hallan prevenidos al efecto. Se desembarca en el pantalán ó muelle de madera; se franquea su corta extensión, y se penetra en la recta y ancha calle que en unión de las trasversales que la cruzan constituye la población murada. La casa Gobierno, la iglesia, el hospital militar, cuyos umbrales se pisan después de atravesar una escollera; los cuarteles para las fuerzas de la guarnición, y la Factoría de los servicios administrativo-militares construída bajo la inteligente dirección del ingeniero militar capitán Ferrer, son

los edificios notables que encierra aquel recinto español, creado en una pequeña porción de playa. El mar le aprisona entre sus ondas; la tierra donde está enclavado le envía durante la segunda mitad del año los deletéreos miasmas desprendidos de sus pantanos y manglares; y un cielo plomizo le sirve de techumbre, ya envolviéndole durante el día entre el fuego de sus rayos solares, ya desprendiendo del manto de la noche un rocío enfermizo y tenaz. Tres fuertes posee la plaza, edificados sobre las antiguas cottas de los moros joloanos: el de *Alfonso XII*, que se halla adosado al muro, y dos en la parte exterior: *Torre la Reina* y *Princesa de Asturias*. Una cruz y una fecha conmemoran el día y sitio en que se celebró por primera vez en aquella isla el Santo Sacrificio de la Misa.

El cementerio, ese lecho eterno donde la muerte obliga á reposar al sér humano, se encuentra situado á corta distancia de la parte exterior de las murallas: mas para disfrutar de una seguridad relativa, tanto en la conducción de un cadáver cuanto para la del que desea acompañar los restos mortales tributando esta última prueba de amistad al sér querido, es necesario que las fuerzas militares salgan también para prestar el servicio de avanzadas y flanqueo; y que á la llegada al cementerio, rodeen y circunvalen el exterior del mismo. Estas precauciones, impuestas por la necesidad y la experiencia, subsisten y se imponen también en el interior de la plaza, donde la guarnición arrastra una existencia combatida por la carencia absoluta de distracciones, por la nostalgia, y por la perniciosa influencia de aquel clima.

Al *tiangui* ó mercado de Joló concurren los moros

de la Sultanía á fin de dar salida á sus artículos; y para la entrada en la plaza han de dejar los *krises* y *bolos* con que van armados en las guardias de los fuertes por donde tienen el acceso á ella. Esto no obstante, se han repetido con alguna frecuencia hechos dolorosos ocasionados por el ciego fanatismo de la raza mora, que han costado la vida á varios oficiales del ejército.

El moro de Joló no es el tipo noble y leal del musulmán, que tras la sangrienta derrota del Guadalete invadió la Península ibérica, abatiendo en sus templos y murallas el sacrosanto signo de la Redención para poner en su lugar la media luna sarracena. No pertenece á esa raza cuya dominación ha dejado escritas páginas de piedra, donde su fastuoso arte desplegó toda la ostentación de incomparable genio, y entre las que sobresalen los primorosos encajes de la Alhambra y el regio mirahb de la mezquita cordobesa; no ha hecho brotar tampoco de su añoso tronco esas frondosas ramas caracterizadas en los gomeles, zegríes y abencerrajes; no ha dejado ni dejarán jamás las honrosas huellas de civilización que los árabes han dejado en nuéstro patrio suelo; ni de su seno han salido poetas como Averroes y Avicena; matemáticos como Abempacé; médicos como Rhasis, y gramáticos como Jonás.

Es una raza diametralmente opuesta en sus condiciones, en sus sentimientos y en su modo de ser. Mezcla indefinible de fiereza y de molicie, impulsado por la más ciega superstición y por el más refinado sensualismo, sin apreciar siquiera el sentimiento de la dignidad, lo mismo empuña la lanza arrojadiza para causar á mansalva la muerte de su enemigo, protegido por

la maleza de los bosques, que lleva sus mujeres y sus hijos al mercado para cambiarlos por un puñado de plata.

Otras veces, ó el fanatismo ó el deseo de redimir recientes culpas le impele á juramentarse; y la exaltación producida por las ceremonias practicadas al efecto en las espesuras de sus manglares, suele aumentar si es posible su delirante extravío. Penetrará entonces en el recinto de la plaza española dando saltos parecidos á los del jaguar cuando se lanza sobre su presa; empuñará el kris ó el largo campilán y causará con él la muerte de cuantos cristianos encuentre en su camino; hasta que una bala bien dirijida, ó una certera estocada, le hagan caer como masa inerte, que más tarde servirá de alimento á los tiburones que se guarecen en la rada de Joló.

*
* *

Después de mi regreso á Europa he leído en la prensa periódica que nuestras armas habían llegado victoriosas á Mailbun, corte de la Sultanía. No he podido apreciar la extensión y trascendencia de los nuevos triunfos obtenidos, limitándome por lo tanto á consignar, que si en un breve plazo no han desaparecido todas las cottas joloanas: si la metralla de nuestros cañones no envía á la profundidad de los mares la última vinta de aquellos audaces piratas: si el hierro de sus lantacas no se funde en nuestros talleres para forjar instrumentos de apero, que hiendan y surquen aquella tierra saturada hoy de tan viciada atmósfera: si todo esto, repito, no llega á efectuarse, será incompleta la acción regene-

radora que ejerce España en aquella región, profusamente regada con la noble sangre de sus hijos; y el Progreso, al visitar nuestras posesiones oceánicas envuelto entre los nudosos pliegues del estandarte de Castilla, exclamará con el Dante al divisar á Joló:

«LASCIATE OGNI SPERANZA».





APÉNDICE

CAPÍTULO ADICIONAL

COMPRAS QUE EL AUTOR CONCEPTÚA NECESARIAS PARA EL TIEMPO QUE DURA LA NAVEGACIÓN.

EN un viaje por mar y que dura, según dejo ya consignado en la carta prólogo, de treinta á cincuenta días, es preciso proveerse de antemano de algunos elementos, cuya ausencia podría contrariar después en alto grado al que hubiese incurrido en la omisión.

Merece fijar nuestra atención en primer término la cuestión de equipaje. Éste se divide en dos clases: de bodega, y el que se lleva á mano. Los efectos de uso inmediato deben colocarse en un pequeño baul maleta que se lleve consigo en el mismo camarote en que el

viajero se hospede. En este equipaje á mano ha de colocarse ropa blanca para el uso de una semana; y los efectos y ropa restantes, se pueden colocar en otro baul ó baules de mayores dimensiones, á fin de ser depositados en la bodega.

El equipaje de bodega se sube á la cubierta dos veces á la semana, cuando el estado del mar lo permite, á fin de que los pasajeros puedan extraer ó guardar las ropas ó efectos que tengan por conveniente.

Inútil me parece encarecer la necesidad que existe de proveerse de ropa blanca en abundancia, pues así lo aconseja desde luégo la mera consideración de la duración del viaje, lo que ha de ensuciarse con el polvo de carbón que la máquina despide, y el tenerse que presentar en la mesa de una manera decorosa á las horas de almuerzo, comida, refresco y cena. Los cuellos y puños impermeables dan en estos viajes un excelente resultado.

Cierto es que en Punta de Gales se presentan á bordo de los buques de travesía varios lavanderos indígenas, comprometiéndose á devolver lavada la ropa sucia que se les entregue, antes de la salida del vapor; pero este recurso lo estimo muy aventurado por más de un concepto.

La ropa de abrigo no debe descuidarse cuando el viaje se emprende en época de frío, pues éste se hace sentir de un modo notable hasta la llegada á Port-Said, ó sea aproximadamente, durante los primeros siete días de la navegación. Por lo demás, con un par de trajes de lanilla obscura para alternar, se puede pasar muy bien el tiempo restante hasta la llegada á Manila.

Las zapatillas ligeras y cómodas dan también muy buenos resultados, tanto por la comodidad, cuanto porque el calzado se corta en seguida con el agua del mar de que se impregna, ya por efecto del baldeo ó limpieza del buque, ya porque el oleaje, si se halla la mar algo picada, alcanza y pasa por la cubierta.

Si las gorras son necesarias en todo viaje, lo son más aún en los que se efectúan por mar, revistiendo mayor carácter de utilidad si se les agrega una cogotera, que podría ser de dril aplomado, á fin de que resguarde la parte posterior de la cabeza de la influencia de los rayos solares que molestan en extremo durante tan larga travesía.

Otra de las compras que conceptúo igualmente de absoluta precisión, es la de una butaca para poder sentarse en la toldilla del buque, pues de lo contrario se ve obligado el viajero á posesionarse de uno de los bancos de madera que existen en la cubierta, asientos que no son en verdad muy confortables. Al hacer esta compra se ha de prescindir de toda idea de lujo, atendiendo tan sólo á que su forma sea cómoda, y que la solidez de su base resista en lo posible el movimiento del mar. Para elegir la forma de la butaca, ha de tenerse presente que, según todas las probabilidades, habrá de servir de cama á su dueño durante la noche, pues la mayor parte del viaje es imposible resistir la permanencia en los camarotes, porque ahoga la respiración el excesivo calor que en ellos se experimenta. En estos casos la butaca que por el día ha servido de cómodo asiento, se convierte por la noche en cama oreada por la agradable brisa que se aspira en la cubierta, preservando del relente el mismo toldo que du-

rante el día ha preservado también á los pasajeros de los rayos del sol. Esta nueva aplicación que á la butaca se da, implica una nueva compra: la de una pequeña almohada para reposar la cabeza, pues uno de los artículos del reglamento de los buques prohibe en absoluto sacar ningún efecto de los camarotes y literas, y menos aún para llevarlos á la toldilla. También es de absoluta precisión la compra de unas gafas de cristales ahumados para el paso del Canal de Suez, pues el viento arrastrando las arenas del Desierto, causa bastantes molestias en la vista.

Dos géneros de adquisiciones me restan por consignar, y nadie mejor que tú, lector, puede apreciar la mayor ó menor bondad de estos dos últimos consejos, según las inclinaciones que te caractericen.

Si eres aficionado á aspirar el humo de esa aromática planta importada á España por los marineros y hombres de guerra que acompañaron á Cristóbal Colón en el descubrimiento de la virgen América, haz una buena provisión de tabaco para todo el tiempo que ha de durar el viaje, y al hacer este cálculo, debes recordar que en los que son de la índole del que nos ocupa, se fuma mucho más que en épocas normales, por razón de la inacción forzada á que te ves condenado á bordo. Si desechas este consejo por conceptuarlo pueril, en el pecado tendrás la penitencia, porque te encontrarás sin tabaco hasta llegar á Manila: que no merecen en verdad este nombre ni los filamentos que como tabaco en rama te exhibirán en botes de lata los árabes de Port-Saïd y chinos de Singapore, ni los mazos de malvas, que afectando la forma de cigarros puros, te presentarán en Punta de Gales. Empero, si no

eres fumador, salta estas líneas y pasa desde luégo á mi última indicación.

La vida de á bordo es monótona de por sí: y esa monotonía se revela desde luégo en el hecho de que el mero anuncio de la proximidad á unas costas que ni aún han de llegar á pisarse por no pertenecer á los puntos de escala, basta para poner en conmoción á todo el pasaje. Pues bien: por muy aficionado que seas al *dolce far niente*, has de aburrirte en extremo: aburrimiento que surjirá de esa misma monotonía. Por otra parte, tu imaginación, que no podrá doblegarse á la inacción á que se ve sujeta la materia, intentará sacudir el yugo, y encontrará sobrados elementos en los recuerdos que haya dejado en España: recuerdos impregnados siempre de tristeza, cuando cada milla que el vapor recorre nos aleja de nuestros hogares y de los seres á quienes esos recuerdos pertenecen. Un recurso te queda para combatir esta contrariedad con sobrada antelación: haz acopio de lectura para el viaje, y así te precaverás en parte contra el anticipo de la nostalgia.





ITINERARIO

DEL VIAJE DE BARCELONA Á MANILA RENDIDO POR EL VAPOR BARCELONA EL DÍA 5 DE MARZO DE 1882.

1.ª ETAPA

De Barcelona á Port-Saïd. (1)

Mes.	Dias.	Latitudes.	Longitudes.	Rumbos.	Distancias en millas.
Marzo	1	Salida de Barcelona á las 4 y 15 tarde.			
»	2	39°-50′-40″ N.	12°-22′-16″ E.	S—63°—E.	200
»	3	37--59--00-- »	18--06--00-- »	Costa.	306
»	4	36--14--07-- »	23--16--16-- »	Varios.	293
»	5	35--17--50-- »	28--18--30-- »	S—78°—E.	260
»	6	33--55--00-- »	33--07--00-- »	S—72 —E.	255
»	7	32--16--00-- »	37--40--00-- »	S—68 —E.	250
»	7	á las 8 y 10 m. noche entrada Port-Saïd.-S-45°-E.-			95
TOTAL DE MILLAS recorridas de Barcelona á Port-Saïd.					1659

2.ª ETAPA

Canal de Suez

	Millas
Marzo—Día 8—hasta la puesta del sol	7
» —Día 9—hasta las 6 y 45′ de la tarde.	80
EXTENSIÓN DEL CANAL. . .	87

(1) Las distancias recorridas en los viajes marítimos se toman por *singladuras*, ó sea por las 24 horas que empiezan á contarse á las 12 del dia.

3.ª ETAPA

De Suez á Aden

Mes.	Días.	Latitudes.	Longitudes.	Rumbos.	Millas.
Marzo	10	27°-36′-00 N.	40°-15′-00 E.	Costa	157
»	11	23°-47′-16 »	42°-56′-16 »	S. 30° E.	282
»	12	20°-01′-00 »	45°-09′-00 »	S. 28° E.	260
»	13	16°-23′-00 »	47°-14′-46 »	S. 32° E.	256
»	14	13°-30′-00 »	49°-16′-00 »	Costa	205
»	15	12° 28′-00 »	52°-22′-00 »	Costa	143
Total millas de Suez á Aden. . . .					1303

4.ª ETAPA

De Aden á Punta de Gales

Mes.	Dias	Latitudes.	Longitudes.	Rumbos.	Millas recorridas.
Marzo.	15	12°—28′—00	52°—22′—00	Costa.	87
»	16	12°—15′—30″	56°—31′--40″	S.—84°—E.	246
»	17	11°—30′—30″	60°—30′--31″	S.—81°—E.	240
»	18	10°—30′—00	64°—47′--16″	S.—76°—E.	268
»	19	9°—47′—00	69°—06′—00	S.—79°—E.	260
»	20	8°—58′—00	73°—32′—00	Id.	269
»	21	8°—04′—00	77°—42′—00	Id.	266
»	22	7°—24′—00	81°—47′—00	Id.	247
»	23	6°—17′—14″	86°—01′—46″	S.—77°—E.	260
»	23	A las 3 y 45 t. entrada Punta Gales. Costa.			24
Total millas desde el Faro de Aden á Punta de Gales.					2167

5.ª ETAPA

De Punta de Gales á Singapore.

Mes.	Días.	Latitud.	Longitud.	Rumbos.	Millas
Marzo	23	Salida Punta de Gales á las 9 y 50 m. noche.			
»	24	5°—50′—00″	88°--38′--00″	S.—86°—E.	144
»	25	5°—50′—11″	92°--37′--31″	E.	243
»	26	5°—46′—30″	96°--31′--16″	E.	242
»	27	5°—33′—05″	100°--31′--16″	N.—89°—E.	240
»	28	5°—21′—30″	104°--22′--30″	Id.	348
»	29	2°—46′—00″	107°--20′--16″	S.—48°—E.	230
»	30	Lleg. á Singapore 8 y 45′ m.		Costa.	210
Total millas recorridas de Punta de Gales á Singapore. .					1657

6.ª ETAPA

De Singapore á Manila

Meses.	Dias.	Latitud.	Longitud.	Rumbos.	Millas recorridas
Marzo	30	Salida de Singapore á las 5 y 15 m. tarde.			»
»	31	3º--20'--30"	111º--33'--30"	N.—27º—E.	170
Abril	1	6º--21'--30"	114º--05'--16"	N.—39º—E.	233
»	2	9º--18'--00"	116º--40'--46"	N.—41º—E.	184
»	3	11º--53'--30"	119º--38'--46"	N.—48º—E.	283
»	4	13º--38'--00"	123º--18'--30"	N.—64º—E.	245
»	5	Llegada á Manila á la 1 tarde		N.—77º—E.	210
Total millas recorridas de Singapore á Manila					1325

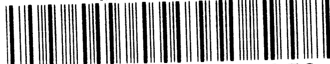
RESUMEN, POR ETAPAS, DE LAS MILLAS RECORRIDAS EN EL VIAJE

De Barcelona á Port-Saïd	1.659
Trayecto del Canal de Suez	87
De Suez á Aden	1.303
De Aden á Punta de Gales	2.167
De Punta de Gales á Singapore	1.657
De Singapore á Manila	1.325
Total millas	8.198

Al estampar el precedente Itinerario en esta obra he obedecido tan sólo al deseo de dar una idea siquiera aproximada de los rumbos, latitudes y longitudes que ha de seguir la persona que emprenda un viaje á Filipinas. Por lo demás, fácil es comprender que esos rumbos son susceptibles de variadas modificaciones, según reine un viento más ó menos favorable, ó según aconseje al Capitán del buque el estado de los mares que haya de surcar su nave.

A igual variación se halla sujeta la duración del viaje, en la cual puede también ejercer su influencia la precisión de recalar en alguno de los puertos tanto com-

MKHX038


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 02177 3059